



Un cambio de

lealtades

Dean Taylor

*Un descubrimiento
de la enseñanza
histórica y bíblica
en cuanto a la
guerra y la paz.*



Un cambio de lealtades

*Un descubrimiento de la enseñanza histórica y
bíblica en cuanto a la guerra y la paz.*

Dean Taylor

Scroll Publishing
Amberson, Pennsylvania, EEUU

A Change of Allegiance: Segunda Impresión
© 2009 por Dean B. Taylor. Derechos Reservados
Traducido al español por: Traducciones Maná

Publicado y distribuido en el inglés por:

Scroll Publishing

P. O. Box 122

Amberson, PA 17210

www.RadicalReformation.com

www.ScrollPublishing.com

Portada: Elizabeth Mong

Contenido

Prefacio	iv
Prólogo	vi
Como en tierra seca	1
¿Qué cambió?	15
Algo salió muy mal	27
El Dios de la Biblia	39
La iglesia primitiva	51
El puente de Constantino	65
¿Por qué?	81
Excusas	95
La iglesia peregrina	109
Los dos reinos	127
Romanos 13	137
Mi defensor es Dios	147
La teología del martirio	159
Cristo o doctrina	175
Un llamado	193

Prefacio

El mandato más difícil

Seguir a Jesús suena bastante glamoroso y fácil, ¿no? Y algunos aspectos de nuestro andar con él son muy atractivos y bendecidos. Pero el seguidor de Jesús también debe tomar la cruz, sufrir con paciencia las tribulaciones y obedecer sus mandatos.

Entre los mandatos de Jesús, hay algunos más difíciles de cumplir que otros. Entre estos se encuentra el mandato de amar a los enemigos.

Felicito y bendigo al hermano Dean y a su esposa, Tania, por su firme decisión de cambiar de lealtades. Por trasladar su ciudadanía del reino de las tinieblas al reino de la luz. Y en su decisión de seguir a Jesús, adoptaron el mandato de amar a sus enemigos. Comprendieron, conforme al maravilloso plan de Dios, que el amor es más fuerte que el odio. El cambio en sus vidas confirma una vez más que ¡el camino de Jesús es el mejor!

En los últimos veinte años aquí en Waslala, Nicaragua, el Señor Jesús me ha dado a mí, y a mi familia, el privilegio de amar a una serie de enemigos que nos han hostigado a menudo. Los ladrones han llegado a nuestra casa varias decenas de veces y hemos tenido el privilegio de sufrir con gozo “el despojo de [nuestros] bienes”. En varias ocasiones les hemos dado regalos, comida o les hemos preparado un cafecito.

Recientemente mis hermanos de un lugar llamado Zapote Kum, y yo, tuvimos la bendición de brindarle amor a un hombre malo de renombre. Este hombre intentó extorsionar a una familia. Les exigió una gran cantidad de dinero y les fijó una fecha límite para la entrega. Llegada la fecha, lo enfren-

tamos sin el dinero del rescate. Nos presentamos únicamente con regalos y el amor de Jesús. Después de una media hora de extrema tensión y amenazas de parte del ladrón, el amor venció. El hombre aceptó los regalos y escuchó atentamente nuestros ruegos. Lo animamos a entregarle su vida a Dios.

Al final de la escena escalofriante, un hermano compañero pidió permiso para orar por el maleante. El ladrón asintió con la cabeza. Todos nos acercamos y el hermano oró fervientemente.

Después de la oración, sentí un extraño impulso del amor de Jesús. Me acerqué al hombre enmascarado y le pregunté:

—¿Me permites darte un abrazo?

De nuevo, el maleante asintió.

Extendí hacia él mis brazos y le dije:

—Estas manos hoy son las manos de Jesús para ti.

Abracé fuertemente al ladrón con todo y su pistola. Mis emociones embotelladas estallaron. Lloré como un niño con mi cara recostada contra su pecho. Mis seis compañeros también lloraron. Y aun el mismo ladrón no pudo ocultar sus emociones. El amor de Dios lo había tocado.

Pero el malvado no se arrepintió. No dejó de molestar a los hijos de Dios. Seis meses después, un muchacho inconverso lo mató en defensa propia.

A todos mis hermanos que leen este libro, les digo: ¡Que viva el amor! Juntos con Dean y Tania, sigamos a Jesús gozosamente hasta el fin.

—Pablo Yoder

Prólogo

Corría el año 1991. Sería difícil decir dónde comenzó todo, pero cerca de un año antes definitivamente hubo un giro. Fue entonces que el Espíritu de Dios comenzó a convencernos y movernos en una manera tan poderosa que cambiaría toda nuestra vida. Al hacer el compromiso de seguir a Cristo sin transigencias, iniciamos una peregrinación que para siempre cambiaría el curso de nuestra vida.

Formábamos parte del contingente militar destacado en Kaiserslautern, Alemania; pero ahora dejábamos atrás no solamente el país que ambos habíamos llegado a amar, sino también nuestra ciudadanía en el mundo que habíamos conocido hasta ese entonces.

Acompáñanos en una peregrinación y descubre por qué las palabras de Jesús llegaron a ser tan irresistibles para nosotros. Descubre cómo hallamos que la gozosa sencillez del evangelio no solo nos hace libres, sino que llena nuestra vida de poder.

A través de este libro, te invito a escuchar las historias de los que nos han precedido en la vida. Sus vidas y testimonios son mucho más poderosos que los nuestros. Shakespeare una vez dijo: “Dicen verdad los que exhalan sus palabras en medio del dolor”. Te aseguro que después de escuchar los testimonios de la iglesia primitiva y los mártires anabaptistas, no volverás a ser el mismo.

Mi meta al escribir no es solamente publicar otro libro sobre la doctrina de la no resistencia. Mi deseo es compartir algunos de mis pensamientos más profundos; y cómo luché hasta convencerme de las verdades que hoy abrazo libremente. Jesús dijo que si nos avergonzamos de él y sus palabras, él también se avergonzará de nosotros en el día final. En este libro, mi anhelo es desafiar a cada lector e inspirarlo

a una devoción más profunda y real a él. ¡A *escuchar* sus palabras de vida y *hacer* su bendita voluntad! ¡Todo lo que necesitamos en esta vida está escondido en él, y los que de veras lo encuentran, hallan la felicidad!

En pocas palabras, muchos cristianos nos han bendecido e influenciado con su enseñanza y su testimonio de integridad y fidelidad. Sería imposible mencionar a todos los que me han ayudado de una u otra forma con este escrito. Quisiera agradecerle a cada uno de todo corazón. Que el Señor que ve en lo secreto les recompense en público.

Sin embargo, siento que debo expresar mi profunda gratitud y aprecio por mi querida esposa Tania, que además de compartir este testimonio conmigo, ha trabajado a mi lado en la producción de este libro. Además, si ella no me hubiera acompañado y apoyado en los muchos tiempos difíciles de esta peregrinación, me temo que no habría testimonio que compartir. También quiero expresar mi amor y aprecio por mis seis preciosos hijos: Stephen, Stephana, Christian, Christina, Joanna, y John Wesley. ¡Ustedes son prueba viva de la misericordia de Dios sobre mi vida!

Finalmente quiero mencionar que si bien este libro trata el tema de la no resistencia, mi meta no es hacerte pasivo, sino hacerte un soldado: un soldado del reino de Dios. Aunque este libro se opone a la violencia, mi oración es que cada página sea manchada con la sangre de Cristo.

Espero que disfrutes el libro. Pero sobre todo ¡espero convencerte de que prometas lealtad a Cristo!

Capítulo 1

Como en tierra seca



Entrenamiento de Combate Básico

Una carta para Tania

Parecía una eternidad ...

Mientras subía las gradas lentamente, me parecía que toda una vida transcurría entre un paso y otro. Miré una vez más para asegurarme de que mi uniforme camuflado estuviera planchado, mis botas lustradas, y mis botones rectos. También repasé mentalmente lo que debía hacer. ¿Qué podría decir? ¿Qué nos sucedería? ¿Se enojaría el superior? ¿Nos mandaría a la cárcel? Había tantas interrogantes. Me vi tentado a sentir temor. Pero mis pensamientos regresaron al relato bíblico de los israelitas a la orilla del río Jordán. En esa ocasión, las aguas no se separaron hasta que los pies de los sacerdotes tocaron el agua. Era asombroso... Cuanto más me acercaba a la puerta del comandante, más se alejaban mis temores, y pude entrar caminando sobre la gracia de Dios, como en tierra seca.

Unos momentos antes habíamos entrado en una habitación remota para orar. Le suplicamos a Dios que nos diera la gracia y el poder para caminar en la luz que habíamos recibido. Después de orar, sentimos el poder de Dios para seguir con confianza.

El edificio del ejército era un viejo salón de baile y burdel nazi de la década de los treinta. Por muchos años, yo había andado por las salas de este edificio extraño (parecía un museo) sin prestarle atención a mis alrededores. Ahora, mientras subía las escaleras lentamente y guiaba a nuestra banda de peregrinos hacia el encuentro con el comandante, noté las capas de pintura que se desprendían de las paredes, el crujido de la madera bajo nuestros pies, y el golpeteo ruidoso de nuestras botas de cuero. Estaba temblando, pero la gracia de Dios fue suficiente, y su Espíritu me fortaleció.

De camino escogí a una persona para que nos acompañara y sirviera de testigo. En un instante, suspiré, oré deses-

peradamente, y entonces toqué a la puerta del comandante. Cuando el jefe nos dio el permiso, entramos en fila, nos paramos en posición de atención y saludamos. Después coloqué el paquete de requisitos del Ejército sobre el escritorio del comandante.

—Estamos aquí para presentar nuestra solicitud de despido por ser objetores de conciencia, señor...

Silencio.

Nuestro comandante era muy interesante. Era alto y delgado, y casi siempre tenía un aspecto muy serio. Su porte era el de un dignatario que exigía respeto. De vez en cuando, mientras fumaba su pipa, contaba un chiste sin cambiar de expresión. Parecía que siempre estaba reflexionando profundamente. Su mirada nunca demostraba solidaridad ni conexión interpersonal. Ahora, parados delante de él, no podíamos ver ninguna señal de levedad ni gesto de calor personal. Tras entregarle el paquete grueso de papeles mimeografiados del ejército, le dije en el tono más confiado que pude:

—Señor, ahí tiene la ley 600-43 del Ejército. Se trata de las reglas que ordenan el proceso de un soldado que pide el despido por ser objetor de conciencia...

Hubo un gran silencio mientras él hojeaba el papeleo lentamente.

El silencio siempre ha sido difícil para mí. En lugar de apreciar la seriedad del momento, me pongo nervioso, y muchas veces digo algo que probablemente no debería decir. Esta vez no fue la excepción.

Nerviosamente le dije:

—Señor, lo siento si esto lo toma de sorpresa. No tenemos la intención de ser una desgracia para usted ni para la unidad, pero sentimos que es lo que debemos hacer...

Todavía no dijo nada. Permanecía en silencio, hojeando el documento casualmente. En los próximos instantes sentí

que iba a explotar. Mis pensamientos corrían alocadamente. “¿Qué nos dirá? ¿Qué *puede* decirnos?”

Al fin, casi sin levantar la mirada, masculló:

—Bien, trataré de aligerar este proceso lo más posible. Están despedidos.

Así de fácil nos hallamos volviendo y bajando las escaleras, preguntándonos qué sería de nosotros ahora. De regreso a nuestra unidad, yo sentía un ambiente inquieto y serio. Era una combinación de las sensaciones sorprendentes de normalidad y familiaridad temporal junto con la conclusión obvia de que nuestra vida nunca más sería la misma. Sin duda, era el inicio de un largo proceso que cambiaría para siempre el curso de mi vida.

Estos cambios realmente empezaron a efectuarse casi un año antes, cuando Dios comenzó a obrar poderosamente en mi corazón. Mi esposa Tania y yo éramos músicos profesionales en una banda del ejército en Europa. Entre otras cosas, se nos asignó tocar en una banda de rock destacada en Alemania. Era un trabajo inusual. Presentábamos conciertos en clubes de oficiales, carpas cerveceras, teatros de variedades y diferentes instalaciones militares a lo largo de Europa.

Sin embargo, cuando estábamos en nuestra base principal en Alemania, también tenía el trabajo de armero de la unidad. Esto significaba que estaba encargado del mantenimiento y distribución de los fusiles M16 y los lanzagranadas M203, y varias otras armas asignadas a los soldados de nuestra unidad. En cuanto a los puestos en el ejército, los nuestros eran excepcionales. Viajábamos por toda Europa y en algunas ocasiones aun ofrecíamos conciertos para presidentes y otros altos dignatarios. Ambos estábamos convencidos de que nuestra carrera sería la banda del ejército.

Pero eso fue antes de que Dios interviniera en nuestra vida.

Los cambios realmente comenzaron cuando mi esposa y yo nos trasladamos a la pequeña aldea de Hochspeyer, cerca de Kaiserslautern, Alemania. Por providencia de Dios, nuestra casa estaba situada en un valle donde no había señal de televisión. En la ausencia de esta distracción, comenzamos a leer la Biblia y dialogar asuntos importantes. Durante este tiempo, Dios comenzó a iluminarnos la mente y, como resultado, se inició un cambio en nuestra vida. Por medio del Espíritu Santo, Dios comenzó a revelarnos muchas áreas de nuestra vida que eran contrarias a su Palabra. Este avivamiento fue profundamente específico y muy sincero; nos mostró que éramos pecadores, que nos encontrábamos lejos del corazón de Dios.

Aunque ambos creíamos haber conocido al Señor en el pasado, ahora él nos estaba mostrando nuestra condición espiritual, y no era un cuadro bonito. Estábamos viviendo una doble existencia muy peligrosa, prestando poca atención a las cosas de Dios. El estilo de vida en la banda de rock afectaba cada área de nuestra vida.

Por un tiempo, intenté acallar mi conciencia. Les dije a mis compañeros que no cantaríamos ciertas canciones que contenían una letra obviamente satánica o indecente. Profesábamos ser cristianos y este tipo de medidas se habían vuelto muy comunes; nos permitían sentirnos mejor... al menos por un tiempo. Sin embargo, llegamos al punto en que ambos sabíamos que algo tendría que cambiar.

Dios estaba obrando en nuestra vida. La convicción del Espíritu Santo nos llevó a un punto de decisión. No podíamos seguir como estábamos. Al fin, una noche, durante un tour por el norte de Alemania, caímos de rodillas en nuestro hotel y le rendimos a Jesucristo nuestra vida por completo. Al levantarnos, ambos sentimos una fuerte resolución de vivir una vida totalmente rendida a Cristo de allí en adelante,

“sin transigencias”. Esto llegó a ser como un lema para nosotros: SIN TRANSIGENCIAS. Mantener este compromiso ha sido todo un reto.

Tania

Conocí a mi esposa cuando cursábamos la secundaria. Prácticamente nos criamos juntos. Ambos éramos músicos. Yo era un joven descuidado y desorganizado, de un metro noventa centímetros de estatura. Ella medía un metro cincuenta y siete centímetros, y apenas si pesaba los cuarenta y cinco kilos. Además, era sumamente ordenada. Éramos opuestos de muchas maneras. Sin embargo, casi desde el inicio de nuestra relación resultó muy obvio que habíamos sido creados el uno para el otro, con el propósito divino de complementarnos. A través de los años, nuestro amor ha seguido creciendo. Ella no solo es mi esposa; es mi compañera espiritual, mi confidente y mi mejor amiga.

Cuando comenzamos a experimentar estos grandes cambios en Alemania, teníamos pocos años de casados. Esos primeros años de nuestro matrimonio fueron de profundo examen personal e intensos desafíos. Al mirar atrás, es obvio que Dios los diseñó de manera que pudieran prepararnos para que le sirviéramos en el futuro. Le doy muchas gracias a Dios por mi esposa, mi fiel compañera a través de los años.

Después de rendirnos a Cristo, una de las primeras áreas en que sentimos la dirección específica de Dios fue en relación con la música que tocábamos. Nuestra banda de rock había tocado regularmente en clubes y carpas cerveceras, donde el ambiente es malo por naturaleza. Con el paso del tiempo, aceptamos trabajos adicionales en bares privados y otras fiestas. No nos llevó mucho tiempo entender que no podíamos seguir con esas prácticas impías.

Nos maravillamos de la abundante gracia de Dios, y pudimos dejar ese estilo de vida con poco esfuerzo. Por dicha siempre hubo otras personas deseosas de ocupar esos puestos, por lo que fue posible salir por una puerta amplia. Paso a paso, caminábamos en la luz que Dios nos mostraba. Por increíble que parezca, dejar la cultura rock fue fácil, pero vendrían retos más difíciles adelante.

El más grande

Leyendo la Biblia por las noches, pronto llegamos al Sermón del Monte. Cuando leí las palabras de Jesús en cuanto a amar a nuestros enemigos, no supe qué pensar. Bien recuerdo acostarme de medio lado y leerle a Tania.

—Escucha esto —le dije—:

Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos. Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses. Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis

de más? ¿No hacen también así los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto (Mateo 5:38-48).

Después de leer el pasaje la miré y pregunté:

—¿Qué haremos con *esto*?

—Pues, es bastante claro, ¿no? —dijo tranquilamente.

—Sí, ¡pero estamos en el ejército!

Comencé a pensar y orar seriamente en cuanto a este pasaje. Durante cierto tiempo evadí la cuestión, razonando que los teólogos debían de tener una buena explicación. Seguramente había un significado más profundo que el literal. Conseguí y acumulé libros con la esperanza de hallar una defensa bíblica para la “guerra justa” y el lugar del cristiano en el ejército. Yo estaba seguro de que sería fácil hallar tales libros, porque daba por sentado que la Iglesia siempre había creído en la “guerra justa”.

En mi niñez había pasado muchas horas escuchando historias de hombres valientes que defendían “causas justas”. Parecía tan correcto. No podía imaginar otra forma de pensar.

La niñez

Cuando era niño, se me inculcó un profundo sentido de patriotismo. Mis primeros recuerdos incluyen vacaciones en que visitábamos sitios de batallas de la Guerra Civil Estadounidense, buques de guerra y otros sitios de veneración nacional. Disfrutaba mucho de esas excursiones, y recuerdo sentirme orgulloso de mi legado americano. Reconsiderar mi postura en cuanto a la guerra no solo me parecía antipatriótico, casi me parecía un sacrilegio. Cuando me integré en el ejército, lo hice con orgullo. Servir a mi país era más que un servicio, era un privilegio.

Mi padre es el típico sureño de los campos texanos, motivado, en gran parte, por su patriotismo, responsabilidad y sentido del deber. Aún recuerdo nuestra visita a El Álamo cuando yo tenía siete años. Meses después, todavía hablábamos de esa visita.

Mientras nos preparábamos para el viaje, corría por la casa, disparando contra invasores guadalupanos imaginarios. Cuando llegamos a San Antonio, no podía contener la emoción. Estábamos cerca de la “Tierra Santa”; y hasta nos hospedamos en el “Davy Crockett Motel”. La próxima mañana yo tenía más energía que un potro.

En la caminata a El Álamo esa mañana, me tropecé en la acera dispareja y me hice una herida justo debajo de la clavícula. Mi padre me vendó la herida. Luego fingió un tono solemne y valiente para decirme:

—¡Hijo, ahora puedes decir que resultaste herido en El Álamo!

Hoy la situación me parece un tanto graciosa, pero todavía tengo la cicatriz y cada vez que la veo, recuerdo ese día.

Después de entrar en el edificio principal, mi padre se detuvo y nos mostró una placa metálica en el piso. Según recuerdo, el piso era de color amarillento y el edificio se parecía más a un castillo que a mi concepto de una fortaleza.

Permanecimos allí, mirando la placa, mientras los otros turistas pasaban de lado. Al fin, con una sonrisa, mi padre levantó la mirada y nos desafió:

—¿Saben qué es esto? —preguntó mientras señalaba la placa en el piso.

—No —le respondí. ¿Cómo podía saberlo?

Entonces, levantando la barbilla e imitando un soldado en posición de atención, nos dijo:

—Aquí murió Davy Crockett. Lo mataron justo en este punto.

—¡Increíble! —Mi hermano y yo estábamos más que impresionados. Si había una figura histórica que yo conociera, era Davy Crockett. Yo tenía un viejo tocadiscos plástico que tocaba esos discos de vinilo de siete pulgadas. Mi grabación favorita era “La balada de Davy Crockett”. El disco estaba más rayado que la pelota de un gato. Aun así, no dejaba de escucharlo vez tras vez. Ahora supongo que esa grabación debe haber vuelto locos a mis padres.

La excursión culminó con la historia emblemática y venerada del coronel de veintiséis años, William Travis, el comandante del ejército de la República de Texas. Era la historia de su famosa “línea en la arena”. Se cuenta que cuando se supo que sería imposible salvar El Álamo, el coronel Travis reunió a todos los soldados que quedaban y les hizo una oferta muy seria.

Dirigiéndose a los soldados con gran valentía, les dijo:

—Vamos a morir. Pero nuestra responsabilidad no es hacer un esfuerzo inútil por salvar nuestra vida, sino escoger cómo queremos morir.

Les dio tres opciones a sus hombres:

- Rendirse, y arriesgar ser avergonzados y ejecutados
- Salir luchando por entre los enemigos, tratando de llegar a un lugar seguro
- Quedarse en la fortaleza, resistir cada asalto, y vender sus vidas lo más caro posible.

Luego, con todo el honor y valentía de uno de los caballeros del rey Arturo, trazó una línea en la arena, pasó al otro lado y dijo:

—Los que están preparados para dar su vida por causa de la libertad, ¡pásense a mí!

Un joven, Tapley Holland, fue el primero en responder. Rápidamente cruzó y exclamó:

—¡Estoy listo para morir por mi país!

El segundo al mando, Jim Bowie, que estaba herido y en una camilla, instó a sus hombres a que lo llevaran al otro lado para ofrecer su vida también. Solo dos hombres no cruzaron la línea en ese momento crítico. Todos murieron al día siguiente.¹

Las historias como estas causan un impacto en un muchacho joven. Definitivamente me impactaron a mí.

Al mirar a mi padre, parado como si fuera un oficial en la Legión Extranjera, reconocí que estaba muy en serio, aun si su postura indicaba cierto espíritu jovial. Aquello significaba mucho para él. Más tarde, nuestro guía nos indicó que cuando William Travis había escrito cartas pidiendo ayuda, las había firmado valientemente: “Dios y Texas, Victoria o Muerte”.

Estos valores gobernaban mi niñez.

Regreso a casa en Texas desde Alemania

En el año 1990 volamos a Ft. Worth, Texas para pasar la Navidad con los familiares y amistades. Durante este tiempo, dialogué algunos asuntos con mis padres y un pastor con quien me había criado. Para mi padre fue difícil asimilar los cambios que en mí estaban ocurriendo. Dos veces en mi vida había visto a mi padre llorar. La primera ocasión fue cuando su padre murió. Yo tenía siete años. La segunda vez fue la noche cuando le dije que estaba considerando pedir la baja del ejército de los Estados Unidos por ser objetor de conciencia. Para él no había duda de que yo estaba arruinando mi vida.

También fue difícil para la familia de Tania. Su padre, Les Bokros, también tenía un patriotismo muy fuerte. A la edad de diecinueve años, evadiendo balas, minas y puestos policiales, logró escapar de Hungría a los Estados Unidos du-

1 Algunos de los datos acerca de El Álamo fueron tomados del libro de Mike Cox, *Line in the Sand* (Línea en la arena) <http://www.texasescapes.com/MikeCoxTexasTales/Line-in-the-Sand-Alamo-History.htm>

rante la Revolución Húngara de 1956. De niño vio tanto a su padre como a su abuelo ser llevados a campos de concentración. El repudio que sentía hacia los abusos del comunismo y el nazismo, y su aprecio por lo que halló en Norteamérica eran comprensibles.

Cuando hablamos con él, a veces parecía que él recordaba las atrocidades de la guerra que había vivido en su niñez. A veces aun parecía reconocer que la guerra es mala. Muchas veces expresaba sus frustraciones con los horrores de la guerra y lo devastador que es para sus víctimas. Una vez, cuando logramos que hablara, nos contó una de sus experiencias en la guerra. Su familia sufrió mucho durante la guerra. Cuando su padre fue llevado a un campo de concentración, la vida se volvió casi imposible para su madre y las dos hijas. Para sobrevivir, tuvieron que pedir o buscar alimentos entre los residuos. Al fin aun su casita fue destruida, y la familia tuvo que buscar refugio en la casa de la abuela.

Al principio, el nuevo hogar no resultó tan incómodo. Aparentemente la casa de la abuela era una de las casas más grandes en el pueblito de Gyongyospata. El único problema era que su tamaño también la hacía el lugar ideal para que el ejército alemán estableciera allí un puesto de mando. Muy pronto, los alemanes se apoderaron de la casa y la convirtieron en el centro de mando y comunicaciones para toda la región.

—A pesar de todo, los soldados alemanes nos trataron bastante bien —nos relató Les.

Con tan solo cinco o seis años de edad, Les se entretenía mucho viendo todos los aparatos que instalaron los soldados: radios de comunicación en cinco o seis de las ventanas, cables por todas partes, un cañón antiaéreo en el patio delante de la casa. Y su preferido: en el patio estacionaron un auto descapotable de color negro, largo, brillante y hasta con banderitas para el comandante. Una o dos veces intentó tocarlo, y cada

vez recibió la reprensión: “*Halt! Nicht berühren!*” (¡Alto! ¡No lo toques!) Aunque no entendía el idioma alemán, le era fácil deducir que no podía subirse al auto y jugar con el volante. En realidad disfrutó de esos días, pero nos contó que terminaron repentinamente.

Pude observar un cambio en su rostro. Su mirada se volvió distante y acusó una intensa seriedad al contarnos del último día en esa casa. Nos dijo que un día mientras jugaba cerca del cañón antiaéreo, alzó la mirada y vio un avión a una gran altura. Éste voló sobre la casa, regresó, trazó un círculo sobre la casa una vez más y se alejó. Al principio esto no significó gran cosa para él. Pero de repente notó que todos los soldados habían entrado en un estado de pánico.

Las alarmas sonaban, los hombres gritaban; parecía que todos esperaban algo terrible. Mientras llevaban a su madre, hermanas y abuela a un refugio antiaéreo, el jovencito Les andaba despreocupado. Su única preocupación era lograr un mejor vistazo del cañón que ahora estaba en acción. Todos los sonidos y movimientos de los preparativos para la acción resultaban irresistibles.

—*Vorsicht!* (¡Cuidado!)

Un soldado alemán lo vio debajo del cañón y gritó. De inmediato, el soldado tiró del brazo de Les con tanta fuerza que casi le disloca el hombro. Rápidamente lo arrastró hasta el refugio antiaéreo donde estaban los demás de la familia.

—Casi de inmediato oí un estruendo, como si el mundo mismo hubiera explotado —nos dijo. Miré la profundidad en sus ojos. Deseaba ver aun más profundo para mirar el cuadro en su mente. Tímidamente le pregunté:

—Y luego, ¿qué pasó?

—Salí del refugio... Todo mi mundo había desaparecido. La casa estaba completamente destruida. ¿Recuerdas el cañón? —preguntó—. La explosión lo había tirado al otro lado de la calle.

—¿Y el auto? —le pregunté.

—Ah, el auto... Nunca olvidaré el auto. Había caído sobre su techo. Lo que había sido un bello automóvil ahora ardía y humeaba; había sido calcinado. Recuerdo mirar las ruedas... Aún humeaban mientras giraban lentamente.

—¿Y qué sucedió con los soldados? —le pregunté, mirándolo a los ojos. Les bajó la vista y respondió:

—Eh... Bueno, había cuerpos y miembros esparcidos por todos lados. Era espantoso...

Podía ver cuán difícil le era repasar aquellos acontecimientos. No podía más que admitir:

—La gente no sabe cuánto afecta la guerra a los niños. Es cruel. —Luego tomó nuevo ánimo como si quisiera sacudir sus pensamientos para volver a su posición e insistió:

—En estos casos, la guerra es necesaria. Hay que poner fin al comunismo.

Habiendo experimentado una niñez estropeada por las atrocidades del comunismo y el fascismo, él no podía comprender cómo el amar a los enemigos podría “funcionar” para resolver ese tipo de problemas.

En general, el viaje a Texas fue difícil. En las profundidades del ser, anhelábamos poder ver las cosas como siempre las habíamos visto. Sin embargo, a pesar de nuestros esfuerzos por concordar con ellos (o persuadirlos para que concordaran con nosotros), nuestros padres, nuestras amistades, nuestra iglesia, y obviamente nuestros compañeros de trabajo, tenían otro concepto del asunto. Era obvio que íbamos contra la corriente. Por otra parte, al permanecer en la Palabra y la oración, la gracia de Dios nos seguía guiando hacia adelante con ternura. Mientras seguíamos esperando de Dios respuestas y dirección, comencé a recordar otro viaje que habíamos hecho un año antes a Berlín Oriental. Dios usó ese viaje para debilitar mi paradigma nacionalista.

Capítulo 2

¿Qué cambió?



Apretón de manos con un comunista

¿Qué cambió? Cuando miré hacia mi izquierda, una sección grande de concreto cubierto de grafiti se desprendió de la parte superior del muro y cayó al suelo en pedazos. Gritos de alegría en ruso, inglés y alemán se oyeron por todos lados. A mi derecha, un grupo de alemanes había formado una especie de ariete con un poste, y golpeaban el muro con todas sus fuerzas. El aire estaba lleno de polvo que se mezclaba con las antiguas luces de seguridad y producía un extraño resplandor anaranjado.

Soldados uniformados, rusos y alemanes, se inclinaban para mirar por los agujeros recién abiertos en el muro, y ofrecían champán y apretones de manos mientras gritaban consignas a la paz y la hermandad. Me parecía que estaba soñando sabiendo que estaba a pocos metros del infame puesto fronterizo “Checkpoint Charlie”. Ante mis ojos, la gente derribaba el muro de Berlín con las manos.

Lo que hacía que esta experiencia resultara aun más increíble para mí era que hacía menos de un año yo había pasado por ese mismo puesto. Sin embargo, el escenario había sido completamente distinto. Había seguido la orden estricta de andar completamente uniformado. Pasé primero por un despliegue intimidante de cámaras de vigilancia, alambre navaja y guardias armados. Una vez al lado oriental, un hombre escupió a mis pies cuando pasé frente a él con mis botas militares bien lustradas.

Yo disfruté mi viaje al Este comunista, pero recuerdo preguntarme por qué la calidad de vida era tan inferior justo al lado oriental de esta barrera hecha por humanos. Ahora, sin embargo, delante de mis ojos estaba cayendo la barrera misma. Contagiados por la emoción de lo que sucedía, mi esposa y yo, junto con otra pareja de la banda del ejército, Rick y Dawn Shirley, nos unimos a golpear el muro para ver si podíamos derribar un poco. En esos momentos, tuve que

comparar el contraste entre esa visita a Berlín y el viaje anterior hacía un año. La pregunta que tenía metida en la cabeza era: ¿qué cambió?

Aun después de la visita a Berlín, cuando ya volvía a la Alemania Occidental, esta pregunta asombrosa seguía dominando mis pensamientos. En aquellos días, para viajar entre Alemania Occidental y Berlín había que recorrer un trayecto solitario de unos 176 kilómetros de carretera cercada y desolada. Berlín Oeste era como una isla en medio de la Alemania Oriental, la cual estaba bajo gobierno comunista. Aunque el muro de Berlín empezaba a caer, pasarían varios años antes de que las dos Alemanias se reunificaran. Por ahora, una carretera con una serie de puestos fortificados de la OTAN y del gobierno comunista conectaba Berlín con la Alemania Occidental. Antes de llegar al primer puesto en Helmstedt, ya nos habían dado una serie de instrucciones. Los guardias militares de la OTAN nos habían advertido que no debíamos detenernos, mermar la velocidad o hacer turismo durante el recorrido. Ni siquiera debíamos sufrir una avería durante las tres horas que nos llevaría atravesar Alemania Oriental hasta Berlín. Hasta nos habían dado un archivo con fotografías de los rótulos que marcaban las salidas que debíamos tomar, y varias frases en ruso y alemán para evitar encuentros desagradables. Nos instruyeron que no bajáramos los vidrios y que no habláramos con nadie, sino que mostráramos el rótulo apropiado contra la ventana del auto en caso de necesitar ayuda por alguna razón. Aun antes de salir, todavía en la base en Alemania Occidental, tuvimos que someternos a una serie de reuniones informativas antes de que nos dieran el permiso para visitar Berlín. Estábamos muy enterados de las reglas estrictas que tendríamos que observar.

En el viaje hacia Berlín todo nos fue bien. Llegamos sin problemas. Lo que sí resultó muy notable fue que mientras

nosotros viajábamos a buena velocidad hacia el Este, los carriles contrarios lucían atestados de vehículos rusos maltrechos que aprovechaban el recién legalizado éxodo hacia el Oeste. No pude más que preguntarme si esas largas filas nos esperarían al regreso.

El tránsito resultó ser el menor de nuestros problemas. Queriendo aprovechar nuestro tiempo en Berlín al máximo, no iniciamos el viaje de regreso sino hasta tarde de la noche. Eso seguramente no hubiera sido problema de no ser porque comenzó a nevar fuertemente. Cuando salimos del hotel y nos dirigimos hacia el primer puesto de salida de Berlín Este, la nieve iba en aumento. Yo me había criado en Texas, de manera que no tenía mucha experiencia con la nieve, y ésta resultaba muy intimidante para mí. Le recomendé al grupo que nos quedáramos una noche más en el hotel. Desafortunadamente, yo no era el conductor.

El conductor era Russell, un miembro joven de la banda del ejército, originario de Michigan. Para el viaje de regreso, estábamos en sus manos. Tania y yo nos consolábamos con el pensamiento de que Russell se había criado en Michigan, por lo que debía estar acostumbrado a conducir en tales condiciones. Además, se veía confiado, a pesar de su juventud y poca experiencia. Él insistía en que tenía capacidad más que suficiente para conducir a velocidades altas a pesar de que nevaba con fuerza, ya que acostumbraba hacerlo en Michigan.

Mientras viajábamos, el vehículo se deslizaba un poco de rato en rato, pero tratábamos de guardar silencio para que el joven Russell pudiera probarse. Sin embargo, ¡llegó el momento en que no lo soportamos más! Comenzamos suavemente:

—Russell, ¿podrías mermar un poco la velocidad?

Después de un tiempo, nos sentíamos un poco indignados:

—Russell, podremos ser de Texas, pero si no mermas la velocidad, nos vas a matar. ¡Definitivamente no es seguro lo que estás haciendo!

Parecía que cuanto más protestábamos, más rápido y descuidado conducía. Siempre argumentaba que, por ser de Michigan, estaba acostumbrado a conducir en condiciones mucho peores. Comencé a preguntarme en qué acabaría todo aquello.

Cuando llegamos al primer puesto de los 176 kilómetros de carretera cercados, caía tanta nieve que casi no podíamos ver. Apenas parecía posible hacer el viaje. Ya que no teníamos la debida experiencia ni el discernimiento para tomar una decisión sabia, decidimos iniciar el trayecto cercado. Sin embargo, muy pronto la nevada se había vuelto más intensa. Los copos de nieve eran enormes. Con el tiempo, la situación se volvió espantosa, ya que el viento aumentaba y había momentos en que quedábamos completamente a ciegas por la nieve.

Todos sabíamos que después de cruzar el primer puesto, no había lugar donde parar, orillarse, ni devolverse. Nuestros amigos Rick y Dawn Shirley iban en otro vehículo delante de nosotros. Russell trataba desesperadamente de no perderlos de la vista. Pero la tormenta iba en aumento y la visibilidad disminuía rápidamente. Mi amigo seguía conduciendo tan rápido que el auto resbalaba con más frecuencia.

—¡Esto es ridículo! —protesté—. ¡Tienes que mermar la velocidad!

—¡Ah, esto no es nada! —dijo malhumorado—. ¡Deberían ver la nieve en Michigan!

Al fin lo inevitable sucedió... Perdimos el control y chocamos con los montones de nieve a la orilla de la carretera.

Después de intentar en vano liberar el auto, finalmente nos dimos por vencidos.

Permanecemos sentados. Inertes. En silencio.

Allí estábamos... atascados en la nieve... en medio de una tormenta... en un país comunista... entre dos puestos de control... con un vehículo inútil. Y lo peor de todo, ¡estábamos en un lugar donde se nos había instruido que no debíamos hablar con nadie! Según las instrucciones, debíamos usar rótulos para comunicar las necesidades que tuviéramos. Además, ¡no teníamos permiso para ausentarnos del trabajo al día siguiente!

No había sentido en culpar a nadie. Inmediatamente comenzamos a pensar en cómo sobrevivir. Afortunadamente, por la divina misericordia de Dios, habíamos cuatro en el auto, y todos habíamos comprado cobijas grandes y gruesas en Berlín Este como recuerdos. Así que nos envolvimos y oramos que cuando Rick y Dawn llegaran al otro lado, notaran que nosotros no habíamos logrado cruzar y nos enviaran ayuda. Fue una noche larga, fría y muy cansada.

Cuando el sol comenzó a salir en el horizonte, vimos que había dejado de nevar. Nuestro auto estaba completamente cubierto por varios centímetros de nieve.

Entonces sucedió... ¡Los “enemigos” comenzaron a acercarse! Aunque algo extraño sucedía. Los enemigos no actuaban como enemigos. Estos “enemigos” sencillamente eran alemanes orientales que nos vieron atascados en la nieve y querían ayudarnos.

Por temor a las consecuencias políticas de conversar con “comunistas”, tratamos de ser buenos soldados norteamericanos y rechazamos su ayuda. Bien recuerdo que uno de ellos llegó a la ventana y nos ofreció un termo de café caliente. ¡Se veía tan sabroso! Pero rechazamos su oferta. Debido a toda la programación y propaganda que habíamos recibido sobre

el espionaje y la amenaza comunista, más bien nos preguntamos si aquella persona no sería espía. Recordando lo pasado, nos parece bastante ridículo lo que hicimos.

Con el tiempo llegó una grúa y nos llevó de regreso a Berlín. Mientras tratábamos de explicar por qué estábamos de regreso en Berlín, recordaba la amabilidad que había visto en el rostro de mi enemigo. No podía evadir el recuerdo de ese termo de café caliente. En mi mente me había convencido de que los comunistas eran monstruos. Pero mi enemigo me había ofrecido una bebida, y como dice en Romanos 12:20, había amontonado ascuas de fuego sobre mi cabeza.

En casa de nuevo

De regreso en la base, me molestaba pensar que apenas un mes antes me hubieran podido llamar a matar a esos mismos hombres que intentaron ayudarnos. Ahora, sin embargo, debido a unos pocos cambios políticos, se estaban convirtiendo en nuestros aliados. Era muy obvio que en realidad nada había cambiado. Sencillamente, unos cuantos líderes mundiales se habían reunido días antes y habían tomado una decisión. Ahora, de repente, mi enemigo había llegado a ser mi amigo. ¿Qué había cambiado? La pregunta me incomodaba.

Me preguntaba cómo veía Dios esas barreras hechas por los humanos. Después me pregunté cómo quería Dios que yo las viera. ¿Debía mi amor por otros esperar una autorización humana? ¿No sería que una autoridad aun mayor ya nos había llamado a una tregua y había derribado las murallas? Más tarde, cuando comencé a estudiar la Biblia, encontré que en Cristo, esas barreras habían sido derribadas dos mil años antes.

Cristo ha derribado la pared de separación

En el tiempo del Antiguo Testamento, los hebreos fueron una importante fuente de tensión nacionalista para el mundo a su alrededor. En el tiempo de los reyes David, Salomón y otros después de ellos, aun el territorio de la nación hebrea se consideraba “el país de Dios”. El orgullo nacional y el exclusivismo no eran resultado del ego desmedido de unos cuantos; eran una realidad basada en la historia y las Escrituras. Sin embargo, cuando Cristo vino, Dios, en su misericordia, extendió su reino para incluir a todos los que creen en su Hijo por la fe. El cumplimiento de todas las promesas, los pactos, las bendiciones, y aun la línea genealógica del pueblo escogido, llegaron a residir en la persona de Jesucristo. Cuando yo le entregué mi vida a Cristo, llegué a ser partícipe de todas esas bendiciones y promesas del pacto de Dios.

Desde que Cristo ascendió al cielo, a cada persona, nación y tribu se le ofrece ciudadanía en el reino de Dios. Ésta se recibe al entrar en este reino por medio de Jesucristo. Llegué a comprender que, aunque los cristianos están esparcidos a través de cientos de países y miles de años, en Cristo todas estas paredes nacionalistas han sido derribadas. Esto significa que como ciudadano de este reino cristiano, yo vivo como extranjero y peregrino aun dentro de mi reino terrenal. Mi identidad y ciudadanía real están en Cristo.

El apóstol Pablo escribió a la iglesia en Éfeso:

Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en

un solo cuerpo, matando en ella las enemistades (Efesios 2:14-16).

A los colosenses Pablo les escribió que nos hemos “revestido del nuevo [hombre], el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno, donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos” (Colosenses 3:10-11). Esta verdad libertadora y poderosa derribó mis barreras nacionales y políticas. Descubrí la profunda verdad de que todos los que están en Cristo son el “pueblo escogido de Dios” sin importar de qué nación sean.

Al considerar esta verdad acerca del reino de Dios, mi mundo entero cambió. No me volví rebelde a mi ciudadanía norteamericana ni desafiante de ella, sino que me hallé vencido por una identidad aun mayor. Mi profundo sentimiento de patriotismo y orgullo nacional comenzó a desmoronarse cuando comprendí la existencia de este vasto reino. Me maravillé al pensar que este reino de Dios ha mantenido su marcha a través de los siglos. Imperio tras imperio se levanta y cae, las naciones se establecen y se disuelven, pero este reino de Dios ha permanecido. El imperio medo, el persa, el griego y el romano han desaparecido. El orgullo y los planes de los líderes poderosos como Alejandro Magno, Atila el Huno, Gengis Kan, César Augusto, Napoleón, Mussolini, Hitler y aun Stalin han acabado en confusión y derramamiento innecesario de sangre.

Profecía del Antiguo Testamento

Más de 700 años antes de la era del Nuevo Testamento, el profeta Isaías habló de la naturaleza triunfante y eterna del reino de Dios. Él escribió así:

Porque todo calzado que lleva el guerrero en el tumulto de la batalla, y todo manto revolcado en sangre, serán quemados, pasto del fuego. Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite (Isaías 9:5-7).

No fue fácil para mí procesar este nuevo entendimiento. Por un lado, sentí que estaba perdiendo todo lo que me era precioso. Todos estos cambios me hacían reconocer que muy dentro de mí había una gran necesidad de aceptación y pertenencia. Perder mi identidad nacional, política y hasta familiar amenazaba con destrozarme moralmente. Para mí la ciudadanía era un privilegio importante. Especialmente como soldado, yo sentía que estaba haciendo mi parte en la lucha por mantener la identidad asociada con mi ciudadanía. Sin duda, estas emociones estaban bien arraigadas.

Pero comencé a hacerme la pregunta: ¿Qué debo hacer con estos sentimientos? Por un tiempo sentí que estas emociones eran parte del viejo hombre, un deseo carnal que había que desechar. Sin embargo, después de más estudio y oración, llegué a reconocer que Dios tenía un propósito al dárme las, solamente había que enfocarlas correctamente.

Como dijo el escritor del libro de Hebreos:

Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba. Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios (Hebreos 11:8-10).

Lamentablemente, durante la mayor parte de mi vida expresé este deseo natural de pertenecer a algo a través del patriotismo mundano en defensa de causas partidarias. Al final, este tipo de patriotismo resultaba egoísta y divisivo. Y muchas veces, junto con este espíritu partidario, se manifestaba mi hábito extraño de demostrar mi lealtad al partido por medio de aborrecer a mis oponentes. Cuando no había algo real a qué rendirle mi lealtad, lo más fácil era odiar a todo el que no estuviera de acuerdo conmigo. Reconocí que este tipo de partidismo nunca podría llenar el vacío que Dios quería llenar en mi corazón. Futilidad y controversia siempre habían sido los resultados. Al considerar la humanidad en su totalidad, comprendí que este patriotismo había provocado disputas y pleitos durante miles de años, desde rivalidades universitarias hasta guerras nucleares.

Me convencí de que Dios no había puesto este deseo dentro de mí para estimular el egocentrismo y la contención. Lo hizo para motivarme a buscar su reino, donde él es Rey único.

Al hablar de este deseo divino, el escritor de Hebreos sigue diciendo que Abraham y los héroes de la fe de la antigüedad también habían buscado ese lugar de descanso en el reino de Dios. El escritor lo dice así:

Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria; pues si hubiesen estado pensando en aquella de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver. Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad (Hebreos 11:14-16).

Otras piezas del rompecabezas

Ahora que estaba leyendo la Biblia e investigando, volví a pensar en el viaje a Berlín. La caída del muro de Berlín había sembrado semillas que abrieron mis ojos a muchas de estas verdades. Sin embargo, al considerar los aspectos de los dos reinos, surgieron más preguntas. Al estudiar la historia, me planteé nuevas preguntas: “¿Cómo es que la Iglesia pudo justificar tantas guerras a través de los siglos?” Un sinfín de guerras santas, cruzadas y muchas causas “justas” parecían estar en conflicto con la sencilla verdad de la Palabra de Dios: “Amad a vuestros enemigos”.

No quise descartar el tema sin más consideración, así que, salí en busca de los argumentos usados para defender la llamada “guerra justa”. Comencé a estudiar la historia de la Iglesia para descubrir cómo ésta había tratado el asunto. Quería saber de dónde venía la teoría de la “guerra justa”, y lo que hallé me asombró.

Capítulo 3

Algo salió muy mal



Hebilla de un soldado nazi que proclama:

"Dios con Nosotros"

“Ha llegado la hora en que el Emperador debe velar por la seguridad de la Iglesia católica, e impedir que aquellos hombres imprudentes aterroricen a la gente, a quienes no pueden seducir.”¹ Estas fueron las palabras fatales decretadas en un concilio de la Iglesia en Cartago en el año 404. Tres obispos presidieron la reunión; Alipio, Fortunato, y el muy conocido obispo a quien la historia ha llamado “San Agustín”. Fue en este concilio que Agustín presentó formalmente, por primera vez, su legendaria “Teoría de la Guerra Santa”.

No me gustó lo que hallé al estudiar la teoría de la Guerra Santa. Su origen fue una serie de debates que tuvo Agustín con varios oponentes teológicos. Encontré que después de años de debate teológico, Agustín comenzó a dudar de su capacidad de persuasión verbal. En ese tiempo, sus oponentes principales eran los donatistas, que se habían separado del grupo principal de la Iglesia “católica” casi un siglo antes. Muchos habían tratado de persuadirlos para que regresaran a la Iglesia católica, pero nadie lo había logrado. Estos donatistas eran celosos y persuasivos, y su número iba en aumento.² Sin embargo, había llegado el momento en que la Iglesia estaba resuelta a detener a estos “herejes” sin importar los medios empleados. La decisión llegó en este concilio de Cartago, en el norte de África. La Iglesia le pidió al gobierno romano que interviniera. Le pidió que restableciera leyes que los romanos paganos habían establecido en contra de los cristianos muchas décadas antes.

El emperador romano ya estaba bajo mucha presión. Durante este tiempo un grupo de invasores del este de Alemania,

1 David Benedict, *History of the Donatists* (Historia de los donatistas). Providence: Nickerson, Sibley & Co., 1875, p. 39.

2 Debemos mencionar aquí que en este tiempo hubo un grupo que salió de los donatistas llamados los “circunceliones”, que empleaban la violencia en sus disputas con los católicos. No todos los donatistas eran circunceliones, pero todos los donatistas sufrieron persecución.

conocidos como los visigodos, había cruzado las fronteras del Imperio Romano, saqueando las ciudades a su paso. Con el tiempo, llegaron hasta las ciudades principales, y en el año 410 d.C., finalmente tomaron la ciudad de Roma. Durante ese sitio horrible, muchos ciudadanos murieron de hambre. Se dice que algunos hasta cayeron en el canibalismo.

Dadas las presiones obvias del exterior, no había manera de tolerar los problemas internos. Lo que el Emperador menos quería era una división interna por los problemas de la religión cristiana, cuyos adherentes aumentaban rápidamente. Así que el estado aceptó con gusto la invitación a intervenir para “arreglar” el problema de la Iglesia. Con el tiempo, el Emperador proclamó:

Decretamos que los donatistas y los herejes, que hasta ahora han sido tolerados por la paciencia de Nuestra Clemencia, serán severamente castigados por la autoridad legal, para que por ésta, nuestra orden manifiesta, reconozcan que son detestables, y que no tienen autorización para entrar en contratos de ningún tipo, sino que serán marcados con infamia perpetua y separados de las reuniones honorables y de asambleas públicas. Los lugares en que la terrible superstición ha sido preservada hasta ahora, deberán unirse a la venerable Iglesia católica, y de esta forma sus obispos y sacerdotes, o es decir, su clero, serán de la misma forma despojados de todas sus propiedades y serán desterrados a islas y provincias alejadas.³

3 La fuente primaria es [Codex Theodosianus, 16:5, 54]. También lo hallé en una enciclopedia: Simon Swain, Mark Edwards, *Approaching late Antiquity: The Transformation from Early to Late Empire* (Abordaje de la antigüedad tardía: La transformación del imperio temprano al tardío). London: Oxford University Press, 2004, p. 145.

Quedé boquiabierto... ¡Qué cambio! ¡Los cristianos perseguidos ahora se habían convertido en los perseguidores!

El abuso y la persecución que siguieron fueron espantosos. El historiador Edward Gibbon reporta que en ese tiempo 300 obispos, con muchos miles de diáconos y otros pastores, fueron sacados de sus iglesias, despojados de sus bienes, y desterrados a islas remotas. Si los pastores decidían quedarse, eran sometidos a leyes estrictas que regulaban todo aspecto de su vida. Además, todos los miembros de sus iglesias, tanto en las ciudades como en el campo, eran privados de los derechos que gozaban otros ciudadanos romanos. Obviamente, la adoración o cualquier otro tipo de reunión religiosa, quedó totalmente prohibida para los donatistas. También les impusieron grandes multas en oro y plata. Los que se resistían enfrentaban la cárcel, y luego la muerte si no se arrepentían.

Los donatistas, suplicando misericordia, desafiaron a Agustín, diciéndole que él estaba haciendo mártires de sus obispos y ancianos. Le advirtieron que tendría que dar cuentas a Dios por la sangre de ellos en el día del juicio. Agustín respondió desafiante: “Yo no sé nada de sus mártires. ¡Mártires! Mártires del diablo. No hay mártires fuera de la Iglesia [católica]. Además, fue por su propia obstinación; ellos se mataron a sí mismos.”⁴

La teología de Agustín

Entrelazados con el concepto de “guerra justa” de Agustín estaban sus conceptos del purgatorio y el juicio eterno. Él sentía que los donatistas en realidad eran “cristianos” engañados, así que torturarlos en esta vida podía ser visto como un acto de misericordia. Razonaba que darles muerte podría

4 G. H. Orchard, *A Concise History of the Baptists* (Una historia concisa de los bautistas) (Chapter 2, Section 10). Nashville: Southwestern Publishing House, 1855.

ser para su bien eterno.⁵ Tras echar mano de un pasaje de la escritura normalmente usado para el evangelismo, Agustín le dio una interpretación novedosa a las palabras de Jesús en Lucas 14 donde habla de “forzar” a la gente a entrar en el reino de Dios. Agustín razonaba así:

Ciertamente es mejor que los hombres sean llevados a la obediencia a Dios por instrucción antes que por temor del castigo o el dolor. Pero solo porque lo primero es mejor no significa que se deba descuidar lo último (...) Muchos deben ser traídos de regreso a su Señor, como siervos malos, con la vara del sufrimiento temporal, antes que logren el más alto grado de desarrollo religioso (...) El Señor mismo dice que primeramente las personas deben ser invitadas, y luego forzadas, a entrar a su gran cena.⁶

La semilla creció

Un contemporáneo de Agustín llamado Cirilo fue ordenado obispo de Alejandría en el año 412 d.C. Con la idea de defender a Dios y purificar a la Iglesia, Cirilo tomó las ideas de la teoría de la “guerra justa” y corrió con ellas. Bajo su influencia, las cosas empeoraron rápidamente. Al igual que Agustín, tomó una posición fuerte en contra de los donatistas, pero

5 Agustín de Hipona (Epístola 93, capítulo 2). Véase también Allan D. Fitzgerald y John C. Cavadini, *Augustine Through the Ages: An Encyclopedia* (Agustín a través de las edades: Una enciclopedia). Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing, p. 876.

6 La fuente principal es [Augustine of Hippo, De Correct. Donatist, c. 6, § 24] (Agustín de Hipona, De Correct. Donatista c. 6, § 24). También hallé esta cita en: Alonzo Trévier Jones, *Civil Government and Religion: Or Christianity and the American Constitution* (Alonzo Trévier Jones, El gobierno civil y la religión: O, el cristianismo y la constitución norteamericana). Cambridge: Harvard University, 1889, p. 89.

también dirigió ataques contra otros grupos de cristianos como los novacianos.

Los novacianos eran un grupo de cristianos celosos que también habían dejado la Iglesia Católica, un siglo antes, debido a la creciente mundanalidad en ella. Cirilo y sus monjes dirigieron campañas de persecución contra los donatistas y los novacianos. Pero no solo contra los cristianos. También dirigieron ataques contra las sinagogas y quemaron bibliotecas enteras, matando a “herejes”, judíos, y cualquier pagano que encontraran en su camino.

Uno de los ejemplos más gráficos de la naturaleza horrosa de aquella época fueron los hechos espantosos que ocurrieron cuando una banda de seguidores de Cirilo se encontró con una famosa filósofa pagana llamada Hipatia que pasaba en su carruaje. Cuando los hombres la reconocieron, la detuvieron y la arrastraron de su asiento. Mostrando nada menos que brutalidad bárbara, el grupo tomó a la mujer viva y procedió a cortarle la carne y separarla de los huesos con conchas marinas afiladas. Cuando al fin Hipatia murió, el celoso grupo cargó piezas de su cuerpo por las calles. Finalmente quemaron las piezas junto con los libros paganos de la mujer.

Sin duda, todos estaríamos de acuerdo en que algo andaba muy mal. Sin embargo, dado el ambiente de aquel tiempo, todo parecía justificable, incluso racional. En este caso, ni siquiera castigaron a nadie por el asesinato. Cirilo prosiguió a convencer al emperador, Teodosio II, para que desterrara a todos los judíos restantes en Alejandría y aumentara la persecución de los sacerdotes paganos. En el año 416 d.C., la Iglesia y el estado se habían unido de tal manera que los cristianos no solo se unían al ejército. También se celebraban bautismos masivos, ¡y se expulsaba del ejército a cualquiera que no se convirtiera al cristianismo!

Desafortunadamente, esta ideología venenosa no se limitó a Cirilo. A través de los siglos, otros líderes de la Iglesia han utilizado la lógica de Agustín para santificar sus propias causas “justas”. No es difícil entender que, a través de la historia, la teoría de Agustín sobre la “guerra justa” haya seguido a la Iglesia como un pecado generacional, y la ha corrompido, torciendo las sencillas palabras de Jesús. Al considerar las ramificaciones de la teoría de Agustín, el historiador de la Iglesia, F.W. Farrar, hace una confesión franca:

Agustín tiene que cargar la culpa fatal de ser tanto el primero como uno de los defensores más capaces de la causa espantosa de la persecución y la intolerancia. Fue el primero en utilizar incorrectamente las palabras “fuérezalos a entrar”. Fue el primer y más capaz defensor del principio que llevó a las cruzadas albigenses, las armadas españolas, las matanzas de los Países Bajos, las masacres de San Bartolomé, las malvadas infamias de la Inquisición, el espionaje vil, los horrendos fuegos de Sevilla y Smithfield, los potros, las horcas, las empulgueras, las cámaras de tortura subterráneas...

Debido mayormente a la intolerancia que mostró hacia el final de su vida, la influencia de Agustín cae como una sombra oscura a través de los siglos. De esta manera [siglos de perseguidores brutales] le admiran como el que autorizó sus maldades, y citan sus expresiones para defender algunos de los crímenes más viles que han causado que los hombres miren la religión de Cristo y la Iglesia de Dios con horror.⁷

La mayoría de cristianos hoy día estarían de acuerdo conmigo en que estos relatos históricos son grotescos e inexcusables.

7 Farrar: *Lives of the Fathers* (La vida de los padres). London: Adam and Charles Black, 1907, p.536.

sables. Nos rompemos la cabeza al considerar cómo los que profesaban ser cristianos pudieron llegar a tales extremos. Leer estas historias acerca de la Iglesia en aquellos tiempos de debate y disturbios me hizo pensar seriamente.

Las cruzadas

Las cruzadas son otro ejemplo doloroso de los peligros escondidos tras la teología de la “guerra justa”. Hoy, la mayoría de cristianos considera que las cruzadas fueron un grave error, tanto política como espiritualmente. A nosotros nos parece muy obvio que estas guerras eran malas, pero el hecho de que parecían tan correctas a quienes las libraban nos debe enseñar algo. En un discurso épico, que cambiaría el mundo, el papa Urbano II pidió la ayuda de todo el cielo y la tierra para iniciar su primera cruzada. En su discurso dijo que el pueblo musulmán había cometido grandes atrocidades contra los peregrinos que acudían a la Tierra Santa y predijo lo que él consideraba que eso significaría para la Iglesia en todo lugar si los musulmanes no eran detenidos. Él estaba tan seguro de su campaña que aun prometió salvación eterna a todos los que lucharan y murieran en ella. Estas son las palabras, tomadas directamente de ese discurso, que iniciaron la primera cruzada:

Sobre este asunto, yo, o más bien el Señor, les ruego como heraldos de Cristo que publiquen esto en todo lugar y persuadan a las personas de cualquier rango, soldados de infantería o caballeros, pobres y ricos, a llevar auxilio prontamente a estos cristianos y a destruir esa raza vil de la tierra de nuestros amigos. Digo esto a los que están presentes, y también es para los que están ausentes. Además, Cristo lo manda. Todos los que mueran

en el camino, sea en tierra o mar, o en batalla contra los paganos, tendrán remisión inmediata de sus pecados. Les concedo esto por el poder de Dios con que estoy investido.⁸

Este llamado a la batalla fue muy efectivo y motivó a la muchedumbre a actuar. Se reporta que con un grito de triunfo la multitud clamaba y cantaba a una voz: “Es la voluntad de Dios. Es la voluntad de Dios.”⁹

La Alemania nazi

En la Segunda Guerra Mundial, los nazis demostraron un espíritu muy semejante al entusiasmo religioso de las cruzadas de antaño. La dedicación fanática, la retórica etnocéntrica y el simbolismo de la Alemania nazi eran espantosamente similares a los del Santo Imperio Romano durante el tiempo de las cruzadas. El fervor semejante al de un avivamiento espiritual, las esvásticas relumbrantes y los gritos de batalla inspiraron a los alemanes que aterrorizaron a todo el mundo occidental. A pesar de todo el derramamiento de sangre y terror, cada ignorante soldado alemán creía que la causa alemana era justa y hasta bendecida por Dios. Si echamos un vistazo a las reliquias militares de esa época, esto resulta muy obvio. En tales cosas como los encendedores, las cajitas para guardar baratijas y las hebillas de los cinturones de cada soldado estaban escritas las palabras “*Gott mit uns*” (Dios con nosotros).

8 Urbano II: Discurso en el concilio de Clermont, según Fulquerio de Chartres en 1095 d.C. <http://www.fordham.edu/halsall/source/urban2-5vers.html>” www.fordham.edu/halsall/source/urban2-5vers.html.

9 Dana C. Munro, *Urban and the Crusaders, Translations and Reprints from the Original Sources of European History* (Vol. 1) (Urbano y las cruzadas, traducciones y reimpressiones de las fuentes originales de la historia europea). Philadelphia: University of Pennsylvania, 1895.

En Alemania, Tania y yo tuvimos la oportunidad de conversar con algunas personas que vivieron durante ese tiempo. Hans Jacob y Renata, una pareja de ancianos, tenían más de 70 años cuando los conocimos. Hans era un joven durante la Segunda Guerra Mundial. Yo le pregunté:

—¿Cómo sucedió? ¿Cómo es que la mayoría de la Iglesia lo apoyó? ¿Cómo podía parecer razonable?

Él me miró seriamente y dijo:

—Es difícil de explicar... se apoderó de nosotros cómo un espíritu.

Yo

Tras mis primeras reflexiones sobre las exhibiciones de orgullo y egocentrismo que descubrí al estudiar las guerras antiguas, me dije a mí mismo que sencillamente eran actitudes anticuadas y arcaicas que no cabían en el mundo moderno. Sin embargo, tras pensarlo más, tuve que reconocer que estas actitudes se hallaban más cerca de lo que yo quería reconocer. Encontré que las raíces de los mismos motivos y prejuicios se encontraban en las profundidades de mi propio corazón.

Repasando las experiencias de mi entrenamiento básico, recordé un ejercicio grotesco que hubiera podido ser la envidia de los soldados de las cruzadas. Recordé formar parte de un grupo de 500 hombres jóvenes, vigorosos y entusiasmados, parados en un campo abierto. Se nos dio la orden de levantar nuestros fusiles M16 en alto y gritar varias consignas morbosas con todas nuestras fuerzas. Recuerdo muy bien las caras de los hombres a mi alrededor. Se veían serias y brutales. Con las venas hinchadas, resollando y resoplando, y la saliva volando de nuestras bocas, todos gritábamos con todas nuestras fuerzas.

En una de esas consignas, recuerdo cómo el sargento instructor se paró delante de nosotros, prorrumpió algunas profanidades intimidantes, y luego gritó la pregunta escalofriante:

—¿QUÉ HACE CRECER LA HIERBA?

A esto debíamos responder con todas las fuerzas:

—¡SANGRE, SANGRE, SANGRE! ¡LA SANGRE HACE CRECER LA HIERBA!

Luego, mientras impulsábamos nuestros fusiles equipados con bayonetas hacia arriba como para espetar el cielo, comenzamos a gritar y cantar rítmicamente:

—¡MATA, MATA, CON ACERO FRIO! ¡MATA, MATA, CON ACERO FRIO! ¡MATA, MATA, CON ACERO FRIO!

Mirando atrás, me pregunto en qué estábamos pensando. Parecía irreal, casi cómico, más como un grupo de muchachitos que juegan a la guerra y no tanto como algo de la vida real. Después, sin pensar más en el ejercicio, todos fuimos a la capilla o a buscar almuerzo. Tras analizar el ejercicio, reconocí que este asunto no era un juego. Lo que hacíamos no era una fantasía. Era algo muy real. Esos “juguetes” que teníamos en las manos disparaban balas de verdad que mataban a personas reales.

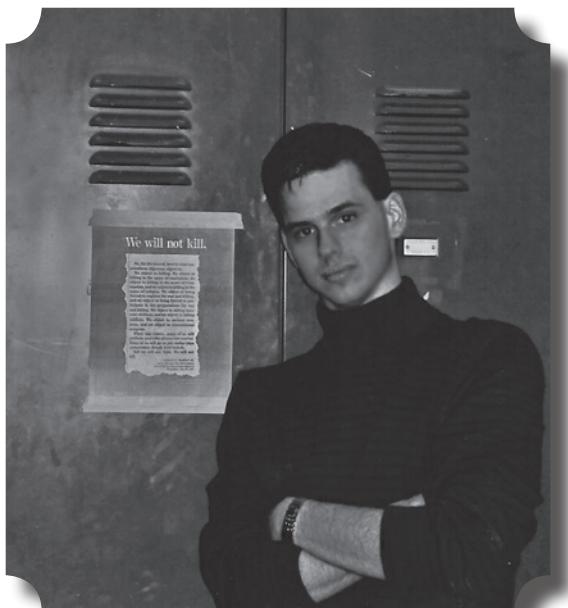
Aun más serio que el ejercicio son los pensamientos que llegaban a mi mente cuando reflexionaba seriamente sobre usar mi arma para matar a alguien. De alguna forma, sentía que sería razonable. Muy semejante a los nazis o las cruzadas, consideraba que nosotros éramos los civilizados; los que teníamos la razón. Sentía que de alguna forma todo eso estaba bien, y que Dios estaba “con nosotros”, bendiciéndonos. De la misma manera que los soldados romanos enfurecidos corrían a apoyar el grito de guerra del Papa, yo estaba convencido de que mi causa era “justa”. Más luego, sentí la con-

vicción de que debía arrepentirme de esta raíz de pecado en mi corazón.

Cuanto más leía, más preguntas me hacía. Y al hacerme más preguntas, más incómodo me sentía. Más y más estaba aceptando las palabras de Jesús. Pero, por algún tiempo, parecía que aceptar las palabras de Jesús solo me traería más preguntas. Tal vez una de las preguntas más grandes que tenía era con respecto a las guerras del Antiguo Testamento. Si aceptaba *toda* la Biblia como la Palabra de Dios, ¿cómo podría explicar la paradoja de que Dios mandó hacer guerra en el Antiguo Testamento, y Jesús claramente prohibió la guerra en el Nuevo Testamento?

Capítulo 4

El Dios de la Biblia



Mi casillero con un letrero que dice:

"No mataremos"

Una de mis preguntas más desconcertantes era qué hacer con las guerras del Antiguo Testamento. Al leer algunos de los libros y analizar sus argumentos, estaba confuso. Al inicio de mis lecturas me parecía que la mayoría de los escritores conservadores no eran consecuentes ni aun honrados con el Nuevo Testamento. Por otro lado, cuando leía los escritos del campo liberal, me parecía que muchos de sus argumentos no eran honrados con el Antiguo Testamento.

En algunos de los libros liberales más nuevos, se presentaba a Dios como una deidad “no violenta”, que nunca condenaría a nadie, ni le causaría herida. Los escritores parecían implicar que Dios realmente no castiga a las personas y que nunca sentenciaría a nadie al infierno por la eternidad. Muchas veces, Jesús era representado como una persona que vino a proclamar una salvación universal, no violenta, no juiciosa; una persona que acepta todo y a todos. Todos los hechos violentos del Antiguo Testamento se podían considerar como algo que sucedió fuera de la voluntad divina de Dios; no eran sino el resultado de los errores del hombre.

Seguí la dirección de los liberales, e intenté leer el Antiguo Testamento de manera que yo también pudiera explicar cada hecho de violencia o guerra como un error de parte del hombre, algo fuera de la perfecta voluntad de Dios. Sí, hallé algunos buenos ejemplos, como el mandamiento “no matarás” en la ley del Antiguo Testamento. O la historia de cómo Abraham evitó los conflictos en relación con los pozos de agua. También estaban las historias de los avivamientos en el tiempo de Josafat, cuando Dios dijo: “No habrá para qué peleéis vosotros en este caso; paraos, estad quietos, y ved la salvación de Jehová con vosotros. Oh Judá y Jerusalén, no temáis ni desmayéis; salid mañana contra ellos, porque Jehová estará con vosotros” (2 Crónicas 20:17).

Sin embargo, llegué a reconocer que mis lentes liberales eran inadecuados. Cuando era completamente honrado, sentía que no era posible, ni aun utilizando la explicación más generosa, catalogar cada hecho de guerra y violencia solamente como “un error humano”. Aun el mandamiento “no matarás” de los Diez Mandamientos claramente trataba el asesinato criminal. Me pesó descubrir que ¡la misma ley del Antiguo Testamento que decía “no matarás” también establecía el “ojo por ojo y diente por diente”! Tuve que reconocer que a través de todo el Antiguo Testamento, Dios mandó que se llevaran a cabo guerras y batallas.

¡No, no pude hallar a un Dios “pacifista” en el Antiguo Testamento! Más bien, hallé todo lo contrario. Descubrí que las Escrituras revelan a Dios como un guerrero. Como dice en Éxodo: “Jehová es varón de guerra; Jehová es su nombre” (Éxodo 15:3). Estos pasajes me desafiaban, pero tenía que aceptar esta verdad, al igual que cualquier otra, si de verdad quería comprender al Dios de las Escrituras.

Santo, santo, santo

Aunque Dios ciertamente se representa como inmensurablemente lleno de gracia, misericordia, y perdón, también se revela como santo. Hoy día ésta es una palabra extraña. En su traducción más sencilla, la palabra significa separado, o más bien, “apartado”. No distante, irritado, ni santulón, sino separado. Separado en el sentido de que Dios está en un plano infinitamente superior a los humanos en moralidad, justicia, santidad y amor.

El profeta Isaías nos da uno de los pocos vistazos que tenemos de Dios en la Biblia. Él recibió una visión del cielo. Cuando se encontró cara a cara con la santidad de Dios, su vida cambió.

Vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria. Y los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo. Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos (Isaías 6:1-5).

Para mí, este entendimiento del Antiguo Testamento era esencial si quería comprender al verdadero Dios de la Biblia.

R. C. Sproul, comentando sobre este pasaje, escribió:

La Biblia dice que Dios es santo, santo, santo. No es solamente santo, ni aun santo, santo. Él es santo, santo, santo. La Biblia nunca dice que Dios es amor, amor, amor, o misericordia, misericordia, misericordia, o ira, ira, ira, o justicia, justicia, justicia. Sí nos dice que él es santo, santo, santo, toda la tierra está llena de su gloria.¹

Esta santidad es moralmente pura, no hay rastro de mancha. Al comenzar a considerar el Dios del Antiguo Testamento, muchas veces me pude identificar con los sentimientos de Isaías: “¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos” (Isaías 6:5).

Al intentar comprender la santidad de Dios, de repente reconocí que yo, en todos mis aspectos, era deficiente: mi

1 R. C. Sproul, *The Holiness of God* (La santidad de Dios). [http://books.google.com/books?q=inpublisher: Wheaton, Illinois: Tyndale House Publishers Inc., 1998, p. 40](http://books.google.com/books?q=inpublisher:Wheaton, Illinois: Tyndale House Publishers Inc., 1998, p. 40).

hablar, mi vida, y aun el grupo de personas con quienes me relacionaba. Dios es diferente a nosotros en que él no tiene que esforzarse por “ser bueno” o “guardar la ley” como nosotros. La ley fluye de su mera esencia. Dios es perfecto, es intransigente, nunca cambia, y es justo. Éste es el Dios que hallé revelado en el Antiguo Testamento.

Moisés

Poco después de que Moisés recibiera la ley del Antiguo Testamento, tenemos uno de los relatos más impactantes de cómo Dios se reveló a sí mismo. Moisés rogaba a Dios, clamando: “Te ruego que me muestres tu gloria” (Éxodo 33:18). Moisés comenzó a suplicarle a Dios que le mostrara más completamente quién era él. La zarza ardiente, la columna de fuego y aun la nube de humo no eran suficientes. Moisés quería una intimidad aun más cercana y le pidió a Dios que le mostrara toda su gloria. Dios le explicó que no le podría conceder el deseo en su totalidad porque lo mataría. Pero Dios sí le permitió ver una parte de su gloria mientras pasaba entre las rocas. Dios dijo: “Y cuando pase mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado” (Éxodo 33:22).

¿Puedes imaginarte haber presenciado eso? Dios se describió a sí mismo de modo un poco curioso. En lugar de describir la apariencia física de sí mismo, se describió por sus atributos. O podríamos decir que utilizó definiciones que expresan su mera naturaleza o esencia:

Y Jehová descendió en la nube, y estuvo allí con él, proclamando el nombre de Jehová. Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en miseri-

cordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado.

¡Qué cuadro más bello de la misericordia de Dios! Estoy eternamente agradecido por la compasión de Dios expuesta allí ante Moisés. Pero, por más bella que sea, solo es la mitad del cuadro. Sigue diciendo:

Y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación (Éxodo 34:5-9).

La primera frase de este párrafo todavía me llama la atención: “de ningún modo tendrá por inocente al malvado”. Lo que Moisés está diciendo aquí acerca del carácter de Dios es que Dios no pasa por alto el pecado. Si se quebrantan algunas de sus leyes, habrá un castigo. Es decir, Dios no dirá: “Ah, eso está bien... Sigue, olvídalo, está bien.”

Este pasaje me mostró que ante Dios el pecado en mi vida es muy serio. No puedo tranquilamente pasarlo por alto; tengo que tratar con él. Para ser sincero, esta verdad todavía me hace temblar. Pero también me hace regocijarme cuando considero la abundante gracia y el perdón que tenemos por medio de Jesucristo. Por medio de su provisión, esa culpa puede ser quitada y limpiada.

Dios reveló otro atributo de su naturaleza con una descripción aun más curiosa: “Pues Jehová, cuyo nombre es Celoso, Dios celoso es” (Éxodo 34:14).

“Celoso”, ¡qué nombre! Este es el Dios del Antiguo Testamento. Eso no sonaba al Dios pasivo del que había leído recientemente. Al contrario, se parecía más a la idea de “un guerrero”.

Jesús

Ahora tendría que enfrentarme con Dios según se manifiesta en el Nuevo Testamento, y a veces esto parecía una paradoja. Si Jesús es “la imagen misma” de Dios (Hebreos 1:3), ¿por qué no enseñó en el Nuevo Testamento las mismas cosas que en el Antiguo? ¿Cómo podría yo explicar el ejemplo de la vida y las enseñanzas de Jesús? El llamamiento radical de Jesús a la no resistencia, a amar a nuestros enemigos, y aun a hacer el bien a los que nos maltratan parecían una contradicción directa a la idea de un Dios guerrero. Si en el Antiguo Testamento Dios dijo que “ojo por ojo y diente por diente”,² cómo podía Jesús ahora decir: “Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra” (Mateo 5:38). ¿Cómo podía yo armonizar las divergencias?

Dios no puede cambiar

Comencé a entender que el cambio del Antiguo al Nuevo Testamento no era un cambio en la naturaleza o el carácter de Dios, sino un cambio en cómo nosotros le servimos, y finalmente, en cómo vivimos en su reino. El corazón de Dios nunca ha cambiado; más bien, Dios no puede cambiar. Las Escrituras nos dicen que no hay ni la menor indicación de que la naturaleza de Dios pueda cambiar. “En el cual no hay mudanza, ni sombra de variación (Santiago 1:17)”.

En el Nuevo Pacto, Dios es igualmente santo y tan celoso de establecer su reino como antes. Para él tiene la misma importancia que nuestra vida esté completamente dedicada a él hoy que en el Antiguo Testamento. En ese sentido, aún

2 Éxodo 21:24; Levítico 24:20; Deuteronomio 19:21

podríamos darle el nombre “Celoso”. Hacer la “paz” no es un fin en sí; no es la meta final de Dios. Más bien, hablando de lo que la devoción radical a él produce en nuestras relaciones, Jesús dijo:

No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa. El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí. (Mateo 10:34-37)

Cambio

Jesús dijo esto, y los cambios que hizo cuando vino a la tierra eran muy importantes, aun revolucionarios. Pero la guerra por las almas de los hombres sigue rugiendo. Lo que ha cambiado es *cómo* hacemos la guerra. Al leer el Sermón del Monte, pude ver claramente que Jesús estaba haciendo cambios significativos al estilo de vida, la adoración y el comportamiento. Seis veces, en la primera parte del Sermón del Monte, Jesús comienza sus cambios radicales con “Oísteis que fue dicho”. Jesús descartó el Antiguo como si tuviera siglos de estar vencido, e inició sus cambios con una valiente declaración de principios: “Pero yo os digo...” Esto es significativo.

Es significativo por dos razones. Primeramente, es increíble el hecho mismo de que un cambio de tal magnitud se haya llevado a cabo. Yo sentí que reconocer este hecho era la única manera honrada de armonizar los dos Testamentos. Al igual que los cambios que se hicieron referente a la adoración en el templo y la salvación, estos cambios de estilo de vida,

devoción, y aun los concernientes a la guerra, eran obviamente muy importantes. El escritor de Hebreos dice:

Porque si aquel primero hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo. Porque reprendiéndolos dice: *He aquí vienen días, dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto (...)* Al decir: Nuevo pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer. (Hebreos 8:7-8, 13)

Esto no hace que el Antiguo Testamento se vuelva obsoleto. Otra vez digo, el corazón de Dios nunca ha cambiado. Entender el corazón de Dios puede ayudar a dirigir nuestro celo y pasión. Lo que ha cambiado es el medio por el cual la voluntad de Dios se manifiesta y se lleva a cabo.

La autoridad de Jesús

El segundo punto significativo es *quién* hace el cambio. Sólo Jesús tenía la autoridad para hacer estos cambios indiscutibles. Ningún profeta o discípulo tuvo la autoridad para hacer tales cambios, ni siquiera Juan el Bautista.

Ninguna persona en la historia ha tenido la autoridad para hacer cambios como los hizo Jesús. El último versículo en el Sermón del Monte nos muestra la manera en que la gente percibía sus enseñanzas: “Y cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas” (Mateo 7:28-29).

Ahora el asunto se me estaba aclarando. Para comprender la pregunta de cómo tratar con el Antiguo Testamento, primero debía reconocer que la naturaleza de Dios no ha cambiado y no puede cambiar. Dios sigue siendo guerrero.

Por otro lado, también llegué a comprender que la forma en que “peleamos” la batalla en el nuevo pacto ha sido completamente transformada.

Ejemplos del nuevo plan de batalla

Jesús no solo nos dio estas enseñanzas explícitamente, sino que también las practicó en una viva demostración del nuevo camino. En una ocasión cuando él y sus discípulos iban a pasar por una aldea samaritana, los samaritanos, viendo que solo iban de paso, conspiraron para detenerlos y no dejarlos pasar.

Jacobo y Juan recordaron la manera en que Elías enfrentó un reto similar en el Antiguo Testamento y le preguntaron a Jesús si debían pedir que cayera fuego del cielo para consumirlos. “Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma? Entonces, volviéndose él, los reprendió, diciendo: Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas. Y se fueron a otra aldea” (Lucas 9:54-56). El plan de batalla del Nuevo Testamento era para salvación, no para destrucción.

Otro ejemplo notable ocurrió cuando una turba se acercó a Jesús en el huerto de Getsemaní para prenderlo horas antes de su crucifixión. Esta oportunidad significó para los discípulos una lección clara. Poco antes de que Jesús fuera capturado en el huerto, les dio a los apóstoles un cargo misionero bastante diferente del que les había dado anteriormente. Este era un cargo a largo plazo. En la primera comisión, Jesús les había dicho que no llevaran nada, ni dinero ni una mudada de ropa. Ahora, sin embargo, anticipando un viaje más largo, Jesús les mandó que llevaran varias cosas: “Y a ellos dijo: Cuando os envié sin bolsa, sin alforja, y sin calzado, ¿os

faltó algo? Ellos dijeron: Nada. Y les dijo: Pues ahora, el que tiene bolsa, tómela, y también la alforja; y el que no tiene espada, venda su capa y compre una” (Lucas 22:35).

Una de las cosas que Jesús les dijo que debían llevar junto con las demás provisiones era una “espada”. Al oír las instrucciones, los apóstoles hallaron dos espadas. “Entonces ellos dijeron: Señor, aquí hay dos espadas. Y él les dijo: Basta” (Lucas 22:38).

Algunas personas discuten el tamaño de estas espadas. El tamaño exacto de estas espadas es un debate que nunca tendrá respuesta. Pero sin importar su tamaño, lo importante de esta lección es que Pedro quiso usar una de ellas para defender a Jesús. Cuando los soldados llegaron para prender a Jesús, los discípulos le preguntaron: “Señor, ¿heriremos a espada?” (Lucas 22:49).

Sin esperar respuesta, Pedro se levantó y le cortó la oreja a Malco, siervo del Sumo Sacerdote. Jesús se agachó, recogió la oreja, y milagrosamente la volvió a colocar en su lugar. “Vuelve tu espada a su lugar [—dijo Jesús—]; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán” (Mateo 26:52).

Palabras importantes, un mandato importante y un cambio muy importante. ¡Esa no era la forma de hacerlo en el Antiguo Testamento! Definitivamente era un cambio en el plan de batalla. Además, lo que Jesús pronunció sobre los que “viven por la espada” tiene mucho peso.

Hay una cita interesante que data del tiempo de la iglesia primitiva que nos habla de los resultados de este decreto. Tertuliano, un cristiano primitivo, escribiendo alrededor del año 190 d.C., pregunta en cuanto a este versículo:

¿Cómo puede un cristiano participar en la guerra? Más bien, ¿cómo podría servir aun en tiempos de paz sin una espada? Porque el Señor [nos] ha quitado la espada. Es

cierto que algunos soldados fueron a Juan el Bautista y recibieron instrucciones acerca de su conducta. Es cierto que un centurión creyó. Sin embargo, después, cuando el Señor desarmó a Pedro, desarmó a todos los soldados.³

Finalmente, comprender al Dios del Antiguo Testamento significaba comprender mi propósito en la vida como nunca antes. Ahora comprendía que Dios no nos llamó a ser pasivos. Él nos llamó a luchar... Y luchar hasta la muerte... nuestra muerte personal; *mi muerte*. Ciertamente el método y el plan de batalla han cambiado, pero Dios no.

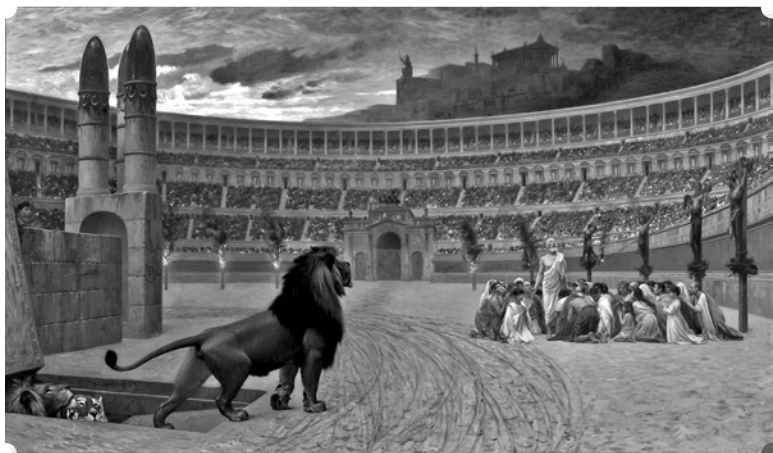
Cuanto más comprendía la relación entre el Antiguo Testamento y el Nuevo, más ridícula me parecía la idea de la “guerra justa” cristiana. Sin embargo, tengo que reconocer que cuando leía la historia de estos “santos” de los años 400 y 500 d.C., tales como Agustín y Cirilo, me sentía muy incómodo. No podía evitar sentirme intimidado por su tremenda influencia, y también por su antigüedad.

Sin embargo, siempre quedaba una brecha clara en mi línea de tiempo mental. Yo razonaba así: Los escritos del siglo 400-500 d.C. de verdad son antiguos, pero la Iglesia comenzó muchos años antes. Si Agustín escribió su teoría acerca de la “guerra justa” alrededor del año 410 d.C., ¿qué creía la Iglesia antes de eso? ¿Era esto lo que la Iglesia siempre había creído?

3 Tertuliano, *On Idolatry*, Ante-Nicene Fathers (Sobre la idolatría, Padres antenicanos) Vol. 3, p. 73. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1986.

Capítulo 5

La iglesia primitiva



Persecuciones contra la iglesia primitiva

Poco tiempo antes de la Guerra del Golfo Pérsico, era común ver noticias provenientes de Kuwait e Iraq que sugerían la inminente necesidad de una intervención militar. Yo compartía abiertamente mis convicciones emergentes, de manera que algunos de mis líderes me desafiaban con sus preguntas. Me gustaban esas preguntas. En secreto yo deseaba que me convencieran de olvidarlo todo.

Una tarde en especial, recuerdo una intensa lucha interna mientras trabajaba en la armería. Nuestra unidad había recibido varios lanzagranadas 203 que debíamos montar en los fusiles M16. Siendo que yo acababa de regresar de la escuela de armería, era tarea mía instalarlos. Bien recuerdo sostener el lanzagranadas en mi mano, mientras retorcí el alambre alrededor del cañón del M16, y preguntarme: “¿Qué haría Jesús?” La respuesta parecía obvia. ¡Por supuesto, Jesús no tendría nada que ver con esos lanzagranadas! Sin embargo, mientras le daba los toques finales a la tarea, buscaba justificar el asunto.

Una tarde, poco tiempo después, toda la unidad fue llamada al salón de reuniones con un tono de urgencia. Se nos dieron instrucciones sobre el uso de la “fuerza letal”, como la llamaba el comandante. Era muy obvio que el primer sargento estaba muy emocionado. Él hablaba con tonos enfáticos mientras caminaba de acá para allá. Este hombre era uno de los que soñaba con momentos como el que describía. Era calvo casi por completo, y lucía un tanto obeso... tal vez demasiado para los requerimientos del ejército. Cualquiera podía preguntarse cómo hacía para superar los pesajes cada trimestre. Con su acostumbrado uso de palabras profanas y expresiones severas, ahora nos explicaba la seriedad del momento y la manera en que tendríamos que responder a la amenaza. Cerca de la culminación de la charla, me miró directamente

y dijo: “Si alguien trata de ingresar aquí, ustedes tendrán que abrir fuego para impedirlo”.

De repente mis ideas extrañas se habían vuelto algo más que solo argumentos teológicos. Pensé: “No me pueden *obligar* a matar a nadie. Puedo mantener esto en secreto y aparentar que me conformo en todo.” Pero, cuanto más lo pensaba, más convicción sentía. Mi compromiso estaba puesto a prueba. Además de la parte espiritual, sentí otra preocupación. Si no respondía al enemigo de forma decidida, bien podría poner en peligro a otras personas de la unidad. Mi mente giraba y mi corazón se aceleraba.

Nube de testigos

Durante este tiempo, creo que me habría sentido completamente solo si no hubiera sido por los escritos de la iglesia primitiva. Recientemente había hallado algunos libros que me presentaron la fe y práctica de los cristianos durante los primeros 300 años de la Iglesia. En la comunidad militar donde vivíamos había muchas tiendas inglesas y norteamericanas fuera de la base. Una de esas era una librería cristiana con una colección inusual de libros. Yo no podía creer lo que estaba encontrando allí. El dueño era un pastor evangélico normal, pero las cosas que tenía en su librería eran revolucionarias. Después descubrí que él había comprado una gran porción de su inventario de una librería radical que había quebrado. Eso era una desdicha para el hombre que fracasó, pero cambió la vida mía y la de mi esposa. Allí encontré el libro *Cómo los cristianos hicieron las paces con la guerra: Entendimiento cristiano primitivo de la guerra* por John Driver. Yo supuse que este libro me ayudaría a “conciliar” el asunto de la guerra, pero en lugar de ello, me presentó los escritos de la iglesia primitiva.

Allí también encontré unos libros de David Bercot tales como *Cuando el cristianismo era nuevo* y algunas otras publicaciones sobre escritos de cristianos primitivos. Esos libros me abrieron la puerta a otro mundo, mostrándome que una iglesia viva, espiritual y poderosa había existido después de la muerte de los apóstoles.

Yo no me imaginaba lo que estaba por encontrar. Al examinar los escritos de los cristianos primitivos, pronto descubrí que cuanto más me acercaba a los apóstoles, más sencillas, puras, y bíblicamente literales se volvían sus enseñanzas. Pero había más que doctrina. Hallé en sus escritos una fe que inspiraba a hombres a predicar desde una cruz y desafiar reyes delante de animales devoradores. Más que eso, hallé una fe que llevó a familias enteras a dar su vida por causa de Cristo. Parecía que esta doctrina de paz y no resistencia fluía naturalmente como resultado de su entendimiento general de la fe.

El nuevo reino

Uno de los puntos principales que la iglesia primitiva enfatizaba era que Cristo el Mesías ya había venido, y que cuando él vino estableció su reino; un reino donde solo él reina. Cuando los cristianos primitivos oraban “venga tu reino, hágase tu voluntad”, eso era precisamente lo que querían decir. Como ciudadanos de ese reino, su estructura, prácticas, leyes y aun sus armas, habían sido prescritas por su Rey. Tengo que reconocer que al leer esos escritos me emocioné. Esos cristianos tenían un sentido real de esperanza. Parecían inspirados por el privilegio de ver el cumplimiento de las Escrituras.

Una de las profecías más significativas, repetida vez tras vez por la iglesia primitiva, era la profecía del reino que encontramos en Isaías:

Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones. Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová. Y juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra. (Isaías 2:2-4)

Ellos creían que su Rey había venido y llevado a cabo el cumplimiento de esta escritura.

Justino Mártir

Justino Mártir fue un filósofo que, después de nacer de nuevo, se entregó a la predicación de Cristo, lo que al fin le costó la vida. Alrededor del año 150 d.C. él debatió por escrito con un judío. En su debate, acudió a la profecía de Isaías diciendo: “Antes estábamos llenos de guerra, matanzas y toda clase de maldad. Pero ahora todos nosotros, por toda la tierra, hemos cambiado nuestras armas. Hemos cambiado nuestros escudos en rejas de arado y nuestras espadas en otras herramientas para la agricultura.”¹ Después le escribió una carta al Emperador para tratar de explicarle el cristianismo. Él dijo: “Nosotros que antes nos asesinábamos, ahora rehusamos pelear aun en contra de nuestros enemigos”.²

1 Justino Mártir, *Dialogue with Trypho*, Ante-Nicene Fathers (Dialogo con Trypho, Padres anteniconos) Vol. 1, p. 254. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1986.

2 Ireneo, *Against Heresies*, Ante-Nicene Fathers (Contra las herejías, Padres anteniconos) Vol. 1, p. 512. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co.,

El obispo Ireneo

En otra parte del mundo, un obispo cristiano llamado Ireneo escribió un libro en contra de los politeístas y herejes, explicando el cristianismo:

El nuevo pacto que devuelve la paz y la ley que da vida, ha salido por toda la tierra, como dijo el profeta: “Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová. Y juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra.” Esta gente (los cristianos) formaron sus espadas y lanzas en rejas de arado, o sea, en instrumentos usados para propósitos pacíficos. Por eso ahora no están acostumbrados a pelear. Cuando son golpeados, vuelven la otra mejilla.³

Encontré que, sin duda, la enseñanza de la no resistencia era una parte integral de la fe de la iglesia primitiva. No era algo solamente de un maestro, ni solamente de un lugar. Más bien descubrí que esta enseñanza se predicaba unánimemente en todas partes del mundo antiguo. Cuando consideré que esta unidad se había logrado sin los medios de transporte masivo, teléfonos, ni aun los modernos servicios de paquetería, no pude más que detenerme para pensar seriamente. Tal vez un entendimiento literal de las palabras de Jesús no era algo tan disparatado como yo había creído.

1986.

3 Clemente de Alejandría, *The Instructor*, Book III, Ante-Nicene Fathers (El instructor, libro III, Padres antenicanos) Vol. 2, p. 293. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1986.

Clemente de Alejandría

Al otro lado del Mediterráneo, separado por mares y montañas, había otro maestro llamado Clemente de Alejandría. Una vez más, aun allá en el norte de África, alguien había recibido el mismo evangelio. Al escribir una serie de enseñanzas sobre la fe cristiana alrededor del año 190 d.C., Clemente explicó la fe que había recibido. Lo siguiente fue tomado de esos escritos:

- Él nos pide: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen”. Y él dice: “a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa”.⁴
- Hay que ayudar al enemigo para que no siga siendo enemigo. Pues por la ayuda se logra el buen sentimiento y se disuelve la enemistad (...) nosotros no enseñamos a nuestras mujeres, como si fueran Amazonas, a ser valientes de guerra, porque deseamos que aun los hombres sean pacíficos.⁵
- A los cristianos no se les permite usar la violencia para corregir las delincuencias del pecado.⁶

4 Clemente de Alejandría, *Exhortation to the Heathen*, Ante-Nicene Fathers (Exhortación a los paganos, Padres antenicanos) Vol. 2, p. 195. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1986.

5 Clemente de Alejandría, *Maximus Sermon*, Ante-Nicene Fathers (Sermón a Máximo, Padres antenicanos) Vol. 2, p. 581. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1986.

6 Tertuliano, *An Answer To The Jews*, Ante-Nicene Fathers (Una respuesta a los judíos, Padres antenicanos) Vol. 3, p. 154. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1986

Cómo trataba la iglesia primitiva con el Antiguo Testamento

El entendimiento de la iglesia primitiva era, sin duda, que Jesús sencillamente cambió la forma en que su reino opera y hace la guerra. Enfáticamente creían que la guerra seguiría. Sin embargo, los métodos y las armas habían cambiado.

Tertuliano

Al testificar cómo los cristianos miraban este cambio con respecto a la práctica del Antiguo Testamento, Tertuliano, un orador cristiano muy osado del norte de África, escribió en el año 195 d.C.:

- La práctica de la ley antigua era la venganza de la espada. Era la de sacar ojo por ojo e infligir la venganza por las heridas. Pero la práctica de la nueva ley señala la misericordia.⁷
- ¡Los hombres de la antigüedad estaban acostumbrados a exigir “ojo por ojo y diente por diente” y devolver mal por mal con usura! Pero luego de que Cristo vino y unió la gracia de la fe con la paciencia, ahora no es correcto atacar a otros ni con palabras, ni meramente decir ‘necio’ sin peligro de juicio. Cristo dice: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, y orad por sus perseguidores”.⁸

7 Tertuliano, *Of Patience*, Ante-Nicene Fathers (Acerca de la paciencia, Padres antenicanos) Vol. 3, p. 711. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1986.

8 Tertuliano, *Against Marcion*, Ante-Nicene Fathers (Contra Marción, Padres antenicanos) Vol. 3, p. 370. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1986.

- Cristo claramente enseña una nueva longanimidad cuando prohíbe hasta las represalias que el Creador permitió al requerir “ojo por ojo y diente por diente”.⁹
- Hipias, [un pagano] fue muerto por tramar [un complot] en contra del estado. Ningún cristiano ha intentado tal cosa en beneficio de su hermano, aun cuando la persecución les estaba dispersando con cada atrocidad.¹⁰
- ¿Pues qué diferencia hay entre el provocante y el provocado? La única diferencia es que el primero hizo el primer mal, pero el último hizo mal después. Ambos quedan condenados ante los ojos de Dios por herir a otro hombre. Porque Dios tanto prohíbe como condena toda maldad. En el hacer mal, no se toma en cuenta el orden de sucesos (...) el mandato es absoluto: no se ha de pagar mal con mal.¹¹

Yendo más allá de la no resistencia, la iglesia primitiva claramente enseñó contra el matar de cualquier forma, aunque fuera tras la fachada de una “causa justa”. De nuevo Tertuliano nos desafía:

Yo pienso que primero debemos averiguar si aun es apropiado que los cristianos vayan a la guerra. ¿Qué ventaja hay en hablar de lo secundario cuando la base es de condenar? ¿Creemos nosotros que es correcto añadir un juramento humano al divino? (...) ¿Es correcto hacer uso de la espada cuando el Señor dice que el que toma espada a espada perecerá? ¿Podrá el hijo de paz tomar parte en la batalla cuando no le conviene ni siquiera lle-

9 Ibid. p. 370

10 Tertuliano, *Apology*, Ante-Nicene Fathers (Apología, Padres antenicanos) Vol. 3, p. 51. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1986.

11 Tertuliano, *Of Patience*, Ante-Nicene Fathers (Acerca de la paciencia, Padres antenicanos) Vol. 3, p. 713. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1986.

var [a otros] a juicio? ¿Podrá aquel que ni aun venga los males que le son hechos, hacer uso de cadenas, prisión, tortura y el castigo?¹²

Tradición apostólica de Hipólito

Durante la misma época de Tertuliano, pero en un lugar completamente diferente, Hipólito escribió un documento en que expresa algunas guías para la iglesia primitiva con relación a recibir o rechazar candidatos para el bautismo y la comunión. Estas guías dicen así: “Si un candidato o creyente busca hacerse soldado tiene que ser rechazado, porque ha despreciado a Dios”.¹³

No nos estás ayudando

Uno de los desafíos que recibí de mis compañeros era que yo estaba participando indignamente de la paz que me proveía el ejército estadounidense. Me preguntaban: “¿Qué sucedería si todos en el ejército tomaran su posición?” Ellos argumentaban que no era justo que yo disfrutara de la paz si no ponía de “mi parte” para mantenerla.

Esto me dolía. Siempre había abrazado la idea de poner de mi parte: de ser “parte del equipo”. Yo apreciaba el sacrificio que habían hecho los veteranos del ejército y lo que hicieron por mí, pero amaba a Jesús aun más. Yo no aborrecía a los soldados ni les faltaba el respeto. Sencillamente, yo había experimentado un cambio de lealtades. Mi lealtad era para

12 Tertuliano, *The Chaplet*, Ante-Nicene Fathers (La corona, Padres antenicanos) Vol. 3, p. 100. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1986.

13 Hipólito, *The Apostolic Tradition of Hippolytus* (La tradición apostólica de Hipólito) Sec. 16. London: The Alban Press, 1991.

Jesús, aunque eso no me hacía insensible a los sacrificios de otros soldados.

Me pareció interesante descubrir que la iglesia primitiva fue acusada de lo mismo. Orígenes, otro filósofo convertido al cristianismo, escribió una defensa contra esta misma crítica cerca del año 248 d.C.

Orígenes

Con una confianza resultante de su fe, desafió a sus oponentes diciendo que los cristianos hacían más de lo que ellos creían. Los que criticaban decían que los cristianos debían sentirse obligados a ayudarles a mantener la justicia, y si fuera necesario, pelear junto con ellos. Orígenes les dio una buena respuesta:

Nuestra respuesta a esto es que sí ayudamos a los reyes cuando es necesario. Pero esto es, por decirlo así, una ayuda divina, en que “tomamos toda la armadura de Dios”. Y lo hacemos en obediencia al mandamiento del apóstol: “Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia”.

Así que, cuanto más piadosa sea la persona, más efectiva será la ayuda que proporcione a los reyes. Esta es una ayuda mayor que la que dan los soldados que salen a luchar y matar a todos los enemigos que pueden.

Nuestras oraciones derrotan todos los demonios que incitan a la guerra. Estos demonios también llevan a las personas a perjurar y perturbar la paz. Entonces, de esta forma, ayudamos mucho más a los reyes que los que salen a la batalla.

También tomamos parte en asuntos de interés público cuando practicamos la abnegación junto con nuestras oraciones y meditaciones justas, que nos enseñan a despreciar los placeres y a no ser llevados por ellos. Por lo tanto, nadie lucha mejor a favor del rey que nosotros. En realidad, no peleamos *bajo* él, aunque lo exija de nosotros. Pero peleamos a su favor, formando un ejército especial —un ejército de piedad— al ofrecer nuestras oraciones a Dios.”¹⁴

La iglesia primitiva no necesitaba la espada para defender su causa o hacerla prosperar. Cuanto más los cazaban, crucificaban, echaban a los leones, o torturaban, tanto más crecía esa fe. Hablando de la persecución de los cristianos, Tertuliano les dijo a los romanos que en lugar de reducir la Iglesia, estaba atrayendo más personas. Hablando del resultado de la persecución implacable que el estado conducía contra los cristianos, él dijo: “Es la carnada que atrae hombres a nuestra escuela. Cada vez que tratan de eliminarnos, nuestros números aumentan: la sangre de los cristianos es la semilla [de la Iglesia].”¹⁵

Con mucha valentía, hablando del crecimiento de la Iglesia en medio de las persecuciones, Orígenes una vez desafió al Emperador diciendo:

Y esto a pesar de los muchos obstáculos a la propagación de las enseñanzas de Cristo en el mundo. Sin embargo,

14 Orígenes, *Against Celsus*, Ante-Nicene Fathers (Contra Celso, Padres antenicanos) Vol. 4, pp. 665-668, condensado. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1986.

15 Tertuliano, *Apology*, Ante-Nicene Fathers (Apología, Padres antenicanos) Vol. 3, p. 55. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1986. Citado de una traducción tomada de Christian Research Institute Magazine (Revista del instituto de investigación cristiana), GLIMPSE #53. (Todos añaden la frase “de la iglesia” al final de la cita, por lo que decidí hacerlo. Sin embargo, por favor nota que no está en el original.)

siendo que el propósito de Dios era que las naciones recibieran los beneficios de las enseñanzas de Cristo, todas las estrategias del hombre contra los cristianos han sido reducidas a la nada. Cuanto más los reyes, gobernadores, y pueblos los han perseguido por todas partes, más aumentan los cristianos en número y fuerza.¹⁶

Fui muy animado al descubrir que todos los cristianos que vivieron cerca del tiempo de los apóstoles defendían la aplicación literal de las palabras de Jesús: “amad a vuestros enemigos”. No había “guerras justas”. Sencillamente, “amad a vuestros enemigos”. ¡Fue tan refrescante!

Para mis adentros, pensé: “¡Al fin he hallado amigos y compañerismo!” Sin embargo, era una lástima que estos habían muerto más de 1,700 años antes. Un abismo se extendía entre su mundo y el mío. ¡Me preguntaba qué había sucedido! ¿Cómo pudo la Iglesia abandonar una posición universal de no resistencia y convertirse en una fuerza militar y perseguidora en el tiempo de Agustín? ¿Cómo ocurrió este cambio enorme? ¿Cómo cruzaron un abismo tan amplio?

16 Orígenes, *Against Celsus*, Ante-Nicene Fathers (Contra Celso, Padres antenicanos) Vol. 4, p. 665-668. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1986.

Capítulo 6

El puente de Constantino



La visión de Constantino

Cuando se concibió la idea de construir el Puente de Brooklyn sobre el río Este para unir los distritos de Brooklyn y Manhattan en la ciudad de Nueva York, fue recibida con mucho escepticismo y crítica. Uno de los obstáculos más grandes que se mencionó fue la dificultad para asentar las torres sobre el lecho de roca bajo el río Este. Para muchos, parecía imposible. Durante miles de años, los sedimentos de lodo y arcilla habían sido depositados allí, de manera que resultaba casi imposible llegar con el fundamento hasta la roca. Desafiando todas las contrariedades, los ingenieros completaron la obra. Para ello crearon arcones neumáticos con un sistema que permitía que los buzos pudieran sacar los sedimentos del fondo del río.

Desafortunadamente, descender a esas profundidades trajo consigo muchas complicaciones misteriosas y desconocidas para los buzos de ese tiempo. Muchos de ellos sufrieron del síndrome de descompresión, que resultaba en calambres, parálisis, y aun muerte. Aun el mismo Washington A. Roebling, el jefe de los arquitectos, vio su salud irremediablemente afectada por las complicaciones que resultaron del poder y las presiones implacables de las profundidades.

Para mí, construir el puente entre la iglesia primitiva y la edad moderna parecía igualmente peligroso. El fundamento de doctrinas sepultado bajo siglos de sedimentos denominacionales cambió mi vida completamente. Sin embargo, ¿cómo llegó la Iglesia a donde estaba en el siglo V? Pronto descubrí que un solo hombre, Constantino, había causado un impacto tremendo sobre lo que yo llamaba la Iglesia. Sea que los historiadores consideren a Constantino un bienhechor o destructor, no importa. Todos estarán de acuerdo en que la influencia del emperador Constantino es el fundamento del puente que cruza el abismo entre la iglesia perseguida del primer siglo y la iglesia poderosa del quinto siglo. Sin duda,

Constantino introdujo cambios que alteraron drásticamente la teología, práctica y posición política de la Iglesia. Estos cambios han perdurado hasta la iglesia moderna que vemos hoy.

Trasfondo

Cerca del fin del tercer siglo, la Iglesia estaba experimentando un poco de alivio de la persecución. El cristianismo estaba ganando terreno; muchas personas se convertían, incluso miembros de la propia familia del Emperador. Por un poco de tiempo parecía “seguro” ser cristiano. Diocleciano había llegado a ser Emperador, y estando dotado de una mente apta para la estrategia y la logística, reorganizó el Imperio Romano en cuatro secciones, cada una con su propio emperador, y él siguió como cabeza sobre todos. Durante algún tiempo, sus planes trajeron mayor paz y prosperidad a Roma.

Para los cristianos, sin embargo, la paz fue muy breve. Los tiempos de prueba pronto regresaron. En el año 295 d.C., Galerio, uno de los cuatro emperadores de Diocleciano, mandó que un grupo de nuevos cristianos fueran ejecutados por rehusar unirse al ejército. Pronto otro grupo de nuevos cristianos sufrió la misma suerte: condenados a muerte por intentar dejar el ejército.

Galerio comenzó a perseguir a la Iglesia en su área geográfica. Más adelante, él fue clave en convencer a Diocleciano de que no se podía esperar lealtad de los cristianos en ninguna parte del Imperio, y que por lo tanto eran una amenaza. En el año 303 d.C. esta influencia llevó a la promulgación de un edicto en contra de la propagación y práctica del cristianismo. Tras estas leyes nuevas, además de algunas catástrofes naturales por las que convenientemente fueron culpados los cristianos, el fuego de persecución se volvió abrazador. Los

cristianos fueron torturados en un intento de obligarlos a renunciar a su fe, entregar escritos santos, y adorar a dioses falsos.

Persecución bajo Diocleciano

Por todo el Imperio se multiplicaban las escenas de cristianos valientes e inamovibles que rehusaban arrojar una pizca de incienso sobre una llama en homenaje a algún ídolo. Como castigo, eran sentenciados a morir en la hoguera o despedazados por animales salvajes. En lugar de inclinarse a dioses falsos, sus cuerpos fueron el combustible para un sacrificio vivo ofrecido al Dios verdadero.

Durante esta persecución muchos héroes y mártires glorificaron a Cristo. Lamentablemente, no todos los cristianos perseveraron hasta el fin. Después de un tiempo de tolerancia y vida fácil en el Imperio, la Iglesia se había descuidado. Cuando acometió el fuego purificador de la persecución, muchos, aun una cantidad grande de ministros, transigieron y entregaron copias de las Escrituras. Algunos hasta sacrificaron a ídolos. A través de todo esto, la Iglesia entró en el cuarto siglo, coja y cargada de bagaje teológico y político.

Como era de esperar, el plan cuadrilátero de Diocleciano para fortalecer el Imperio logró exactamente lo opuesto: causó rivalidades que llevaron a guerras civiles. En el año 304 d.C. Diocleciano enfermó, y en el 305 d.C. Galerio le arrebató su sección del Imperio, logrando así el puesto principal de “Augusto”. Durante este tiempo, las guerras civiles golpearon el reino de un lado y de otro, dejándolo en caos político durante muchos años. Y, en medio de todo, los cristianos eran perseguidos ferozmente.

Muy poco tiempo después de que Galerio lograra el trono supremo, contrajo una enfermedad gástrica que lo cubrió

de úlceras y “una nube innumerable de insectos devoradores”.¹ Muchos cristianos consideraron que aquello era el juicio de Dios.

Constantino llega al rescate

Fue en este tiempo tempestuoso de prosperidad momentánea, caos político y severa persecución religiosa que apareció Constantino, el gobernador joven y oportunista. Aprovechando la naturaleza caótica del imperio, Constantino comenzó a tramar un plan que le permitiría hacerse con el control de todo el imperio.

Cerca del año 312 d.C. Constantino echó a andar su plan. Condujo a 98,000 soldados desde Galia (lo que hoy es Francia, Bélgica y Suiza) a través de los Alpes Suizos. Llegó hasta Roma y atacó los ejércitos desprevenidos de la capital. De camino, Constantino tuvo una experiencia que cambiaría el mundo para siempre.

¡In hoc signo vinces!

Según el antiguo historiador Eusebio, el día antes de la batalla para conquistar Roma, Constantino reporta que él y sus hombres miraron al cielo y vieron una visión de una cruz brillante sobre el sol. Sobre la cruz se veía la inscripción: “Por esta señal vencerás”. Otro historiador antiguo explicaba que la cruz que Constantino vio comprendía el crismón, las primeras dos letras griegas del nombre de Cristo, X (Chi) y P (Ro).

1 Edward Gibbon, http://en.wikipedia.org/wiki/The_History_of_the_Decline_and_Fall_of_the_Roman_Empire *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire* (Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano) Vol. 1, Ch. 37). Chicago: William Benton, 1952.

Se reporta que al día siguiente Constantino despertó aterrorizado cuando un “ángel” le dijo a manera de exclamación: “*¡In Hoc Signo Vinces!*”, que traducido significa “¡Por esta señal vencerás!”. Sorprendentemente, Eusebio dice que este “ángel” era Cristo mismo.

Se dice que Constantino pronto mandó pintar el crismón en los escudos de los soldados. Después de todos estos eventos supuestamente sobrenaturales, Constantino se encontró con el Ejército Romano, dirigido por el emperador Majencio, en el puente Milvio. Allí el ejército de Constantino derrotó a los ejércitos de Roma. Durante la batalla Majencio cayó al río y se ahogó. Eusebio dice que después de que Constantino tomara la ciudad, ordenó edificar una estatua de sí mismo. La estatua desplegaba en su mano derecha el lábaro, estandarte que contenía el crismón, y la inscripción debajo de éste: “Por este símbolo salvador, la verdadera señal de valentía, he librado su ciudad del yugo del tirano”.²

La primera iglesia orientada a las multitudes

Cuando el Emperador dio su apoyo al cristianismo, multitudes comenzaron a llegar a la Iglesia. El cristianismo se volvía más y más aceptable en la sociedad. Constantino comenzó a reconstruir iglesias. También quiso pagar salarios gubernamentales a los ministros y eximirlos de impuestos. Liberó esclavos cristianos y les dio dinero y ropa nueva a los que se convertían al cristianismo. Por todo el Imperio se llevaron a cabo bautismos masivos, y en unos pocos años, cientos de miles de personas ingresaron a la Iglesia.³

2 Eusebio, *Ecclesiastical History*, Nicene and Post-Nicene Fathers, Second Series (Historia Eclesiástica, Padres nicenos y posnicenos) Libro 9, Capítulo 9. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1986.

3 Ibid. (Libro 1, Capítulo1).

En lugar de ver estos favores seculares como una tentación peligrosa, la mayoría de cristianos los recibieron sin reservas. Eusebio escribió: “Debe ser obvio a todos los que miran estos hechos que una era nueva y fresca de existencia ha comenzado a aparecer, y que una luz antes desconocida comienza a levantarse de la oscuridad sobre la raza humana, y todos deben confesar que estos hechos son enteramente la obra de Dios, que ha levantado a este Emperador piadoso para resistir la multitud de impíos.”⁴

Cuanto más la Iglesia aceptaba estos regalos, más rápido llegaban. Algunos ministros fueron invitados a comer con el Emperador en el palacio mismo. En referencia a una de estas fiestas imperiales, Eusebio otra vez se jactó:

En esta ocasión las fiestas públicas fueron celebradas por todas las gentes en todas las provincias, pero el Emperador mismo invitó y celebró con aquellos ministros de Dios que él había reconciliado, y de esta manera ofreció, como por medio de ellos, un sacrificio agradable a Dios. Ninguno de los obispos faltó al banquete imperial, cuyas circunstancias fueron de esplendidez indescriptible. Destacamentos de los guardaespaldas y otras tropas rodearon la entrada del palacio con espadas desenvainadas, y los hombres de Dios pasaron por en medio de ellos sin temor hasta los apartamentos imperiales más secretos. Algunos de ellos eran compañeros de mesa del mismo Emperador, mientras otros se relajaban en sillones colocados a ambos lados. Se hubiera podido pensar que había llegado una sombra del reino de Cristo y que era un sueño en lugar de una realidad.⁵

4 Eusebio, *Life of Constantine*, Nicene and Post-Nicene Fathers, Second Series (Vida de Constantino, Padres nicenos y posnicenos) Libro 3, Capítulo 1). Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1986.

5 Ibid. (Libro 3, Capítulo 15).

Sin embargo, mientras los obispos y líderes de la iglesia hacían fiesta en la corte imperial, Constantino reestructuraba la Iglesia y el mundo.

Pontifex maximus

Constantino siempre se interesó mucho en la religión. La religión pagana de sus antepasados era muy importante para él, especialmente Apolo, el dios del sol. En el año 308 d.C. él dio grandes donaciones al templo de Apolo y obtuvo la posición oficial de sumo sacerdote de ese culto pagano. Con orgullo empezó a llevar el título de *Pontifex maximus*. Esta posición lo convirtió en la autoridad suprema de la doctrina y práctica de la religión pagana del Imperio Romano. Esto era conveniente para Constantino; le permitía gobernar aun la estructura espiritual y emocional de sus súbditos. Como había observado los beneficios de su influencia sobre los paganos, Constantino naturalmente quiso gobernar los asuntos de la Iglesia de la misma forma.

Aunque el cristianismo crecía rápidamente, el paganismo se mantuvo fuerte, especialmente entre las personas de más alta categoría. Constantino gobernaba ambos campamentos cuidadosamente, recorriendo una línea precaria entre el paganismo y el cristianismo. Alrededor del año 320 d.C., se acuñaron monedas romanas con la inscripción de un dios pagano a un lado y el nombre de Cristo al otro. Constantino mantuvo su título de cabeza de la religión pagana hasta el día de su muerte. Aun después de su muerte, el Senado, dirigido por sus hijos, lo declaró un nuevo dios pagano.⁶

6 Justo L. González, *The Story of Christianity, The Early Church to the Present Day* (La historia del cristianismo, la iglesia primitiva hasta el día de hoy), Peabody: Prince Press, 2004, p. 123.

Paranoia política

A pesar de la bendición y el apoyo entusiasta de la Iglesia en el siempre corrupto ambiente político, Constantino continuó haciendo lo que fuera para mantenerse en el poder. Él comenzó a ver a Licinio, su cuñado, cómo una amenaza. Fácilmente, Constantino venció a su cuñado desprevenido. Considerando momentáneamente las lealtades familiares, Constantino le prometió a su hermana Constancia que le perdonaría la vida a Licinio, su esposo. Sin embargo, en el año 325 d.C., el mismo año del Concilio de Nicea, Constantino faltó a su promesa y mandó matarlo.

Después de esta ejecución, la paranoia de Constantino siguió. Debido a más sospechas políticas, eventualmente mandó matar a su sobrino de once años. Pero lo más trágico de todo ocurrió en el año 326 d.C., cuando enloquecido por sus sospechas celosas, Constantino mandó matar a su hijo mayor, Crispo.⁷ En su manera torcida de pensar, él creía que esto prevendría cualquier intento de sedición, conspiración o golpe de estado. Sin embargo, en medio de todo el paganismo, escándalos y atrocidades políticas, la Iglesia seguía de la mano con Constantino, recibiendo sus regalos, favores e influencia.

Más sorprendente que la influencia física y monetaria de Constantino era la posición audaz de liderazgo y autoridad que la Iglesia le cedió de tan buena gana. Al Emperador se le permitió manejar aun algunos de los aspectos más delicados de la administración y doctrina de la Iglesia.

7 Philip Schaff, *History of the Christian Church* (Historia de la iglesia cristiana) Vol. 3, p. 16. Peabody: Hendrickson Publishers, Inc., 1996.

Obispo Constantino

Una vez que la persecución disminuyó y las comodidades aumentaron, la Iglesia pronto fue formando grandes partidos y divisiones, cayendo en desgracia debido a enardecidos debates religiosos. Cuando Constantino notó estas divisiones, asumió la responsabilidad de pedir un concilio mundial de iglesias para decidir varios asuntos. El primero de estos concilios ecuménicos mundiales se llevó a cabo en el 325 d.C., en Nicea, en lo que hoy es Turquía. Su propósito era resolver disputas en cuanto a la naturaleza de Cristo. Sin embargo, se habló de mucho más que cristología.

Siguiendo el ejemplo de su predecesor romano, Diocleciano, que dividió el Imperio Romano en cuatro divisiones geográficas, Constantino dividió toda la Iglesia en cuatro áreas geográficas. Luego estableció un obispo llamado “Patriarca” o “Metropolitano” sobre cada una de estas divisiones. Los obispos y líderes locales ahora debían someter sus juicios y decisiones al líder de su zona.

Además de estos cambios eclesiásticos, se establecieron resoluciones dogmáticas sobre definiciones específicas y fórmulas doctrinales. Aquellos que no apoyaron completamente la nueva estructura perdieron sus posiciones y privilegios eclesiásticos.

La unidad del imperio era crucial para Constantino; los grupos de cristianos que no apoyaban las nuevas políticas fueron expulsados. Después del concilio, Constantino escribió un edicto a varios de los no conformistas y separatistas, catalogándolos como “aborrecedores de la verdad”. Echó de su puesto a los ministros, demandó excomuniones y prohibió a las iglesias no conformistas celebrar reuniones, ya fuera en lugares públicos o en casas privadas.⁸

8 Eusebio, *Life of Constantine*, Nicene and Post-Nicene Fathers, Second Series (La vida de Constantino, Padres nicenos y posnicenos, Segunda parte) Libros 1 y 3, Capítulo 44. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1986.

Los que cedieron y aceptaron las imposiciones de Constantino, consideraban que el rey tenía autoridad dentro de la Iglesia. Hablando del puesto eclesiástico de Constantino, Eusebio escribió: “Él asumió las funciones de un obispo general, constituido por Dios, y convocó sínodos de sus ministros”.⁹ Es incomprensible cómo la Iglesia permitió que un rey no bautizado, que hasta dirigía ritos paganos abiertamente, tuviera un puesto gobernante en la Iglesia.

La gran abominación

Todo esto me dejó turbado. Pensé: “Si la Iglesia fue transigente a tan temprana edad, ¿qué sucedería hoy frente a una tentación similar?” No quería parecer un desequilibrado o extremista, pero lo que veía se parecía mucho a la “Gran Abominación” de la profecía en Apocalipsis 17. En esta profecía, la novia se corrompe y comete adulterio con los reyes de la tierra. Esta infidelidad une a la Iglesia y el estado de manera que se produce un híbrido corrupto que eventualmente persigue a la iglesia verdadera. Juan dijo en Apocalipsis:

Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo diciéndome: Ven acá, y te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas; con la cual han fornicado los reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación. Y me llevó en el Espíritu al desierto; y vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos. Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno

9 Ibid. (Libro 1, Capítulo 44).

de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación; y en su frente un nombre escrito, un misterio: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA. Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús; y cuando la vi, quedé asombrado con gran asombro. (Apocalipsis 17:1-6) (Las letras mayúsculas vienen del original).

Ahora, yo nunca he sido de los que esperan lo peor, ni de los que creen todas las teorías de conspiración. Yo nunca dudé de la muerte de Elvis. Tampoco dudé de que Neil Armstrong caminó sobre la luna. Yo no soy de los que aceptan todo lo radical por ser sensacional. Pero, habiendo dicho todo esto, el asunto de Constantino me asustó.

Juan dijo que esta “ramera de Babilonia” era “la madre de las rameras”. Eso parece indicar que ella ha dado a luz hijas rameras después de sí. Yo me preguntaba: “¿Significa esto que las iglesias que hoy se mancillan con los reyes del mundo pudieran ser las hijas modernas de la ramera antigua?”

Tampoco quise excederme y hacer una condenación general de la iglesia moderna; pero no dejaba de notar paralelos. Agustín, al parecer, solo aceptaba el híbrido. La revista *Christianity Today* recientemente citó a Agustín en referencia a la Novia de Cristo diciendo: “La Iglesia es una ramera, pero es mi madre”¹⁰

Jesús dijo que él regresaría por una novia pura, no una ramera. Y Juan también concluyó su advertencia en contra de la ramera de Babilonia con el clamor agudo: “Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus

¹⁰ Tony Campolo, “Why the Church Is Important: The institutional church is for every believer” (Por qué la Iglesia es importante: La iglesia institucional es para cada creyente). *Christianity Today* (Solo en la Web) May, 2007 (Vol. 51).

plagas; porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades” (Apocalipsis 18:4-5).

Permíteme decir nuevamente que no es mi deber pronunciar juicio sobre ninguna iglesia de hoy ni aun del pasado. Sin embargo, sí siento que según la Revelación de Juan, en algún momento, los cristianos tendrían que discernir los tiempos y salir “de en medio de ella”. Para mí, al considerar la decadencia y los cambios que ocurrieron bajo Constantino, me vi obligado a concluir que los cristianos muchas veces han esperado demasiado.

No es el único culpable

Después de considerar todos los hechos dudosos del emperador Constantino, yo no podía culparlo sola a él. En fin, fue la novia de Cristo —el pueblo de Dios, la Iglesia— la que permitió tal adulterio espiritual. Constantino estaba tratando con asuntos espirituales. Estos no pueden ser gobernados, razonados o manipulados como los asuntos del estado. Constantino ni siquiera fue bautizado hasta encontrarse en su lecho de muerte. Fue la Iglesia la que voluntariamente cambió la verdad por las comodidades.

Después de leer la historia de este periodo, estaba muy preocupado. Reconocí que no podía culpar a otros por mi propia ignorancia o engaño. La Iglesia siempre tendrá que responder por las transigencias y los engaños que haya escogido creer. Es difícil pasar por alto todas las concesiones y los adulterios espirituales que se han llevado a cabo desde el tiempo de Constantino. Al considerar el híbrido que resultó de aquella unión entre la Iglesia y el estado, quedé pasmado por todo el daño causado.

El reino de Dios

Yo estaba viendo la necesidad de una distinción visible entre el reino de Dios y el reino de este mundo. La necesidad me parecía tan grande que hasta me resultaba dolorosa. Comprendí que las cosas del reino de Dios solamente se podían comprender por medio de la iluminación del Espíritu Santo. Jesús le habló del reino y la salvación a Nicodemo, un líder de la sinagoga de los judíos. Le dijo: “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3).

¿Qué de mí?

Entendí que yo tenía que decidir por mi cuenta qué hacer con las enseñanzas de Jesús y dejar de culpar a mi sociedad, mi cultura o mi crianza. Por supuesto, los primeros libros que había hallado en las bibliotecas del ejército y la oficina del capellán no exponían claramente el pragmatismo de Constantino ni el modelo de Agustín. Estos libros básicamente enfocaban la idea de que el cristiano debe defender al inocente.

Todos los libros reconocían que “la guerra es mala”. Pero la teoría de la “guerra justa” incorpora la idea de que a veces hay que causar un mal menor, como la guerra, para evitar un mal mayor. Los libros que leí, planteaban argumento tras argumento basados siempre en este tipo de razonamiento.

Ahora, sin embargo, al leer atentamente la historia de los últimos 1.700 años, percibí que la Iglesia dejó de prosperar espiritualmente cuando comenzó a crecer en poder, influencia y estabilidad económica. Nunca más prosperó espiritualmente como en el principio cuando era una Iglesia humilde que cargaba su cruz.

Al seguir examinando mi corazón, fui más allá del desconcierto por lo que había sucedido y empecé a preguntarme *por qué* sucedió así. Después me pregunté *por qué* sigue sucediendo hoy. Al hacer esto, Dios me reveló cosas aun más profundas en mi vida que debía rendirle a él.

Capítulo 7

¿Por qué?



Nube de hongo tras una explosión nuclear

Durante el período de la Reforma (1500-1550 d.C.), la luz de Dios fue derramada de muchas maneras inesperadas y milagrosas. La gente respondió con reformas teológicas. Algunos cambiaron su estilo de vida radicalmente y otros se dedicaron a las misiones. Uno de estos fue un misionero llamado Francisco Javier. En el año 1549, a petición de un samurái fugitivo llamado Anjiro, Francisco Javier se embarcó hacia Japón para establecer una iglesia. Tuvo gran éxito y se dice que los conversos eran muy celosos.

Es interesante notar que cuando Francisco Javier le preguntó a Anjiro si él creía que los japoneses aceptarían el cristianismo, Anjiro respondió:

—No lo harán de una vez. Primero te harán muchas preguntas para ver cuánto sabes. Sobre todo, querrán ver si vives lo que enseñas.

Gary G. Kohl, que escribió acerca de este período, nos cuenta que el cristianismo se estableció en Japón. Más tarde, en los años 1600, el Imperio Japonés persiguió brutalmente a los cristianos. Unos 50 años después de que Francisco Javier estableciera su iglesia misionera, ser cristiano en Japón se castigaba con la pena capital. Los cristianos que rehusaban abandonar su fe sufrían aislamiento, tortura y hasta crucifixiones, semejante a las persecuciones romanas en los primeros tres siglos del cristianismo. Al final de este régimen de terror, parecía que el cristianismo había sido erradicado por completo.

Con todo, 250 años después, en la década de mil ochocientos cincuenta, Japón se estaba abriendo por razones de comercio, y se descubrió que todavía quedaban miles de cristianos bautizados en la ciudad de Nagasaki. Éstos vivían su fe como los cristianos de las catacumbas romanas, en cuevas y hogares, sin que el gobierno se enterara. Cuando fueron identificados, el gobierno comenzó una nueva serie de per-

secuciones. Sin embargo, esta vez, por causa de las presiones internacionales, las persecuciones fueron suspendidas poco tiempo después y el cristianismo en Nagasaki comenzó a practicarse abiertamente.

En relativamente poco tiempo, para el año 1917, los cristianos japoneses se habían organizado y habían construido una enorme catedral, la Catedral de Santa María. Al llegar la década de mil novecientos cuarenta, miles de japoneses profesaban el cristianismo. Parecía que el cristianismo se comenzaba a practicar abiertamente, sin temor a hostilidades ni persecución.

Sin embargo, temprano en la mañana del 9 de agosto de 1945, en otra parte del mundo, unos cristianos norteamericanos se reunieron con dos capellanes, uno luterano y el otro católico, para orar antes de comenzar su trabajo del día. Cuando terminaron de orar, estos dos cristianos norteamericanos abordaron su bombardero B-29 de largo alcance y partieron hacia Nagasaki.

Trágicamente, la historia relata que la Catedral de Santa María era uno de los puntos de referencia que los pilotos debían buscar al acercarse al blanco. Poco después de que el piloto detectara la catedral, ordenó que se lanzara la bomba atómica.

A las 11:02 a.m., según lo relata Kohl: “El cristianismo de Nagasaki fue hervido, evaporado y carbonizado en una bola de fuego abrasadora y radioactiva. El centro del cristianismo perseguido, vibrante, fiel y sobreviviente de Japón había llegado a ser “zona cero”. Y lo que el gobierno imperial japonés no pudo hacer en más de 200 años de persecución, fue logrado por cristianos norteamericanos en nueve segundos.”¹ Los cristianos de Nagasaki fueron exterminados.

1 Gary G. Kohls, “The Bombing of Nagasaki August 9, 1945: The Untold Story” (El bombardeo de Nagasaki el 9 de agosto de 1945: La historia jamás contada) en <http://www.lewrockwell.com/orig5/kohls8.html>

¿Por qué?

Casi inmediatamente acabó la guerra. Los EE.UU. pasaron a ser vistos como la máxima superpotencia mundial. Ellos podían decir la última palabra, organizar conferencias cumbre, demandar tratados y controlar naciones enteras. Pero ¿cuál fue el costo? En la mente de la mayoría de cristianos occidentales, habían vencido la fuerza y el poder. Ser fuerte era sobrevivir. Ser valiente y audaz no sólo se convirtió en la mentalidad de la Norteamérica secular, sino también en la mentalidad de la Iglesia. Los versículos olvidados, “bienaventurados los mansos” y “bienaventurados los pacificadores”, fueron relegados aun más, llegando a ser poco más que una bonita decoración en manteles lujosos o ceniceros de recuerdo.

Hay que reconocer que algunos de los que “apretaron el gatillo” sintieron que tal vez se habían excedido. Albert Einstein dijo: “Cometí un gran error en mi vida: cuando firmé la carta para el presidente Roosevelt, recomendando que se fabricaran las bombas atómicas”.

J. Robert Oppenheimer, el inventor de la bomba atómica, dijo: “La bomba atómica ha hecho insoportable la posibilidad de las guerras futuras. Nos ha llevado a dar los últimos pasos para subir hasta el puerto de la montaña; al otro lado hay otro país.”

Aun el general Douglas MacArthur, en un discurso dado en la ceremonia de rendición de Japón ante los aliados, después del bombardeo de Hiroshima y Nagasaki, dijo: “Alianzas militares, equilibrios de poderes, la Liga de las Naciones, todos, en su momento, han fallado (...) Hemos tenido nuestra última oportunidad. Si ahora no ingeniamos un sistema mayor y más equitativo, nos espera Armagedón. El problema es básicamente teológico, e incluye una renovación espiritual

y una mejoría del carácter humano que habrán de sincronizarse con nuestros avances... en ciencias, arte, literatura, y todo desarrollo material y cultural de los últimos dos mil años. Es necesario que sea del espíritu si es que vamos a salvar la carne.”

Estas son confesiones importantes, y es bueno que algunos hombres hayan reconocido la necesidad de sentir compasión por la humanidad. Sin embargo, paradójicamente, las palabras de Cristo y su camino angosto solamente se alejaron más, y los ideales no resistentes fueron abrazados sólo por el humanista secular y el idealista intelectual. En cuanto a la Iglesia, “la ley del más fuerte” ya se había convertido en dogma.

Tuve que ser honrado

Las realidades de la guerra me habían llevado a dudar aun más. De la misma manera en que el Muro de Berlín me había mostrado que yo no podía esperar a que los líderes seculares determinaran quiénes serían mis aliados o enemigos, actos militares como el bombardeo de Hiroshima y Nagasaki me mostraron lo que sucede cuando el reino de Dios y el reino del mundo se unen.

Mientras estudiaba para entender, hallé que los historiadores siempre citaban razones y justificaciones muy buenas para cada caso. Todos, desde Agustín contra los donatistas y las cruzadas contra los musulmanes durante la Edad Media, pasando por la tiranía de Stalin e Hitler, los que habían luchado contra el “mal” siempre ofrecían justificaciones buenas y pragmáticas en defensa de su causa. Sin embargo, más y más, mi clamor era: “¡Cristianos, cuídense! Hay una verdad muy seria en el antiguo refrán: ‘¡La historia la escriben los vencedores!’”

Unas pocas definiciones

Una definición sencilla de *pragmatismo* es: “¡Lo que funciona es lo correcto!” Podemos decir que *utilitarismo* significa: “Lo correcto es lo que resulta mejor para la mayoría”. Ambos conceptos están impregnados de la *conveniencia* que dice: “Lo correcto es lo que conviene para la situación actual”.

Estas ideologías, el pragmatismo, el utilitarismo y la conveniencia, reinan como fundamentos filosóficos en el alma norteamericana. Como buen muchacho norteamericano, se me habían inculcado muy bien estos conceptos. Los sueños de mi niñez estaban llenos de planes para subir la escalera del éxito. Cuando me criaba, creía que el éxito económico, conseguir mis objetivos y el poder para pagar lo necesario, me llevarían a conseguir el sueño *americano*: “vida, libertad, y la búsqueda de la felicidad”. En cambio, ahora estaba descubriendo que estas ideologías pragmáticas eran tres gigantes que tenían que ser derribados para que yo pudiera experimentar las promesas de Dios en mi vida.

Para mí y mi esposa fue difícil apartarnos de esa mentalidad. Fuimos descubriendo que todo a nuestro alrededor, nuestra cultura, nuestros amigos y nuestra profesión, habían sido dictados por la conveniencia más que por cualquier otra cosa. Hallé que la vida de mi propia sociedad seguía las exigencias de un pragmatismo desvirtuado.

Seguí indagando cómo y por qué las guerras y la violencia persistían a través de los siglos, aun en la Iglesia, y la respuesta se hizo obvia. Cuando perdemos los principios bíblicos, y la meta suprema de la sociedad se vuelve la gratificación personal y la búsqueda de la felicidad, lo único que queda es avaricia y egoísmo. En esta condición, las guerras y los conflictos son inevitables. Si el objetivo final es la búsqueda de la felicidad, cualquier medio necesario para lograrla re-

sulta justificable. Como resultado, terminamos con ejércitos con armas nucleares llamados “fuerzas de paz”, o grandes estructuras de poder conocidas como “Departamento de Seguridad Interior”. Por supuesto, estas estructuras son medios razonables para alcanzar nuestros fines, sin importar el costo económico o moral.

Al continuar mis estudios, comprendí con claridad dolorosa que fueron cristianos nominales los que maquinaron algunas de las peores atrocidades y guerras, y los peores crímenes de la historia. Pensé: “Es razonable esperar este tipo de ambigüedad e incertidumbre moral de personas que creen que no somos más que ‘organismos’ que evolucionaron de materia espacial, o de incrédulos cuya máxima esperanza está en esta vida. Pero, proveniente de un pueblo que dice seguir al único Dios vivo, personal y benevolente, es una tragedia inexcusable.”

El motivo para la guerra

El libro de Santiago nos hace la pregunta más profunda acerca de la guerra: “¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros?” Hallé muy profunda su respuesta: “¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites (Santiago 4:1-3).”

Cuando Jesús vino a esta tierra, frecuentemente habló y enseñó acerca del “reino de Dios”. Él reveló al mundo un principio radical, fundamental y guiador; un principio a contrapelo del mundo. Era mucho más que la gratificación personal y la búsqueda de la felicidad. En su reino, la meta final no es *nuestra* felicidad ni los logros terrenales, sino nuestra

búsqueda, sin reservas, de amar a Dios y glorificarlo con cada aspecto de nuestra vida.

En su reino, nuestra vida entera, incluyendo nuestras ambiciones y decisiones, y nuestros deseos se centran en este fin: glorificar a Dios. Cuando los ángeles proclamaron el nacimiento de Jesús, cantaron: “¡Gloria a Dios en las alturas!” El apóstol Pablo dijo: “Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén (Romanos 11:36).”

Al leer muchos de los libros del ejército que procuraban justificar el lugar del cristiano en la guerra y la defensa propia, comencé a notar una similitud. En estos libros militares, teológicos, e históricos, la guerra era muchas veces comparada al bisturí del cirujano o el azadón del agricultor. La necesidad de defender al inocente, al indefenso y al “justo” superaba todos los males de la guerra. Aun actos cuestionables, como el bombardeo nuclear de niños y mujeres civiles en Hiroshima y Nagasaki durante la segunda Guerra Mundial, eran defendidos como “justos” y “correctos”. Sin embargo, a pesar de este razonamiento, por más que tratara, no podía olvidar las sencillas, aunque imprácticas, palabras de Jesús: “Amad a vuestros enemigos (...) haced bien a los que os aborrecen”.

Pero ahora, mientras Tania y yo tratábamos de vivir estos “nuevos” ideales por primera vez, nuestro esfuerzo fue desafiado desde el principio. Cuando tomamos la decisión de dejar el ejército, nos encontramos con la realidad abrumadora de que perderíamos todo nuestro respaldo. Perder nuestra carrera sólo era el principio. Al pensarlo seriamente, comprendimos que estábamos renunciando a todo lo que tanto trabajo nos había costado. Muchas veces temblábamos al observar cómo nuestra vida se desmoronaba frente a nuestros ojos.

No fue fácil decirle adiós a nuestro seguro médico, jubilación, cuenta bancaria, iglesia, amigos... la única vida que habíamos conocido. Con el paso del tiempo, hubo momentos en que nos encontramos al borde de la desesperación. Sin embargo, a medida que aumentaba la ansiedad resultante de este entendimiento, nos veíamos forzados a asirnos de las promesas de Dios. Nuestras únicas opciones eran echarnos atrás o confiar en la Palabra del Señor. Era un consuelo saber que no éramos los primeros cristianos en hallarnos en tal situación. Encontrábamos inspiración en recordar que simplemente estábamos siguiendo los pasos de muchos otros que nos habían precedido.

Necesidad personal

Creo que, durante este tiempo, Dios nos estaba llevando más allá de la superficie de meras doctrinas sobre la paz y la guerra, y nos acercábamos al reconocimiento de una necesidad más profunda en nuestra vida: la necesidad de seguridad y autosuficiencia. Al continuar leyendo las Escrituras y orando, entendí claramente cuál era la fuente de mi confusión. Poco a poco comencé a comprender que yo había permitido que el “pragmatismo” se introdujera y destruyera muchas áreas de mi vida por medio de minimizar las promesas de Dios y las enseñanzas de la Biblia. “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6:33). Palabras bellas que yo sabía de memoria, pero no eran una realidad en mi vida.

Mi carne, o instinto humano, argumentaba que se podía hacer un mal menor para lograr un bien mayor. Pero, al estudiar la Palabra de Dios, hallé que Dios estaba muy en contra de tal enseñanza. Mi carne clamaba: “¡El fin justifica el medio!” Sin embargo, *cómo* hacemos las cosas es tan importan-

te para Dios como el *porqué* de lo que hacemos. Proverbios 16:25 dice: “Hay camino que parece derecho al hombre, pero su fin es camino de muerte”. Pablo, escribiendo a los cristianos en Roma, declaró: “¿Y por qué no decir (como se nos calumnia, y como algunos, cuya condenación es justa, afirman que nosotros decimos): Hagamos males para que vengan bienes? (Romanos 3:8)” Hallé que a través de la historia de la Biblia, el corazón de Dios deseaba tener un pueblo que confiara totalmente en él.

El ejemplo de Abraham

Hace miles de años, Dios llamó a Abraham, ya de edad avanzada, a dejar su hogar, sus amigos y su estilo de vida para irse a una tierra desconocida, confiando únicamente en las promesas de Dios. Dios le había prometido que le daría un hijo y lo llevaría a una tierra que “fluye leche y miel”. La fe de Abraham agradó tanto a Dios que lo llamó “amigo de Dios”.

El apóstol Pablo, hablando de la fe poderosa de Abraham en las promesas de Dios, dijo que Abraham “tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido, por lo cual también su fe le fue contada por justicia” (Romanos 4:20-22).

Un punto central de este llamado de Dios fue que le daría un heredero a Abraham. Sin embargo, cuando el cumplimiento de la promesa se tardó, Abraham fue tentado a desanimarse. Cuando regresaba de la batalla después de rescatar a su sobrino Lot, se encontró con Melquisedec. Poco después, Dios vino a Abraham y renovó su visión, diciéndole: “No temas, Abram; yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande” (Génesis 15:1).

Animado por la renovación de la comunicación, Abraham clamó a Dios desde lo profundo de su corazón. Con el paso de los años, comenzó a desanimarse nuevamente, pues la promesa del heredero no se cumplía. Por último, razonó que Dios probablemente no se refería a un hijo real, sino a un siervo nacido en su casa, cumpliendo la promesa solo en principio. Tras comprometer la promesa de Dios de esta manera, Abraham no sentía que él hubiera negado directamente la promesa. Sin embargo, claro está que disminuyó la eficacia y el poder de la verdadera promesa por haberse apoyado en su propio razonamiento.

Al igual que Abraham, yo soy tentado constantemente a redefinir las promesas de Dios. Cuando leo la escritura que dice “buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”, es fácil para mí esperar un cumplimiento legal o simulado en lugar de una realidad en mi vida. Pero Dios le aseguró a Abraham: “No te heredaré éste, sino un hijo tuyo será el que te heredaré” (Génesis 15:4). La promesa de Dios se cumplió en realidad, no a través de una mera legalidad.

La revelación y el consuelo que Abraham recibió de este ángel le dieron claridad y le renovaron su fe. Pero, con el paso de los años, la posibilidad de un cumplimiento real se alejaba cada vez más. El resultado fue frustración, y Sara ofreció a su criada, Agar, para que ésta concibiera de Abraham y facilitara así el cumplimiento de la promesa con ayuda de un esfuerzo humano. Esta vez, el error fue mayor. La pareja dudó de la promesa de Dios. Pero no solo eso, sino que fue más allá y actuó por su cuenta.

El fruto de la transigencia de Abraham fue Ismael. Después de concebir, Agar se sintió superior a Sara y comenzó a despreciarla. Más tarde, cuando Isaac nació en un cumplimiento milagroso de la promesa de Dios, la contención

y los celos aumentaron. Los celos de Ismael aumentaban y él insistía en perseguir a Isaac. No había forma de que ambos vivieran juntos en paz. Finalmente, Ismael y Agar fueron echados del campamento.

Con el tiempo, los descendientes de Ismael poblaron las regiones al sur y al este de la tierra prometida, llegando a ser conocidos como los árabes. Aún hoy, 4.000 años después, continúa el conflicto entre los descendientes de Sara y los descendientes de Agar; sus enfrentamientos se convierten en noticias internacionales. ¡Cuán trágicos los resultados de utilizar medios humanos para llevar a cabo las promesas de Dios!

Levántate y anda

Se cuenta una historia del siglo XIII acerca de un encuentro inesperado entre el famoso teólogo Tomás de Aquino y el papa Inocencio II. Según dicen, un día Tomás encontró al papa que hacía inventario del tesoro de la Iglesia. Éste contaba grandes montones de monedas de plata y oro. Alzando la vista para mirar al teólogo, el papa hizo referencia a las palabras de Pedro en Hechos 3:6:

—Ve, Tomás, la Iglesia ya no puede decir: “No tengo plata ni oro”.

Tomás de Aquino respondió rápidamente con la última parte del mismo versículo:

—Es cierto. Pero tampoco puede decir: “¡Levántate y anda!”

La historia ha demostrado vez tras vez que cuando la Iglesia deja de confiar en Dios y se apoya en su propia fuerza y recursos, está a las puertas del fracaso y la transigencia. Dios me estaba mostrando que las razones para la guerra, los pleitos, la concupiscencia y la corrupción son las mismas

hoy que en el pasado. Son el resultado de confiar más en el hombre que en Dios, poniendo al hombre en primer lugar. Concluí que todas las pasiones, los placeres y el orgullo del hombre nunca formarán una sociedad pacífica, no importa cuán liberada y democrática se diga ser.

Volvamos a la pregunta máxima de Santiago acerca de la guerra: “¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros?” Santiago mismo termina su respuesta con esta amonestación severa: “¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios. ¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente? Pero él da mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes” (Santiago 4:4-6). Yo quería ser cómo Abraham: confiar completamente, y aun neciamente, en las promesas de Dios, al punto de que yo también pudiera ser llamado amigo de Dios.

Capítulo 8

Excusas



Tania y yo delante del salón de la banda en Alemania

Yo sentía que mis necesidades, temores y bienestar general, eran suficiente motivo de preocupación. Sin embargo, todas mis grandes ideas se hicieron más difíciles al considerar cómo afectarían a mi esposa y familia. Al fin y al cabo, tomar literalmente las palabras de Cristo era para mí un reto difícil, y aún lo es hoy. Me parece mucho más fácil decidir qué es correcto o errado (bueno o malo) por la manera en que me siento acerca del asunto, o la manera en que afecta mi ambiente inmediato. Si ciertas enseñanzas del Señor no caben en mi ambiente, me resulta muy fácil hacer caso omiso de ellas, o intentar “explicarlas” teológicamente.

Sin embargo, eso es exactamente lo que hace que la Biblia resulte confusa. Tenía que ser honrado. Muchas de las cosas que quería retener, o negar, requerían muchos malabares exegéticos. Si Jesús podía decir algo tan claro como “amad a vuestros enemigos”, y yo podía utilizarlo para apoyar un ataque nuclear, ¿quién puede culpar a las personas que dicen que la Biblia es confusa!

Conversaciones con otras personas

Hallé que cuando iniciaba una conversación acerca de asuntos controvertidos como la guerra y la no resistencia, la mayoría de personas buscaban hacer a un lado las Escrituras lo más pronto posible. Es difícil argumentar con palabras como “si tu enemigo tiene hambre, dale de comer”. Normalmente, en tal debate, buscaban enfocar una lista de escenas o condiciones hipotéticas. Usaban argumentos como: “¿Comprendes lo que sucedería si todos actuaran así?” o “¿Qué crees que sucedería si cada cristiano abandonara el ejército?” A los destructores no les preocupaba lo que decían las Escrituras. Más bien, procuraban demostrar por qué la Biblia no puede decir

lo que dice. Es decir, la Biblia dice una cosa, pero no puede significar eso.

Este tipo de razonamiento no es nuevo. Aun en los días de Jesús, cuando él llamaba a las personas a un nuevo camino, el resultado era similar: “Y todos a una comenzaron a excusarse” (Lucas 14:18).

Traté de cerrar los ojos ante estos argumentos, pero no pude hacerlo. Me pareció asombroso descubrir el efecto tan fuerte que estas historias y escenas hipotéticas tienen sobre la teología de las personas. Si quería que entendieran lo que estaba diciendo, tendría que enfrentar estas escenas hipotéticas, sea que me gustara o no.

¿Y si alguien ataca a tu familia?

Una de las escenas más comunes tenía que ver con proteger a mi familia. Esto nos toca profundamente a todos. Amamos a nuestra familia y haríamos casi cualquier cosa para protegerla. Los detractores argumentan que este asunto de “volver la otra mejilla” está bien cuando solo me afecta a mí, pero si un ser querido está en peligro, debemos estar dispuestos a cometer un mal menor para proteger al inocente. Típicamente citan el malentendido más común: “¡No te puedes quedar de brazos cruzados sin hacer nada!”

La pregunta

La pregunta estándar, aunque los detalles pueden variar, normalmente es algo así:

—¿Qué harías si alguien entrara en tu casa y tratara de atacar a tu esposa o hijos? ¿Matarías al asaltante para proteger a tu familia o te quedarías de brazos cruzados, sin hacer nada, observando mientras mueren?

Al intentar responder a estas preguntas, descubrí que había trampas ocultas en ellas. Aparte de jugar con las emociones, son tramposas porque ofrecen pocas opciones. En la vida real, los cristianos han hallado otras respuestas a estas escenas hipotéticas, como dirigir el peligro hacia sí mismos, huir o aun orar.

Otra trampa es el escenario mismo; muchas veces no es realista o pone al cristiano en una situación que podría (o debería) haber evitado. En Alemania hallé un libro que me ayudó mucho con estas preguntas. Fue escrito por John H. Yoder y se titula *What Would You Do?* (¿Qué harías tú?). En su discurso, el autor encara frontalmente esta manera de pensar. En cuanto a cómo contestar estas preguntas, él escribe:

¿Cómo contestamos estas preguntas? Primeramente, debemos notar que el preguntador quiere que respondamos únicamente sí o no. En la mayoría de los casos, las únicas opciones son defenderse (lo que resulta invariablemente en la muerte del atacante) o no hacerlo, lo que siempre permite que suceda lo peor. Pero esto es una manera alocadamente ilógica de presentar el problema.¹

Yoder expone que el que plantea estos escenarios hipotéticos normalmente trata de forzar una respuesta que signifique matar o no hacer nada. Sin embargo, Yoder argumenta con acierto que hay otros desenlaces posibles. Para recalcar las inconsecuencias que abundan en este tipo de preguntas, él ofrece un diálogo un tanto cómico escrito por Joan Baez, titulado “¡Bravo, Abuelita!”

1 John Howard Yoder, Tomado y adaptado de *What Would You Do?* (¿Qué harías tú?) Scottdale: Herald Press, 1983, p. 25.

¡Bravo, Abuelita!

—Muy bien, eres pacifista. ¿Qué harías si alguien estuviera, digamos, atacando a tu abuela?

—¿Atacando a mi pobre abuelita?

—Sí. Estás en el cuarto con ella, y hay un hombre que la va a atacar, y estás allí parado. ¿Qué harías?

—Gritaría: “¡Bravo, Abuelita!” y saldría del cuarto.

—No, hablo en serio. Digamos que el hombre tiene un fusil y la va a matar. ¿Lo matarías a él primero?

—¿Yo tengo un fusil?

—Sí.

—No, yo soy pacifista; no tengo ningún fusil.

—Bueno, supongamos que sí tienes uno.

—Está bien. ¿Soy buena tiradora?

—Sí.

—Bueno, de un tiro le quitaría el fusil de las manos al atacante.

—No, digamos no eres buena tiradora.

—En ese caso, me daría mucho miedo disparar. No lo haría por temor a matar a mi abuelita.

—Vamos... Míralo de esta manera. Vamos a usar otro ejemplo. Supongamos que estás conduciendo un camión. El camino es angosto y a un lado hay un precipicio profundo. Hay una niña en el centro de la carretera. Viajas demasiado rápido y no podrás detenerte a tiempo. ¿Qué harías?

—No sé. ¿Qué harías tú?

—Te estoy preguntando a ti. Tú eres el pacifista.

—Sí, es cierto. Déjame ver... ¿Estoy en control del camión?

—Sí.

—¿Qué tal si toco la bocina para que la niña se percate del peligro y se aparte?

—Ella todavía no puede caminar. Y la bocina no funciona.

—Dirijo el camión hacia el otro carril, dado que la niña no se moverá.

—No, ha habido un derrumbe; no puedes cambiar de carril.

—Ah. Bueno, en tal caso, dirigiría el camión hacia el precipicio y salvaría la vida de la niña.

Silencio.

—Bueno. Digamos que hay otra persona contigo en el camión. En ese caso, ¿qué?

—¿Qué tiene que ver mi pacifismo con la decisión que debo tomar?

—¿No ves que hay dos personas en el camión que pueden morir? En la calle hay solo una vida.

—En ese caso, sigo lo que alguien una vez dijo: “Si tienes la oportunidad de escoger entre un mal real y uno hipotético, escoge el hipotético”.

—¿Cómo?

—Quiero decir, ¿por qué quieres matar a todos los pacifistas?

—No es eso. Solo quiero saber qué harías.

—¿Si estuviera viajando con un amigo en un camión a altas velocidades en un camino de un solo carril, aproximándome a una niñita de diez meses de edad en el centro del camino, y a un lado hay un derrumbe y al otro hay un precipicio profundo?

—Correcto.

—Probablemente frenaría de golpe, lo que arrojaría a mi amigo por el parabrisas frontal. Luego el camión derraparía y atropellaría a la niña, y continuaría fuera de control hasta caer al precipicio, resultando en mi muerte. Sin duda, caería sobre la casa de la abuela que estaría en el fondo del abismo.

El camión caería sobre el techo de la casa y luego explotaría en la sala de la abuela, donde finalmente ella estaría siendo atacada por primera y última vez.

—¡No has contestado mi pregunta! Solo estás tratando de evadir el asunto.

—En realidad estoy tratando de decirte varias cosas. En primer lugar, nadie sabe lo que hará en un momento de crisis. En segundo lugar, las preguntas hipotéticas reciben respuestas hipotéticas. También estoy diciendo que has hecho imposible que yo salga del aprieto sin matar a una o más personas. Luego dices: “el pacifismo es una idea bonita, pero no funciona”.²

¿No tiene la fe algún mérito?

Desde un punto de vista puramente secular, esta clasificación de las situaciones que divide entre matar o no hacer nada, puede tener algún valor, pero no para un hombre de fe. Las “otras maneras de responder” son exactamente lo que distinguirán al cristiano de la persona sin fe.

El escritor Yoder dice que es impresionante ver, al leer las muchas biografías de misioneros que no recibieron educación específica sobre la teología de la no resistencia, que cuando realmente enfrentaron una de estas situaciones “hipotéticas”, casi instintivamente dieron por sentado que sería errado recurrir a la violencia para proteger a sus familias. Más impresionante todavía es que, aun frente a tanto peligro, esperaron la liberación de Dios de manera muy consciente. Dar lugar a Dios para que pueda hacer milagros en tales situaciones ha propagado la fe por siglos.³

² Ibid. p. 62.

³ Ibid. p. 33.

Al final de todo, hallé que la seguridad de mi familia es un asunto de fe. Si realmente creo que Jesús hablaba en serio cuando dijo que debo amar a mis enemigos, buscar excusas para no obedecerle no es una opción. Más bien, debo centrar mi devoción en él para hallar la gracia que necesito para vivir sus palabras.

David Bercot trata el asunto de la fidelidad cristiana en su libro *El reino que trastornó el mundo*:

¿Qué tal si un gobierno extranjero me ordenara lanzar una bomba sobre una ciudad de mi país o asesinar al presidente; de lo contrario ellos les harían daño a mi esposa e hijos? ¿Qué debo hacer? Creo que la mayoría de personas permitirían que les hagan daño a sus esposas e hijos, y hasta que los maten, antes que traicionar a su país.

Así qué, ¿en qué se diferencia la situación cuando se trata de la lealtad a Jesús? Las enseñanzas de Jesús sobre la no resistencia son muy claras. Es un asunto de negarlo a él o negar a mi familia. En verdad, es una elección muy difícil, pero yo ya hice esa elección cuando le entregué mi vida a Cristo.

¿Quiere esto decir que yo no haría nada para proteger a mi familia? Por supuesto que no. Ya he hecho lo mejor que pude haber hecho para asegurar su seguridad: He confiado mi hogar y mi familia al cuidado y la protección de Jesús. Y no se trata de una confianza ingenua. Hay decenas de miles de otros cristianos del reino de Dios que han cambiado sus espadas por arados y han puesto la seguridad de sus familiares en manos de su Rey. Y aunque Jesús no ha prometido que nunca les sobrevendrá ningún perjuicio a nuestras familias, puedo decir esto: que, excepto en tiempos de persecución religiosa, es muy

raro que las familias del reino de Dios sean perjudicadas por delincuentes comunes.⁴

Daños colaterales

Uno de los factores más injustos de este argumento es que abusa de las emociones. Obviamente, no queremos ni pensar en la posibilidad de que maten a nuestra familia. Pero ¿no es sumamente irónico comparar este escenario con las guerras modernas? La verdad es que durante la guerra mueren familias inocentes. Más bien, el ejército tiene un nombre para estas víctimas indefensas. Lllaman a estos hombres, mujeres y niños muertos “daños colaterales”.

La triste realidad es que sea que amemos a nuestros enemigos, o sea que planeemos guerras, las tragedias suceden y las personas mueren. Jugar con las emociones no cambiará este hecho. Tal vez yo no sepa cómo responderé a cada situación abrumadora que pueda enfrentar en mi futuro. Pero sí sé cómo *quiero* responder; sé cómo *debo* responder; como Cristo. Él me ha prometido que por su gracia puedo lograrlo. Sin embargo, la desobediencia premeditada a sus enseñanzas no es una opción. Y muchos razonamientos torcidos sugieren exactamente eso, que yo, de forma premeditada, me prepare para desobedecer las enseñanzas de Jesús.

Al concluir esta sección de su libro, Bercot cita un ejemplo de liberación milagrosa que experimentó una pareja que él conoce personalmente:

Hace algunos años, unos cristianos amigos míos, Decio y Olivia, estaban hospedados en un motel en Atlanta. En la ciudad habían ocurrido algunos robos a mano armada

4 David Bercot, *El reino que trastornó el mundo*. Farmington, Nuevo México: Publicadora Lámpara y Luz, 2006, p. 66-67, usado con permiso.

y asesinatos. Los asaltantes les ordenaban a sus víctimas ponerse boca abajo en el suelo y luego les disparaban en la cabeza. De modo que Decio estaba en guardia.

Era una noche templada de octubre, y Decio y Olivia habían dejado abierta momentáneamente la puerta de su habitación porque esperaban a un amigo. De repente, dos delincuentes adolescentes y con armas aparecieron en la puerta. Ellos les ordenaron a todos que se acostaran en el piso. Decio vaciló y luego se arrodilló, orando y tratando de pensar en una manera de frustrar el robo. Su esposa, Olivia, creyendo que era una travesura en la víspera del día de Todos los Santos, se quedó sentada en la cama. Entonces uno de los ladrones jóvenes la apuntó con su arma y le ordenó que se acostara en el piso. En lugar de hacerlo, ella comenzó a cantar en voz alta “Cristo me ama”, mientras se paraba de la cama y caminaba lentamente hacia donde se encontraban los dos jóvenes. Uno de ellos levantó su pistola, la apuntó al rostro, y la cargó. Pero ella continuó cantando y acercándose a él. De repente el joven le gritó a su compañero: “¡Éstos son un par de chiflados por Cristo! ¡Vámonos de aquí!” Y diciendo aquello, los dos jóvenes desaparecieron en la oscuridad.

A través de los años, yo he escuchado y leído muchas otras historias de como una oración, un himno, o un testimonio ha desarmado de manera eficaz a ladrones o asaltantes. No tiene sentido cantar “Asombroso Dios”, si de veras no creemos que él lo sea.⁵

Esa última frase golpea duro, ¿no?

5 Ibid. p. 69-70.

Argumentos basados en el silencio

Por extraño que parezca, otro de los argumentos más comunes en contra de la no resistencia cristiana que hallé fue el “argumento basado en el silencio”. En lo que a mí me parece una pataleta de ahogado, muchos libros y amigos cristianos defienden la participación del cristiano en la guerra basados en el “silencio”.

Los dos casos más citados son la conversión del centurión en Hechos 10 y las instrucciones de Juan el Bautista a los soldados romanos.

En Hechos 10, Pedro fue motivado por el Espíritu Santo a llevar el evangelio a un centurión devoto y temeroso de Dios llamado Cornelio. Éste, y toda su casa, pronto creyeron. Pedro aun revela que el Espíritu Santo fue derramado sobre ellos milagrosamente, de la misma forma que descendió el día de Pentecostés. Fue un milagro maravilloso.

Sin embargo, la historia no menciona que la familia de Cornelio recibiera instrucciones acerca de la no resistencia o “amar a sus enemigos”. Por supuesto, la familia o los siervos tampoco recibieron instrucciones en cuanto a los ídolos, la fornicación, las exhibiciones de gladiadores o la misma adoración al Emperador. El relato sólo nos dice que toda su casa se convirtió. Sin embargo, debido a que no menciona el amar a los enemigos, muchos amigos y teólogos deducen que el cristiano puede participar en la guerra.

Juan el Bautista

La otra objeción más común basada en el silencio se centra en Juan el Bautista. Según Lucas 3, Juan estaba bautizando en el desierto. Muchos iban a él con la pregunta: “¿Qué debemos hacer?” Las personas que se mencionan en este relato

son unos publicanos y unos soldados romanos. Los teólogos modernos, agarrándose a un clavo ardiendo, dicen que Juan no les mandó que dejaran de matar a las personas. Ni siquiera les dijo que se salieran del ejército. Por lo tanto, insisten en que está bien matar a otros mientras se haga dentro del servicio militar.

Hay que tomarlo en serio

Hice un esfuerzo real por aceptar estos argumentos basados en el “silencio”. Sin embargo, hallé que entre mí y ellos se interponía el clamor ensordecedor de las multitudes muertas a manos de los que profesaban ser “seguidores de Cristo”. Entre mi persona y estos argumentos había 1.500 años de historia cargada con los errores espantosos cometidos en el nombre de causas “justas”. Y, más preocupante aun, entre mí y ellos resonaban las palabras inequívocas y aturdidoras de Jesucristo: “amad a vuestros enemigos”.

Además, al continuar analizando estos argumentos, concluí que para aceptar esta defensa de la guerra, tendría que negar el mandato claro del Señor, “amad a vuestros enemigos”. ¿Sobre qué base podía yo negar el mandato claro de Jesús? Sobre la base de un argumento derivado del silencio y unos incidentes relacionados a un profeta de la era antes de Cristo. Ahora, es cierto que Juan el Bautista no fue cualquier profeta del Antiguo Testamento. Jesús dice que fue el mayor de todos: “De cierto os digo: Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista”. ¡Esto quiere decir que él era mayor que Moisés, Elías, Jeremías, y aun mayor que David! Pero más curiosamente todavía, Jesús nos dice que este gran profeta, que es el mayor que haya nacido de mujer, ¡es menor que el más pequeño en el reino de los cielos! Tuve que detenerme y considerar estas palabras pro-

fundas: “pero el más pequeño en el reino de los cielos, mayor es que él” (Mateo 11:11).

¡Yo quiero ser parte de ese reino! No quiero apoyarme en argumentos basados en lo que la Biblia no dice; ¡quiero apoyarme en las palabras de Cristo! Las palabras serias de Jesús al final del Sermón del Monte demuestran con claridad dolorosa que sus enseñanzas no son solo sugerencias o meditaciones curiosas. Él indica explícitamente que está introduciendo su nuevo reino, y que muchos pondrán excusas en aquel día. Nos da una advertencia alarmante:

Así que, por sus frutos los conoceréis. No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad. Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca. Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina. (Mateo 7:20-27)

En cuanto a mí, comprendí que no podía poner más excusas. ¡Quería seguir a mi Rey, y solo a él! ¡Quería ser uno de los “más pequeños” en el reino de los cielos! Ahora podía cantar libremente: “Cristo es la Roca eternal, mas todo lo que es terrenal es movedizo, un arenal.”

Capítulo 9

La iglesia peregrina



Anabaptistas celebran un culto en una barca

¿Qué haces cuando despiertas en un mundo donde has vivido toda tu vida, y de pronto, por más que lo intentas, ya no encuentras lugar en él? Yo trataba de entrar en diálogos con otros amigos, pero siempre me devolvían la misma mirada extraña y perdida. Una mirada que decía “lo estás llevando demasiado lejos”. Uno de mis amigos cristianos en la base militar se preocupó por mí, y un día se me acercó para decirme: “Dean, estás haciendo preguntas que no deben hacerse nunca”. Le pregunté cómo lidiaba él con las palabras de Jesús en cuanto a nuestros enemigos, y él respondió que estaba “cómodo”.

“¿Cómodo?” Yo definitivamente no lo estaba. Me parecía que andaba en un mundo dormido. Yo intentaba despertar a cualquiera que quisiera oírme, pero nadie despertaba. Era un mundo solitario. Tengo que reconocer que en esos días mi esposa y yo muchas veces deseamos caer en el mismo sueño junto con los demás. Gracias a Dios, su gracia continuó iluminando nuestro camino.

Aunque vivíamos en Alemania, nuestra iglesia en ese tiempo era una iglesia grande de habla inglesa donde se congregaba gente de varias bases militares estadounidenses. Cuando empezaron a aumentar las tensiones que llevaron a la Guerra del Golfo Pérsico, los sermones frecuentemente defendían la participación del cristiano en la guerra. Una noche, la iglesia planeó una reunión especial, a la que invitaron a un ex pacifista para que nos hablara del lugar del cristiano en la guerra. Él utilizó todo el razonamiento pragmático que yo había oído antes, pero también agregó a la vieja retórica su testimonio personal de cómo había dejado el pacifismo para apoyar la guerra.

Otros pedían la palabra para testificar que habían sido víctimas de malentendidos. Al parecer, en el ejército eran vistos con cierto recelo, y algunos creían que los cristianos

no serían buenos soldados. Un piloto aun se puso de pie, y casi llorando, compartió que en un tiempo había temido que no le permitieran ser piloto de combate porque su comandante no entendía sus convicciones cristianas. Con entusiasmo, le recordó a la congregación que los cristianos no tienen ningún inconveniente con ser parte de la tripulación de un bombardero, o ser pilotos de combate, y que así deben darlo a conocer. Durante toda la reunión, más de un “Amén” resonó por todo el edificio. Y en más de una ocasión alguien me lanzó una mirada, como queriendo saber qué pensaba yo.

Entonces llegó la hora de la verdad. El pastor se adelantó para situarse junto al conferencista. Después de expresarle muchos halagos y confirmaciones, anunció que él sentía que el tema había sido tratado adecuadamente. Con una confianza renovada, dijo que si la congregación tenía correcciones o comentarios, había llegado el momento de hacerlos. ¡Esa era mi oportunidad! Durante toda la charla había estado pensando en escrituras y hechos históricos, y allí estaba mi oportunidad de pararme y proclamar otro punto de vista. Algunos, que conocían mis sentimientos, me miraron, y traté con todas mis fuerzas de levantar la mano.

—¿Alguien tiene otra pregunta? —preguntó el pastor. Yo sabía que aquella era mi última oportunidad. Mi mente giraba. Había tanto que quería desafiar, pero ¿cómo lo podía hacer en forma de pregunta? Mientras trataba de formular una pregunta, se acabó el tiempo, y el pastor comenzó la oración de despedida. Yo me sentía horrible. La experiencia entera confirmó la realidad de lo que estaba sintiendo: estaba solo.

¿Será que tienen razón?

El próximo día llamé a la oficina de la iglesia y concerté una cita con el pastor. Mi meta era darle una última oportunidad para convencernos de que estábamos equivocados.

La reunión no fue exitosa. Cada vez que yo hacía una pregunta, el pastor decía:

—No vas a cambiar mi opinión.

—No es nuestro objetivo cambiar tu opinión —le aseguramos—. Solo tenemos algunas preguntas.

Le pregunté:

—¿Qué haces con las enseñanzas de Jesús en cuanto a este asunto? Sabes, palabras como “amad a vuestros enemigos”.

Sin dar una respuesta a la pregunta, negó con la cabeza y repitió:

—No vas a cambiar mi opinión. —Entonces pronunció sus palabras finales. Sin levantar la vista, dijo—: Creo que ustedes se sentirían más cómodos si se congregaran en otro lugar.

A veces soy un tanto lento para notar que alguien me está despidiendo, así que hice otra pregunta. El pastor no hizo más que repetir su consejo resuelto:

—Creo que ustedes se sentirían más cómodos si se congregaran en otro lugar...

Esta vez entendí. Le agradecemos su atención y salimos. Creo que no fue hasta que llegamos a la casa que comprendimos que ya no teníamos iglesia. Nos sentíamos solos. Era doloroso, confuso, y hasta sentíamos temor; pero cuán precioso llegó a ser Jesús para nosotros durante ese tiempo.

Extranjeros y peregrinos

Las palabras del libro de Hebreos me exhortaron, enseñándome que la única manera de soportar durante esos tiempos es mantener la mirada en las promesas inmutables de Dios, como lo hicieron otros antes de mí.

“Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra” (Hebreos 11:13).

El testimonio de los santos que me presidieron llegó a ser más que solo un consuelo o una curiosidad histórica para mí. Por un tiempo, ellos llegaron a ser mi iglesia. La voz unánime de la Iglesia durante sus primeros 300 años fue, para mí, una verdadera fuente de fuerza contra lo que parecía una oposición casi universal de la iglesia moderna. Sin embargo, por más consuelo que esto fuera, aun sentía que tenía que haber más que solo la iglesia primitiva. Si esto era verdad, los creyentes honrados a través de los siglos, guiados por el Espíritu de Dios, tenían que haber leído las Escrituras y haber llegado a las mismas conclusiones.

Al seguir estudiando, comencé a emocionarme. Algunos de los libros que estaba leyendo en este momento no solo contaban la fe de la iglesia primitiva, sino que también mostraban cómo muchos grupos de cristianos a través de los siglos han guardado estas verdades, aun a pesar de la persecución severa. El libro de David Bercot, *Cuando el cristianismo era nuevo*, el de John Kennedy, *The Torch of the Testimony* (La antorcha del testimonio), y el de E. H. Broadbent, *La iglesia peregrina* fueron algunos de los libros que seguían la huella de las antiguas creencias de los apóstoles a través de las edades.

Descubrí que a través de la historia siempre hubo cristianos que confiaron en las promesas de Dios, se atrevieron a vivir diferente y se reunieron para adorar a Dios en verdad. Aun antes de Constantino, cuando la Iglesia comenzaba a relajarse y ceder al mundo, los grupos de creyentes ya se congregaban aparte, pues deseaban una iglesia que viviera en pureza.

Los valdenses

Un grupo sobresaliente de cristianos radicales que me impresionaron fueron los valdenses. Muchos grupos de creyentes han querido identificarse con ellos. Algunos escritores aun han intentado trazar la historia de los valdenses hasta llegar a los apóstoles. Formalmente, su origen es generalmente trazado hasta un mercader rico, Pedro Waldo, que se volvió un predicador radical.

En el año 1174, Pedro Waldo descubrió las enseñanzas de Jesús y fue impresionado con la historia del joven rico. Después de una conversión dramática, dejó su vida de mercader y comenzó a vivir radicalmente para Cristo. Durante una hambruna en el año 1176, Pedro abrió un comedor comunitario para alimentar a los pobres. Después de esta hambre se inició como predicador ambulante.

Los primeros valdenses vivían una vida de austeridad radical y pobreza voluntaria. Motivados por el mandato de Jesús de evangelizar y predicar el evangelio, enviaban predicadores por las campiñas, en grupos de dos. Muchas veces iban como vendedores ambulantes, ofreciendo sus mercancías de casa en casa. Después de hablar con la persona, ofrecían su verdadera mercancía: el evangelio. Siguieron el ejemplo de Jesús, con a veces aun enviar grupos de setenta a manera de bandas poderosas de misioneros.

Este movimiento se esparció a Austria, Bohemia, Moravia, Hungría, Polonia, y España. El peso que Waldo sentía por ver la Biblia en el idioma común influyó a muchos grupos reformados después de él. Con el tiempo, los valdenses llegaron a ser vistos como una amenaza por la Iglesia católica, y se vieron obligados a sellar su fe con su vida, al igual que los primeros cristianos. Durante todo, tomando literalmente el Sermón del Monte, amaron a sus enemigos, bendijeron a sus perseguidores, y confiaron en Dios con respecto a sus necesidades. Stuart Murray, escribiendo para *Anabaptist Research* (Investigaciones anabaptistas), dice lo siguiente en cuanto al testimonio de no resistencia de los valdenses:

Los primeros valdenses estaban comprometidos con su postura de no usar la violencia, basados en una interpretación literal de los evangelios. Ellos hablaban en contra de la violencia: las cruzadas y la guerra en general, las masacres de judíos, la ejecución de ladrones apresados por robar comida para sus familias en tiempo de hambre, la pena de muerte, y la coerción en asuntos de fe. Esta postura de no violencia instintiva persistió a través de los siglos.¹

Los hermanos checos

Otro grupo que existió antes de la Reforma, por allí del año 1420, valientemente se aferró a la fe apostólica en las montañas de Checoslovaquia. Estos creyentes fueron conocidos como los hermanos checos. Bajo el liderazgo de Pedro Chelicky, este grupo hablaba denodadamente a favor de la no resistencia cristiana. Dada la unión de la Iglesia y el estado,

1 Stuart Murray Williams, "Valdes and the Early Waldensians" (Valdes y los primeros valdenses) <http://www.anabaptistnetwork.com/Waldensians>

Pedro Chelcicky declaró abiertamente que el papa y el Emperador, fungiendo como representantes de la Iglesia y el estado, eran “ballenas que habían roto la red de la fe verdadera”.

Él enseñó que ningún poder físico puede destruir el mal, y que los cristianos deben aceptar la persecución sin vengarse. En el plano filosófico, desafiaba a los campesinos, enseñando que si los pobres rehusaran ir a la guerra, los reyes ricos no tendrían quien peleara por ellos. Específicamente a los cristianos, les enseñó que debían rehusar el servicio militar.²

En una carta que reprendía la idea de que naciones “cristianas” entraran en guerra entre sí, Pedro escribió:

Toda la chusma de estas multitudes divididas es llamada cristiana, y juntos cada bando ora: “Nuestro Padre que estás en los cielos”. Se aproximan a Dios de esta manera, mientras cada partido está pensando destruir al otro. Creen que están sirviendo a Dios cuando derraman la sangre de su oponente. Ambos partidos dicen: “perdónanos como nosotros perdonamos”. Y cada partido busca aumentar su fuerza militar y nunca piensa en perdonar mientras haya esperanza de vencer. Por tanto, sus oraciones son blasfemias contra Dios.³

Durante la Reforma, muchos cristianos se reavivaron con una nueva fe en Jesucristo y sus promesas. Muchos comenzaron a tomarse en serio la Biblia, y como consecuencia, el mundo cambió radicalmente.

2 Peter Chelcický, *The Net of Faith* (La red de fe). Oberlin: Primitive Christianity, 1947.

3 C. Vogl, *Peter Cheltschizki, em Prophet an der Wende der Zeiten* (Peter Cheltschizki, profeta en el hito del tiempo). Zürich und Leipzig, 1926, pp. 92-94.

Erasmus

Aunque era todavía un erudito católico, Desiderio Erasmo intentó instigar la reforma dentro de la Iglesia católica. Él era un experto en los idiomas originales de las Escrituras y en muchos de los escritos de la iglesia primitiva. Como resultado, llegó a creer firmemente en la no resistencia. Él escribió:

Aquellos que defienden la guerra están obligados a defender las disposiciones que la causan, y estas disposiciones son terminantemente prohibidas por las Escrituras. Desde la ocasión en que Cristo dijo: “Mete tu espada en la vaina”, los cristianos no deben ir a la guerra. El Señor permitió que Pedro errara en cuanto a este asunto, con el propósito de que, tras someter la espada de Pedro, ya no quedara duda de que la guerra está prohibida, la cual antes había sido permitida.⁴

Los anabaptistas

Con certeza, el grupo de cristianos más abierto durante la Reforma fue el de los anabaptistas. Llamados “anabaptistas”, o “rebautizadores”, por sus perseguidores, los historiadores modernos han llamado a este movimiento la “Reforma radical”. Comenzó por allí del año 1530, derivado de la Reforma iniciada por Martín Lutero y Ulrico Zuinglio. Los anabaptistas creían que los primeros reformadores se habían quedado cortos, así que ellos se esforzaron por restaurar la iglesia primitiva. Esto significó llamar a la Iglesia a niveles mayores de un compromiso radical con Cristo.

4 Jonathan Dymond, *An Inquiry into the Accordancy of War* (Una investigación sobre la conformidad con la guerra). London: Philadelphia Friends' Book Store, 1892, p. 36.

Muchísimos santos valientes del anabaptismo fueron perseguidos, tanto por católicos como protestantes, porque rehusaron transigir en muchos puntos. A pesar de todo, fueron conocidos por su habilidad sobrenatural de amar a sus enemigos, aun en medio del maltrato más brutal y despiadado que sus perseguidores hubieran podido causarles. Sus testimonios poderosos hacían que mis situaciones incómodas y banales parecieran insignificantes.

Menno Simons

Un hombre muy influyente entre los primeros anabaptistas fue Menno Simons. Se crió como un campesino en la Friesland devastada por la guerra, en lo que hoy es Holanda. Se formó como sacerdote, y en el año 1524 fue ordenado al sacerdocio católico. Ya en el año 1526, Menno dudaba seriamente de muchas doctrinas de la Iglesia. Pero el cambio más grande en su vida sucedió después de oír de un anabaptista que había sido decapitado en el año 1531 por haberse bautizado por segunda vez. La devoción y celo de estos primeros anabaptistas cambiaron a Menno para siempre. Luego de que Pedro Simons (probablemente su hermano) fuera muerto en una insurrección religiosa en 1535, Menno finalmente le entregó su vida a Cristo por completo, confiando en la eficacia de la sangre de Cristo. Él escribió acerca de esa noche:

Mi corazón temblaba en mi cuerpo. Oraba a Dios, con gemidos y lágrimas, que él me diera a mí, un pecador turbado, el don de su gracia y creara en mí un corazón limpio; que por los méritos de la sangre carmesí de Cristo, benignamente perdonara mi andar impuro y vida infructuosa, y me diera sabiduría, Espíritu, desnudo y fortaleza, para que yo predicara su nombre exaltado y

adorable, y su santa Palabra, sin persiones, y manifes-
tara su verdad para alabanza de él.⁵

Después de su conversión en el año 1536, Menno dejó el sacerdocio y se unió a los anabaptistas.⁶ En cuanto a la guerra, él dijo:

Los regenerados no salen a la guerra, ni son contenciosos. Son hijos de paz que han vuelto sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en hoces, y no conocen la guerra. Dan al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Su espada es la espada del Espíritu, la que manejan con buena conciencia por el Espíritu Santo.⁷

Nuestras armas no son las que se utilizan para destruir ciudades y países, derribar muros y puertas, y derramar sangre humana en torrentes como agua. En lugar de eso, son armas con las que se destruye el reino espiritual del diablo (...) Cristo es nuestra fortaleza; la paciencia es nuestra arma defensiva; la Palabra de Dios es nuestra espada. Y nuestra victoria es una franca, firme y sincera fe en Jesucristo. Dejamos las espadas y lanzas de hierro y metal a los que, lamentablemente, consideran casi del mismo valor la sangre humana que la sangre de los puer-
cos.⁸

5 Menno Simons, Renunciation of the Church of Rome (Renuncia a la iglesia de Roma), de *The Complete Works of Menno Simon* (La compilación completa de los escritos de Menno Simons). Aylmer, Ontario and Lagrange, Indiana: Pathway Publishers, 1983, p.5.

6 William Roscoe, *The Anabaptist Story: An Introduction to Sixteenth-Century Anabaptism* (La historia anabaptista: Una introducción al anabaptismo del siglo XVI). Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1996.

7 Menno Simons, *The Complete Works of Menno Simon*, Part II (La compilación completa de los escritos de Menno Simons, parte II). Aylmer, Ontario and Lagrange, Indiana: Pathway Publishers, 1983, p. 170.

8 Ibid. Part I (Parte I) p. 81.

Jacob Hutter

Al otro lado de Europa, en lo que hoy es Italia, Jacob Hutter guió a muchos creyentes a vivir radicalmente el Sermón del Monte. Su celo misionero por compartir su fe se extendió rápidamente por el continente. Literalmente, miles de adultos fueron bautizados tras profesar su fe, a pesar de que hacerlo era un crimen castigado con la muerte. Después de un tiempo, se establecieron en Moravia (la República Checa de hoy) donde se les otorgó tolerancia religiosa.

En el año 1535 fue ofrecida una recompensa por la cabeza de Jacob Hutter equivalente al sueldo que un soldado ganaba en un año. En noviembre de ese año, después de un viaje al Tirol, en el norte de Italia, en un intento de traer algunas personas de vuelta consigo, Jacob y su esposa fueron apresados. Luego de condenarlo a la muerte, las autoridades trataron de negociar con él para obtener los nombres de otros creyentes, pero Jacob rehusó delatarlos. El Emperador del santo Imperio Romano, Fernando I usó a Jacob para un castigo ejemplar. Lo azotó severamente y lo torturó en el potro. En febrero de 1536, Fernando mandó que lo llevaran a la plaza de Innsbruck, Austria, lo sumergieran en agua casi congelada, y luego lo pusieran en un cuarto caliente. Luego, echaron coñac en sus heridas. Después de esta tortura, lo sacaron a la plaza de la ciudad y lo quemaron públicamente en la hoguera. A pesar de todo, Jacob nunca negó la fe ni delató a sus hermanos creyentes.

Durante su vida, Jacob Hutter habló fuertemente en contra de la participación de los cristianos en la guerra. Él escribió lo siguiente acerca de los verdaderos cristianos:

No haremos ningún mal, ni heriremos a nadie, sí, ni a nuestro peor enemigo, ni a Fernando, ni ningún otro, sea grande o pequeño. Todas nuestras acciones y conduc-

ta, palabra y trabajo, vida y andar están abiertos; no hay secretos en cuanto a nada. Antes que robar un céntimo preferimos perder florines. Y antes que golpear a nuestro peor enemigo con la mano, y ni qué decir de una lanza, espada o alabarda de la manera que lo hace el mundo, estaríamos dispuestos a perder nuestra vida.⁹

Otros grupos

Al continuar leyendo, descubrí más y más grupos que, luego de tomar en serio la Biblia, acabaron con muchas de las mismas convicciones. Por ejemplo, estaban los grupos de los “Hermanos” (Brethren) bajo el liderazgo de hombres como Pedro Becker y Alexander Mack. Ellos también continuaron llamando a la Iglesia a volver al cristianismo apostólico.

En el año 1785, la iglesia de los Hermanos declaró en su conferencia anual que no debemos “someter[nos] a las autoridades superiores para llegar a ser sus instrumentos para derramar sangre humana (...) La Iglesia no puede ceder al estado la autoridad de reclutar ciudadanos para entrenamiento o servicio militar en violación de su conciencia”. Aún hoy, sus descendientes, la Iglesia Bautista Alemana, los Hermanos Dunkard y la Iglesia de los Hermanos, se adhieren a estas enseñanzas.

Metodistas primitivos

Parece que dondequiera que los grupos de cristianos se congregaban y se comprometían a tomar en serio la Biblia, esta doctrina de la no resistencia era el resultado natural. Aun algunos de los primeros predicadores ambulantes metodistas,

9 John Horsh, *The Principle of Nonresistance* (Los principios de la no resistencia) tomado de <http://www.bibleviews.com/Nonresistance-Horsch.html>

hombres llenos del Espíritu Santo y predicación ungida, no pudieron resistir las claras enseñanzas de Jesús en cuanto a este tema. En una ocasión, forzaron a John Nelson, el primero en ofrecer sus servicios como predicador laico a John Wesley, a vestir un uniforme y cargar un fusil, diciéndole que debía permanecer así y combatir. Con denuedo les respondió a los comandantes militares que vestiría el uniforme como una cruz, pero no pelearía.

Dos de los metodistas primitivos más influyentes, Barbara Heck y su esposo Paul, rehusaron apoyar la Guerra de Independencia de los Estados Unidos. Esta convicción les trajo grandes pérdidas financieras. En una ocasión fueron detenidos por un oficial británico que trató de obligar a Paul a unirse al ejército para defender al rey. Él respondió:

—Me he unido al servicio del mejor Rey, y no deseo otro. En cuanto al rey George, que Dios lo bendiga. Estoy dispuesto a sufrir en cuerpo y propiedades por su causa, pero no pelearé. Siempre oiría la voz del Maestro a quien sirvo diciendo: “Mete tu espada en la vaina”.

Jesse Lee, un líder de los primeros metodistas, escribió estos pensamientos breves, pero profundos: “Analiqué el asunto vez tras vez, pero, como cristiano, mi criterio estaba establecido, y como predicador, no podía pelear”.¹⁰

El espejo de los mártires

Todos estos testimonios me afectaron dramáticamente, pero tal vez la historia más impresionante acerca de la no resistencia y fe como la de Cristo que se haya registrado durante esos tiempos turbulentos es la de Dirk Willems. Cuando leí

10 Mike Atnip, *How the Methodists Saved America* (Cómo los metodistas salvaron a los Estados Unidos). Newmanstown, Pennsylvania: Primitive Christianity Publishers, p.16.

su historia en el *Martyr's Mirror* (Espejo de los mártires) me asombré.

El *Martyr's Mirror* fue compilado por Thielemann J. Van Braght en el año 1660. Este libro contiene un registro exhaustivo de los testimonios de hombres, mujeres y niños valientes que dieron su vida por su fe en Jesucristo en cada época de la Iglesia. El mayor enfoque está puesto sobre la iglesia perseguida durante el tiempo de la Reforma radical.

Dirk Willems era un joven que se convirtió al cristianismo en Holanda durante un tiempo de gran persecución. Los españoles controlaban el país, y queriendo lograr la estabilidad de la sociedad, intentaron erradicar a los anabaptistas y a otros cristianos radicales y no conformistas. Aparentemente, Dirk no era un creyente en secreto, más bien compartía su fe abiertamente, y aun permitía que otros fueran bautizados en su hogar. Después de ser arrestado, fue enjuiciado y encarcelado por su fe.

Después de algún tiempo, Dirk se las ingenió para escapar. Tomó las sábanas de su cama, las ató, y las utilizó para bajar por la pared de la cárcel. Lamentablemente, fue visto por el burgomaestre, y un comisario fue enviado para aprehenderlo. Dirk huyó rápidamente por un río cubierto de una delgada capa de hielo.

Me imagino que Dirk pensó por un momento que lograría escapar. El comisario, mucho más pesado, también intentó cruzar sobre el hielo. Pero, para desgracia suya, el hielo se quebró y el comisario cayó en el agua. Dirk ya estaba bien encaminado cuando oyó el grito de su perseguidor que pedía auxilio. Se volvió, y comprendió que el comisario había caído en el agua y ahora pedía que le salvaran la vida.

Muchas veces me he preguntado qué pensó Dirk Willems en esos momentos. Delante de él estaba su vida, su libertad. Solamente tenía que seguir corriendo. ¿Quién lo culparía por

no devolverse a ayudar a su perseguidor? Había sido encarcelado injustamente, y volver ahora sin duda le costaría la vida. Sin embargo, había muerto a sí mismo años atrás cuando se entregó a Cristo. Ahora, si realmente fue tentado a seguir su camino, el relato no lo indica.

Jesús enseñó que sus discípulos deben amar a sus enemigos, darles de comer y aun bendecirlos. Dirk sabía que el Señor había hecho lo mismo por él, y ahora le tocaba a él hacerlo por este hombre que se ahogaba. Así que se volvió inmediatamente y sacó a su perseguidor del agua helada.

El comisario fue conmovido profundamente por este acto de compasión sin precedentes, y quería dejar a Dirk en libertad. Sin embargo, el burgomaestre, que observaba desde la distancia, le gritó para recordarle que había hecho un juramento de lealtad. Desdichadamente, persuadió al comisario para que escogiera la lealtad al estado antes que la compasión por su salvador. El comisario apresó a Dirk y lo llevó nuevamente al cautiverio.

Una vez preso de nuevo, sus perseguidores no le mostraron ninguna compasión por su acto de misericordia. Más bien, lo volvieron a condenar por su crimen de herejía y haberse bautizado la segunda vez. El relato dice que lo pusieron en reclusión severa hasta el día en que lo llevaron a la plaza de la ciudad para quemarlo en la hoguera. Su muerte fue terrible.

Los reportajes de los testigos dicen que soplaba un fuerte viento del este que apartaba la parte superior del fuego, haciendo que Dirk sufriera terriblemente, pues solo la parte inferior del fuego lo quemaba. Los testigos dijeron que lo oyeron clamar: “¡Ay, mi Señor, mi Dios!” más de setenta veces. Por fin, un oficial local que pasaba a caballo sintió tristeza por el joven. Este mandó que el fuego fuera cambiado de manera que Dirk muriera rápidamente.

El *Martyr's Mirror* termina su epitafio de la vida de Dirk Willems con estas palabras:

Pero, como él había fundado su fe, no sobre la arena movediza de mandamientos humanos, sino sobre la firme piedra angular, Jesucristo, permaneció firme e inamovible hasta el fin, a pesar de los vientos malos de doctrinas humanas, y fuertes lluvias de persecución tiránica y severa; por lo cual, cuando el Príncipe de los pastores aparecerá en las nubes del cielo y juntará sus elegidos desde los confines de la tierra, él también, por la gracia, oirá estas palabras: “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor”.¹¹

Pensé: “¡Ah, yo quisiera tener tal testimonio! Un testimonio de una vida totalmente rendida a Dios, para que al final yo también pueda correr confiadamente a los brazos acogedores de nuestro bendito Salvador y escuchar ese saludo glorioso: ¡‘Entra en el gozo de tu Señor!’”

Después de empaparnos de historias de santos como estos, Tania y yo ya no nos sentíamos solos. Nos sentíamos animados; bienvenidos. Hasta nos sentíamos como extranjeros, pero en medio de nuestro peregrinaje, nos sentíamos en casa. Hebreos 12 llegó a ser muy precioso para nosotros:

Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe. (Hebreos 12:1-2)

11 Thieleman J. Van Braght, *The Martyr's Mirror* (El espejo de los mártires). Scottdale: Herald Press, 1990, p.741.

Capítulo 10

Los dos reinos



Juramentación para un segundo período en el ejército

La psicóloga estaba vuelta con sus espaldas hacia mí. Mientras rebuscaba entre su papeleo me dijo con un obvio tono de desafío:

—Entra, pero realmente no creo que vayas a estar en este cuarto el tiempo suficiente para que tengas que sentarte.

Me paré allí, un tanto incómodo, y pregunté:

—¿Qué quiere decir con eso? No entiendo.

Aquello debía ser una entrevista rutinaria. Cada persona que pide la baja del ejército por ser objetor de conciencia debe superar varios obstáculos previamente establecidos. Todos los peticionarios deben presentar su solicitud a su comandante, presentarse a una entrevista con el capellán de la base, someterse a una entrevista con un psicólogo, preparar un reportaje largo que contesta las preguntas estándar del ejército, y sobrevivir a una audiencia judicial en la que pudieran hacerle casi cualquier pregunta. Cuando se han completado todos estos requisitos, un portafolio con la información resultante se envía al Pentágono para su aprobación.

Según yo entendía, de todas mis entrevistas, la cita con la psicóloga solamente debía determinar si el solicitante “perturbado” era mentalmente competente para ser enjuiciado. No esperaba que aquella entrevista fuera hostil de ninguna manera, pero estaba equivocado. Desde sus primeras palabras, percibí que sería un reto. Después de preguntarle qué quería decir con su comienzo severo, al fin me miró y me dijo:

—¡Te tengo!

—¿Qué quiere decir con “te tengo”? —pregunté mientras lentamente tomaba una silla y me sentaba.

—Entiendo cómo piensas. —Con una mirada de enojo, me miró a los ojos y agregó—: No eres consecuente.

—¿No soy consecuente? ¿Por qué dice eso?

—Todos los objetores de conciencia son inconsecuentes. Había un grupo en mi oficina la semana pasada, y sus argumentos no me convencieron. Eres inconsecuente; todos ustedes son inconsecuentes.

Temblando un poco, traté de actuar con valentía y dije:

—Bueno, ¿de qué maneras somos inconsecuentes?

—Es fácil —dijo, mientras colocaba su silla directamente delante de mí. Luego agregó con un gesto arrogante—: Muy bien, dices que quieres salir del ejército porque no puedes apoyarlo por causa de tu conciencia. ¿Correcto?

—Sí, señora.

—Muy bien, entonces te haré otra pregunta.

—Está bien.

—¿Crees que debes pagar impuestos?

—Por supuesto, así es.

Ella dijo con una risita arrogante:

—¿Ves? ¡Te tengo! ¡Eres inconsecuente!

Se dejó caer en la silla como si eso le pusiera punto final al diálogo.

Yo no sabía cómo responderle de una manera que ella entendiera. En lugar de utilizar el razonamiento humano, mi deseo era mostrarle lo que dice la Palabra de Dios. Me incliné hacia ella, suspiré profundamente, y dije:

—Señora, tal vez usted no entienda esto, pero... Bueno, yo vivo por los mandamientos de un libro, la Biblia. Ella me dice que debo amar a mis enemigos y pagar mis impuestos. No tengo que entenderlo; solo debo obedecer.

De ese momento en adelante, las cosas se deterioraron rápidamente. La psicóloga se molestó mucho y presentó varios argumentos un tanto irracionales. Cuando le dije que quería ser como Jesús, respondió tajantemente:

—¡En ninguna parte dice la Biblia que debemos ser como Jesús!

Cuando comencé a citar una escritura acerca de andar en sus pasos, ella me interrumpió:

—Mira, no tienes que sermonearme. Yo sé lo que dice la Biblia.

Su mirada era muy severa. Continuó diciendo:

—Conozco muy bien la Biblia. ¿*Comprendes* lo que he hecho? —La mujer prosiguió a enumerar una gran lista de caridades, actividades voluntarias, grupos de estudio bíblico que había liderado, y otras cosas semejantes. Culminó con esta declaración un tanto extraña:

—Y además, ¡quiero que sepas que soy una metodista declarada!

¿Qué podía decir? Comencé a sentir un poco de lástima por ella; había perdido su compostura profesional. Ahora reconozco que mi próxima respuesta fue un poco contenciosa.

La miré y acompañé mis palabras con un gesto de la mano:

—¿Podría repetir todo eso, por favor?

—¿Todo qué?

—Todos esos logros.

La psicóloga continuó su monólogo. Luego me preguntó si yo tenía problemas para oír y me despidió.

Los dos reinos

Al pensar en la entrevista, comprendí que la psicóloga, sin saberlo, había dado con una línea divisora muy fundamental en el entendimiento de la no resistencia cristiana. Esa línea es la comprensión de que hay dos reinos.

La enseñanza de los dos reinos presenta la verdad espiritual de que los hijos de Dios, mientras vivan aquí en la tierra, están sujetos a un reino celestial sobre el cual reina y manda Dios. Proclama que Cristo estableció ese reino cuando vino

al mundo. Además, es un reino que sobrepasa todas las naciones, tribus y lenguas. Sobrepasa la geografía y el tiempo. Y aunque ese reino se discierne espiritualmente, se vive de manera práctica en un mundo real.

A diferencia del reino de Dios en el Antiguo Testamento, que se limitaba a una sola área geográfica, el reino de Dios del Nuevo Testamento se ha dispersado por todas las naciones. El pueblo de Dios es la sal y la luz del mundo, y por lo tanto es guiado por una ley y constitución diferentes. Sobre todo, el Rey es otro, y él da las órdenes en este reino.

El César o Dios

Tal vez el pasaje más conocido y que a menudo se malinterpreta en cuanto a la idea de los dos reinos y nuestra relación con los reyes terrenales es el que se encuentra en Mateo 22. Los fariseos en este relato trataron de tentar a Jesús con respecto a pagar tributo al César. Jesús les respondió: “Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios”.

La mayoría de cristianos creen en el concepto de los dos reinos de una forma u otra. Sin embargo, difieren en cuanto cuáles cosas pertenecen al César y cuáles pertenecen a Dios. Al continuar mi estudio de la Biblia y la iglesia primitiva, noté que los primeros cristianos hacían una distinción clara. El apóstol Pedro les habló a los cristianos como si estos no pertenecieran al reino terrenal en el que vivían. Se refería a estos creyentes primitivos como extranjeros y peregrinos: “Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación” (1 Pedro 1:17).

El corazón de Dios a través de toda la Biblia es que su pueblo sea saciado con su presencia. El libro de Hechos es ejemplo vivo de como el pueblo de Dios fue gobernado, guia-

do, enseñado y dirigido por su presencia. Los cristianos del Nuevo Testamento respetaban los gobiernos terrenales bajo los cuales vivían. Sin embargo, su lealtad a Dios tomaba el primer lugar. Como dijeron Pedro y Juan a los jueces en Hechos 4:19: “Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios”. Esta era una posición atrevida, pero era la posición que “trastornó el mundo” (Hechos 17:6). Cuando estas líneas de separación comenzaron a borrarse en la antigüedad, tanto la Iglesia como el mundo perdieron. El mundo perdió la sal y la luz; la Iglesia perdió su propósito.

Mi reino no es de este mundo

La línea entre los dos reinos fue revelada gráficamente poco antes de la crucifixión, cuando Cristo estaba ante Pilato. Pilato sabía que muchos llamaban rey a Jesús, así que lo desafió:

—¿Eres tú el Rey de los judíos?

Jesús se tomó en serio la pregunta y respondió:

—¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?

Pilato contestó insolentemente:

—¿Soy yo acaso judío? Tu nación, y los principales sacerdotes, te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?

En respuesta, Jesús hizo este anuncio decisivo que sobrepasaba todo tiempo, lugar, filosofía y nación:

—Mi reino no es de este mundo.

Inmediatamente después, Jesús describió el marco de batalla para sus seguidores:

—Si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí.

Pilato le contestó a Jesús como lo hacen muchos hoy, interpretando estas palabras como una mera jerga figurativa y mística, o terminología espiritual. Preguntó:

—En ese caso, ¿eres tú rey? —Así, precisamente, solía yo mirar el reino de Dios. Sabía que Jesús hablaba de un reino, pero no creía que *realmente* fuera algo que yo pudiera vivir de una manera práctica. Sin embargo, la respuesta de Cristo es correctiva y asombrosa. Sin ninguna confusión, debilidad ni transigencia, él responde:

—Tú dices que yo soy rey. Yo para eso he nacido.

Esta última declaración me hizo detenerme y pensar. Aparentemente, la idea de ser rey no era un punto insignificante para Jesús. Él dijo que ese, precisamente, era el propósito por el que había nacido: ¡ser rey!

El Señor terminó su declaración diciendo:

—Y para eso he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz.¹

Para mí, este enfrentamiento entre Jesús y Pilato fue un pronunciamiento decidido de la prioridad, realidad e importancia del reino de Dios.

Ninguna fraternización con el enemigo

Pablo le advirtió al joven ministro Timoteo que mantuviera un entendimiento claro de nuestro lugar entre las naciones. Le dijo que el cristiano debe considerarse un soldado leal y resuelto en el ejército de Dios, que no debe distraerse en asuntos ajenos a su reino. Le recordó que tal soldado no tiene tiempo, ni aun el derecho de involucrarse en los asuntos de los países en que reside. “Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo. Ninguno que milita se enreda en

1 Juan 18:33-37

los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado” (2 Timoteo 2:3-4).

Un hombre uniformado

Siendo un soldado estadounidense en un país extranjero, esta analogía me resultaba muy real. En ese tiempo, Tania y yo éramos ciudadanos estadounidenses viviendo en Alemania por asignación militar. Vivíamos en un apartamento que era propiedad de un alemán, los servicios públicos eran alemanes, y pagábamos todo con la moneda alemana. Si sabíamos quién era el presidente alemán en ese entonces, era únicamente por casualidad. Jamás se nos permitía votar en sus elecciones, ni hubiéramos querido hacerlo. Vestíamos el uniforme militar de los EE.UU., hablábamos inglés estadounidense y pagábamos impuestos sobre nuestros ingresos en Estados Unidos. En ese entonces, hasta veíamos programas de televisión estadounidenses y votábamos en las elecciones de nuestra patria. De ninguna manera me habrían permitido postularme para el cargo de alcalde local, y menos para un puesto en el parlamento alemán. No había lugar para nosotros en el ejército ni en la política alemana. Éramos soldados estadounidenses, y sabíamos con qué propósito estábamos en territorio extranjero.

De la misma manera, en el reino de Dios, una visión clara de nuestra vocación resulta en una conducta distinta. Cuando se me aclaró la línea entre los dos reinos, reconocí que en muchas áreas de mi vida yo había caído en una fraternización con mi país terrenal. Cuanto más mi esposa y yo basábamos nuestras decisiones en estas doctrinas y precedentes bíblicos, más terminábamos siendo extranjeros y peregrinos, aun entre nuestros compatriotas. Descubrí que cuando la línea distintiva entre los dos reinos se vuelve más clara, tam-

bién se vuelven más claras las enseñanzas de Cristo. Al otro lado, cuando confundimos estos dos reinos contrastantes, las enseñanzas del Señor pierden todo sentido.

Es notable que aun un hombre como Adolfo Hitler entendió que el estado no podría reclamar la lealtad íntima del cristiano verdadero. Él comentó que la lealtad se ve comprometida si se divide: “Uno puede ser un buen alemán o un buen cristiano. Es imposible ser ambos a la vez.”²

Esta dicotomía de vivir *en* el mundo pero no ser *del* mundo es fuente de tensión continua.

- **Si** tenemos nuestras propias leyes que gobiernan nuestra vida (Lucas 6:46; Mateo 7:21-27; 1 Juan 5:3; 2 Juan vs. 6)...
- **Si** tenemos nuestro propio rey que exige lealtad absoluta (Zacarías 9:9; Juan 19:14; Apocalipsis 17:14)...
- **Si** debemos rehusar obedecer las leyes terrenales que contradicen las leyes de Dios (Mateo 5:18; Hechos 5:29)...
- **Si** debemos amar, alimentar, vestir y cuidar aun a los enemigos de nuestra patria (Mateo 5:44; Romanos 12:20)...
- **Si** se nos ha dado el mandato impráctico de salir como corderos en medio de lobos, o como ovejas que van al matadero (Lucas 10:3; Romanos 8:36)...
- **Si** nuestras armas no son terrenales (Efesios 6:12)...
- **Si** no “militamos según la carne” (2 Corintios 10:3-7)...
- **Si** entendemos que, en contraste con los mandatos del Antiguo Testamento de destruir la vida de los hombres, ahora tenemos órdenes de salvar a los hombres (Lucas 9:51-56)...

2 Lee C. Camp, *Mere Discipleship* (Discipulado puro), Grand Rapids, Michigan: Brazos Press, 2003, p. 137.

- **Si** morir realmente es ganancia para nosotros, y la cruz es nuestro ejemplo (Filipenses 1:21; 1 Corintios 1:18)...
- **Si** nuestro reino no es de este mundo (Juan 18:36)...
- **Si**, al final, derrotamos aun al anticristo por medio de la sangre del Cordero, por la palabra de nuestro testimonio, y por menospreciar nuestras vidas hasta la muerte (Apocalipsis 12:11)...

Entonces ¿cómo debemos responder a todos estos reyes y gobernadores terrenales? ¿Qué hacemos con los centenares de leyes y ordenanzas que afectan tantas áreas de nuestra vida? ¿Qué lealtad debemos a los reyes e imperios que se han extendido por el mundo y a través de los siglos? Abrazar el concepto de los dos reinos establece nuevos retos para nosotros en cuanto a lo que debemos hacer con el reino terrenal. La tentación de ignorar sus reglas enfadosas y burocracias ridículas es fuerte. Me vi tentado a preguntarme: “¿Debo aun molestarme con sus leyes y gobiernos?”

Capítulo 11

Romanos 13



Te quiero para el Ejército de Los Estados Unidos

Centro de reclutamiento más cercano.

Yo vi que Romanos 13 me proveía un criterio efectivo para determinar exactamente cuán clara era la línea entre los dos reinos en mi vida. Este capítulo pone a prueba a los que dicen creer en la no resistencia bíblica. Es claro que despreciar el gobierno, hacer protestas destructivas, y la retórica de oposición a la autoridad realmente no caben en este capítulo. Pero ¿cuál debe ser mi concepto de estos gobernantes terrenales? ¿Podía yo negar la verdad de que Dios ha establecido ejércitos, reyes y poderosos para poner fin a atrocidades como el comunismo, nazismo, e innumerables tiranos a través de los siglos? De ser así, ¿estaba la bendición de Dios sobre esos ejércitos y hombres que usó para llevar a cabo su voluntad?

Estas preguntas me dejaban perplejo, especialmente cuando consideraba los argumentos de ambos lados. Por un lado, los religiosos conservadores trataban de decirme que Estados Unidos es el país de Dios, por lo que yo debía abrazar la agenda del gobierno. Cualquier cristiano conservador digno de respeto rápidamente me llevaría a Romanos 13. Al otro lado, los escritores liberales estaban intentando invocar algún tipo de nuevo gobierno utópico de corte pacifista y ecuménico (o lo que ellos podrían llamar una “comunidad global”). Al estudiar y explorar las Escrituras, descubrí que Romanos 13 era la línea divisora que pone de manifiesto la verdadera teología bíblica acerca de los dos reinos.

Aquí está el texto:

Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrearán condenación para sí mismos. Porque los magistrados no están para infundir temor al

que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer la autoridad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; porque es servidor de Dios para tu bien. Pero si haces lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo. Por lo cual es necesario estarle sujetos, no solamente por razón del castigo, sino también por causa de la conciencia. (Romanos 13:1-5)

Este pasaje, muy citado por mis amigos políticamente conservadores, dice que el papel del gobierno terrenal es “ordenado por Dios”. Es más, hasta llama a los gobernantes “servidor[es] de Dios”. ¡Mis amigos muchas veces resaltaban que estos servidores “no en vano lleva[n] la espada”! ¡Estas son palabras fuertes! Me preguntaba cómo jamás podría equilibrarlas con el mandamiento de Jesús: “amad a vuestros enemigos”.

Servidores de Dios

Luché con esto en pensamiento y oración por algún tiempo. Comencé a leer y pedirles a las personas que me explicaran más detalladamente estos versículos. Finalmente me atreví a hablar con el dueño de la librería cristiana local, que también era pastor. Le conté acerca de mis crecientes convicciones en cuanto a la no resistencia. Él, por su parte, me entregó un video acerca de un policía cristiano. El oficial en el video dudaba de su responsabilidad en caso de que tuviera que matar a alguien en el cumplimiento de su deber. La película, basada en Romanos 13, explicaba que este hombre era un “servidor de Dios”, y argumentaba que no había transigencia si el policía cristiano se viera obligado a matar en tal situación, pues

todo era ordenado por Dios. Además, razonaba que si era ordenado por Dios, también debía ser bendecido por él.

Sin embargo, aquí se encuentra la diferencia. Me pregunté: “¿Si algo es ordenado por Dios, significa que es bendecido por él?” Al final, concluí que no. Profundamente, hallé que esta diferencia se demostraba de manera inequívoca en la vida de Jesús.

La autoridad de crucificar a Jesús

Una vez más consideré la escena de Jesús delante de Poncio Pilato. Después de que Jesús proclamara su reino, Pilato mandó que lo azotaran. Además, los soldados forzaron una corona de espinas sobre su cabeza, y se burlaron de él, vistiéndolo con un manto de púrpura y diciendo:

—¡Salve, rey de los judíos!

Pilato declaró la inocencia de Jesús cuando lo presentó a la multitud: “Y salió Jesús, llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Y Pilato les dijo: ¡He aquí el hombre! Cuando le vieron los principales sacerdotes y los alguaciles, dieron voces, diciendo: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!”

Allí estaba Jesús, la autoridad suprema, el Rey de reyes, el Creador del universo. Herido, humillado, golpeado y exhausto, fue avergonzado delante de lo que parecía una autoridad superior a él. Galantemente, Pilato se jactó de su aparente autoridad y poder sobre Jesús diciendo:

—¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte?

Reflexioné larga e intensamente sobre estas palabras. Pilato dijo: “Tengo autoridad para crucificarte ... tengo autoridad para soltarte”.

¿Era eso cierto? ¿De verdad tenía Pilato ese poder? El Señor respondió a esta afirmación con palabras que aún me

maravillan cada vez que las leo: “Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba”.¹

Esta declaración implicaba que Cristo tenía la habilidad no solamente de librarse sino también de ponerle fin al fútil y pequeño dominio de Pilato en cualquier momento.

Ahora, yo sabía todo eso. Dios es más poderoso que cualquier autoridad humana. Había demostrado ese poder superior a través de toda la Biblia. Para mí, lo más profundo de este pasaje no era la proclamación del poder que Dios tiene sobre los reinos terrenales, sino la idea esencial, la idea misma de que Jesús estuviera en esta situación ante Pilato.

Allí, ante Pilato, él indicó, por más inconcebible que parezca, ¡que a Pilato se le había dado temporalmente el poder y la autoridad de crucificarlo! Vi claramente que este acto, aunque enmarcado dentro de la voluntad soberana de Dios, obviamente no contaba con su bendición. Dios no *bendijo* a Pilato ni a sus centuriones por llevarlo a cabo.

Con esta distinción, el papel del gobierno humano en general se aclaró mucho para mí. Cuando Pablo llamó a la autoridad un “servidor de Dios” en Romanos 13, hallé provechoso recordar exactamente *quién* era esa autoridad. En el tiempo de Pablo, no era un bautista liberal, ni aun un evangélico conservador. En ese tiempo, el “servidor de Dios” era Calígula o Nerón, dependiendo de la fecha asignada a la epístola. En todo caso, hubiera sido una figura muy perversa.

¿Por qué?

Creo que Pablo lo llamó un “servidor de Dios” porque Pablo claramente entendía que el lugar del Emperador estaba en el reino terrenal. En cambio, Pablo pertenecía a otro reino, el reino de Dios.

1 Juan 19:3-11

En el capítulo anterior, Romanos 12, Pablo exhortó a la iglesia en Roma a no conformarse a las costumbres del mundo. Ampliando el asunto, habló en cuanto a la necesidad de humildad, abnegación, no dar lugar a la venganza, no devolver mal por mal, y aun alimentar a nuestros enemigos. Él concluyó el capítulo con estas palabras: “No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal”.

Con tal sentencia contra el camino del mundo, debemos tener cuidado de no concluir que los cristianos estamos más allá del alcance de la ley. Las cosas irritantes como impuestos, costumbres, honores civiles y leyes amenazantes pueden parecer despreciables para el cristiano que es ciudadano de un reino celestial tan glorioso. Sin embargo, para guardar a sus oyentes de este concepto, Pablo instruye a la iglesia a ser obediente hasta en los detalles más pequeños.

Por lo cual es necesario estarle sujetos, no solamente por razón del castigo, sino también por causa de la conciencia. Pues por esto pagáis también los tributos, porque son servidores de Dios que atienden continuamente a esto mismo. Pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que respeto, respeto; al que honra, honra. (Romanos 13:5-7)

Con claridad pude ver que debía dar todo el respeto y honra, y toda la obediencia posible a mis gobernadores y autoridades terrenales. A la vez, tomar partido con ellos, participar en su reino, sus guerras, y tomar sus armas obviamente estaría prohibido para mí. El respeto está bien, pero saltar de una posición de responsabilidad y honor civil a un abandono total de las enseñanzas de Jesús sencillamente sería ilógico, fuera de contexto, y hasta deshonorado.

“Ministros” del Antiguo Testamento

Al estudiar la Biblia, vi que Dios realmente ha usado reyes y países como “servidores” para llevar a cabo su voluntad, aun en el Antiguo Testamento. Además, hallé que en la historia de Israel, aunque Dios usó a un rey como su “servidor”, él también mostró claramente que ese rey no necesariamente contaba con la bendición divina.

El libro de Jeremías relata un ejemplo notable de un rey de otro reino que fue utilizado por Dios para castigar al pueblo de Dios. Es significativo que Jeremías revela cómo se sentía Dios en cuanto a tales reyes desde el principio. Comienza poco antes de que Judá fuera llevado al exilio en Babilonia por setenta años. Judá había abandonado el pacto de Dios vez tras vez, y ahora Dios usaría al rey de Babilonia para llevar a cabo su juicio sobre su pueblo:

Por tanto, así ha dicho Jehová de los ejércitos: Por cuanto no habéis oído mis palabras, he aquí enviaré y tomaré a todas las tribus del norte, dice Jehová, y a Nabucodonosor rey de Babilonia, *mi siervo*, y los traeré contra esta tierra y contra sus moradores, y contra todas estas naciones en derredor; y los destruiré, y los pondré por escarnio y por burla y en desolación perpetua. (Jeremías 25:8-9)

Note las palabras “mi siervo”. En hebreo, estas palabras son equivalentes a las que Pablo utiliza en Romanos 13 acerca de los reyes terrenales como Nerón. La palabra traducida “servidor” en Romanos 13:4 es la palabra griega “diakonos”; literalmente, esta palabra significa “siervo”. Es de esta palabra que derivamos la palabra “diácono”. En ambos Testamentos, Dios usó reyes paganos que participaban en el culto a los ídolos,

para ejecutar sus propósitos. Y vemos que a veces aun los llamó “mi siervo” o “mi servidor”.

Establecido por Dios no siempre significa bendecido por Dios

Nuevamente, ¿qué debo pensar acerca de estos reyes? Si ellos son “establecidos por Dios”, ¿debo concluir que también son “bendecidos por Dios”? En ese caso, ¿debo también ser su partidario? Solamente tres versículos más adelante, Dios revela exactamente cómo se sentía en cuanto a este rey al que, junto con su reino, utilizó para lograr su voluntad:

Y cuando sean cumplidos los setenta años, castigaré al rey de Babilonia y a aquella nación por su maldad, ha dicho Jehová, y a la tierra de los caldeos; y la convertiré en desiertos para siempre (Jeremías 25:12).

Obviamente era necesario que Israel se sometiera a Nabucodonosor, pero hacerse sus partidarios hubiera sido un gran error.

También encontré una profecía de Isaías acerca del rey pagano, Ciro, que fue usado estratégicamente en la toma de Babilonia al desviar el río Éufrates. Dios lo llamó “mi pastor”.² Esto no quiere decir que Dios se complacía en su idolatría pagana. Sencillamente significa que Ciro fue usado por Dios como “pastor” para hacer su voluntad.

Los Estados Unidos de América

Entonces, ¿qué de mí? ¿Podía yo admitir que Dios ha usado a los EE.UU. y otros países como este a través de los tiempos para lograr sus metas? Definitivamente. Pero yo podía ver

2 Isaías 44:28

que este hecho en sí no puede llevarme con sutileza a creer que el reino de Dios y el reino del mundo se han unido de alguna manera. Eso sería un grave error.

Tertuliano, hablando de este tema por ahí del año 190 d.C., dijo:

Ahora, se pregunta si un creyente puede entrar en el servicio militar. También se pregunta si se puede admitir a la fe a los que están en el ejército, aun los soldados rasos, que no son requeridos para participar en los sacrificios o penas de muerte (...) Un hombre no puede dar su lealtad a dos señores: Dios y el César.³

El precio de la transigencia

Es interesante, aunque trágico, que durante la Segunda Guerra Mundial, cuando el mundo temblaba bajo la amenaza de Adolfo Hitler y su reino tiránico de poder y holocausto genocida, millones de norteamericanos, incluyendo a millones de “cristianos norteamericanos”, decidieron formar alianza con Joseph Stalin para fortalecerse contra Hitler. Más adelante, la historia revelaría que probablemente Stalin fue responsable de hasta tres veces más muertes que Hitler. Otra vez, nos llegan a la mente las palabras de Pablo: “No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal” (Romanos 12:21).

Se me hizo muy claro cuando se trata de los asuntos del reino terrenal, que Dios no desea el desorden ni la anarquía. Más bien, se asegura de que cada nación sea ordenada, legislada y gobernada. Como Dios dijo por medio de Jeremías acerca de su decisión de utilizar a Babilonia para sus propósitos:

3 Tertuliano, *On Idolatry*, Ante-Nicene Fathers (Sobre la idolatría, Padres antenicanos) Vol. 3, p. 73. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1986.

Yo hice la tierra, el hombre y las bestias que están sobre la faz de la tierra, con mi gran poder y con mi brazo extendido, y la di a quien yo quise. Y ahora yo he puesto todas estas tierras en mano de Nabucodonosor rey de Babilonia, mi siervo, y aun las bestias del campo le he dado para que le sirvan. (Jeremías 27:5-6)

El profeta Daniel proclamó esta verdad a todos los ángeles y habitantes de la tierra. Aun añadió un discernimiento humillante en cuanto a cómo Dios realmente mira a estos reyes:

La sentencia es por decreto de los vigilantes, y por dicho de los santos la resolución, para que conozcan los vivientes que el Altísimo gobierna el reino de los hombres, y que a quien él quiere lo da, y constituye sobre él al más bajo de los hombres. (Daniel 4:17)

O, como poéticamente lo dijo Salomón:

Como los repartimientos de las aguas, así está el corazón del rey en la mano de Jehová; a todo lo que quiere lo inclina. (Proverbios 21:1)

“Establecido por Dios” y “bendecido por Dios” llegaron a ser cosas distintas para mí. En obediencia a Dios, debo obedecer a las autoridades, pagar los impuestos, y sujetarme a sus leyes siempre y cuando no contradigan las leyes de Dios. Sin embargo, durante todo tengo que reconocer que este reino no es mi hogar. Mi identidad, mi meta y mi agenda deben estar en Cristo y su reino.

Capítulo 12

Mi defensor es Dios



Muy cansado en la base de entrenamiento

Cuando yo era un muchacho de 11 años, estaba en el sexto grado de la escuela y tenía un amigo llamado Ricky Luna. Mi amigo era un tanto descoordinado y torpe, y supongo que no muy “al día” como algunos de los chicos populares de la escuela. A la vez, yo también era alto, descoordinado, y demasiado confiado. Mi escuela, *Grace Harding Elementary*, era típica de una escuela mundana y semiurbana. Entre los alumnos existían los típicos círculos: atletismo, música, vaqueros, clases sociales altas, drogadictos, etc. Estos subgrupos determinaban en gran parte quiénes serían tus amigos y cómo serías tratado por los otros chicos de tu clase.

Ricky y yo nos inscribimos en la banda, y así terminamos rápidamente consignados al subgrupo nada popular de los “frikis de la banda”. El sistema de castas juveniles nos colocó inmediatamente entre los “intocables”, de manera que los tiempos de recreo y el camino a casa se cargaron de burlas e intimidaciones para nosotros.

A Ricky le tocó peor que a mí. Él caminaba con su saxofón, el cabello largo (y nada en onda), una sonrisa amplia que mostraba sus frenillos dentales, hombros caídos y un caminado torpe. Todo esto sumado a un apellido como “Luna” lo convertía en el blanco perfecto de los chicos matones y atormentadores. Pero él era mi amigo.

Una tarde, cuando comenzábamos las maniobras necesarias para llegar a casa ilesos, nos encontramos con uno de los matones principales, Frankie Jones. Frankie comenzó a corear la rima acostumbrada:

—Luna es una tuna. Luna es una tuna.

Yo, según mi caballerosidad estilo Davy Crockett, le exigí que “dejara en paz a Ricky”. Para mi sorpresa, Frankie se echó atrás, y nosotros partimos en paz. Pensé: “¡Increíble! ¡Me teme!” Ricky me agradeció y yo me sentí tan fuerte como el cachorro bulldog que somete a su hermano después de

morderle la oreja. Aquel acontecimiento estableció algo en mi mente: la fuerza se impone. Llegué a comprender que la fuerza, confianza e inteligencia son los elementos necesarios para superar las situaciones difíciles como el matonismo.

Sin embargo, unos meses después, descubrí que estaba equivocado. Salimos de la escuela rumbo a la casa de Ricky. Como a mitad del camino, cerca de unas construcciones, nos encontramos con Frankie Jones. Esta vez, corrió hacia nosotros y le dio un empujón en el hombro a Ricky. Luego comenzó el corito de siempre,

—¡Luna es una tuna! ¡Luna es una tuna! ¡Luna es una tuna!

Esta vez yo estaba preparado. Equipado con la seguridad de la victoria anterior, le exigí a Frankie que se detuviera y dejara en paz a Ricky. Él me retó:

—¿Quién me va a detener?

—¡Yo! —dije, dejando caer mis libros y mi trombón.

Frankie me dio un empujón y me retó de nuevo:

—¿Quieres pelear?

—¡Sí! —Levanté mi puño delgadito. Yo nunca había estado en una pelea como esta antes. Claro, mi hermano mayor me había aporreado muchas veces, pero aun en esas situaciones, siempre teníamos ciertas reservas entendidas para no dejar señales ni derramar sangre. Ambos sabíamos que si uno de los dos resultaba lastimado, la zurra que recibiríamos de Papá más tarde sería peor.

Esta vez, no había protección. De pronto aquel muchacho grande y robusto de once años se movía y se agachaba alrededor de mí, como si fuera Rocky Balboa. Los que observaban dieron el aviso: “¡Pelea!” De la nada apareció una multitud de espectadores, transformando el sitio de construcción y la disputa en un torneo de boxeo al estilo de Las Vegas. La turba se mofaba:

—¡Dale! ¡Vamos, pelea! ¡Haz algo!

Entonces sucedió. Frankie hizo un amago con su brazo izquierdo. Yo levanté mi brazo para bloquearlo. Sin embargo, mientras centraba mi atención en el posible golpe, Frankie ya estaba girando su cuerpo, echando atrás su brazo, y de pronto...

¡Paf!

Con toda su fuerza, Frankie me golpeó bajo el ojo izquierdo con su gran puño derecho. De pronto, todo se oscureció y yo caí al suelo. Cuando recobré el conocimiento, Frankie estaba parado junto a mí, y les decía a sus compañeros:

—Miren, de veras funcionó.

Sonaba como si hubieran estado practicando cierta técnica de boxeo. Entonces miré a los espectadores, y ellos todavía gritaban:

—¡Dale!

—¡Golpéalo otra vez!

—¡Acaba con él!

Comencé a llorar. Frankie miró a la turba y dijo que no me golpearía mientras yo estuviera llorando. Luego se volvió y me retó diciendo algo como:

—¿Suficiente, debilucho?

—Sí —gemí. Frankie me dejó en paz. Los espectadores admiradores de Frankie aplaudían mientras este se alejaba. Ricky y yo casi no hablamos. Fui a su casa por un rato. Luego comencé la caminata de casi cinco kilómetros hasta mi casa. Cuando llegué a casa, la respuesta de mis padres parecía una escena del pintor Norman Rockwell. Mi madre me puso un bistec crudo sobre el ojo y mi padre preguntó curiosamente:

—Pues, dime, ¿cómo quedó el otro?

Era vergonzoso ir a la escuela. Si las burlas ya eran un problema, ahora con mi ojo amoratado me convertí en el blanco de todos. Una vez, cuando estaba bebiendo agua, Frankie

decidió asegurar su jerarquía. Me ordenó que me apartara o “acabaría de renovar mi rostro, haciéndome parecer un mapache”. Desmoralizado, sencillamente me fui. Ahora yo era el derrotado. Entendí que la fuerza y el poder no podían vencer a este enemigo. Todavía no era cristiano, pero algo dentro de mí clamaba a Dios por auxilio. No lo podía hacer por mí mismo, y aunque me parecía ridículo, sabía que realmente necesitaba un defensor omnipotente.

El último día del sexto grado

Era el último día de clases, y no solo eso, era el último día en esta aula. El próximo año, nos pasaríamos a nuevas escuelas de secundaria de acuerdo con el lugar dónde vivíamos. En este día, la escuela hacía una actividad anual, en la que todo el sexto grado caminaba poco más de tres kilómetros hasta el parque.

Unas semanas antes, Ricky me había mostrado un aparato extraño que según él llevaba para defenderse de los perros callejeros. Yo sabía que su preocupación realmente no eran los perros, así que lo reté:

—¿Qué es eso?

—Se llama MACE (un gas lacrimógeno en aerosol, vendido para defensa propia). Lo rocías sobre el perro que te ataca, y ¡hace que sus ojos ardan mucho! El perro huye y no te vuelve a molestar.

—Me parece cruel —dije en desafío.

—No, no causa un daño permanentemente. Solo arde mucho al principio.

Aún no me sentía cómodo con la idea, pero pronto me olvidé del asunto.

De camino al parque

Mientras caminábamos hacia el parque, tuvimos que soportar algunas burlas de parte de Frankie y sus compañeros. Yo empezaba a preguntarme qué nos esperaba en el parque. Las travesuras eran comunes y temíamos que seríamos víctimas de alguna. Por lo tanto, Ricky y yo dejamos nuestras toallas, almuerzos y otras pertenencias en las mesas del jardín, y nos fuimos al extremo del parque a jugar.

Unas horas después, oímos un alboroto cerca de las mesas. Pronto el señor Sharps, nuestro profesor, nos estaba llamando. Su voz acusaba un tono grave. Corrimos para ver cuál era el problema, y lo encontramos con el aerosol de MACE en la mano.

Mirándonos con el ceño fruncido y los labios apretados, preguntó:

—¿Qué es esto?

La voz de Ricky temblaba, y apenas logró responder,

—Es un aerosol de MACE, señor Sharps.

El señor Sharps lo extendió hacia Ricky y preguntó:

—¿Por qué tienes un aerosol de MACE?

—Mi madre quería que yo lo llevara para ahuyentar a los perros callejeros. A veces me atacan de camino a la casa. Pero ¿por qué pregunta? Yo lo tenía guardado; estaba escondido. ¿Qué sucedió?

El rostro del señor Sharps se tornó aun más serio y comenzó a contarnos lo que había pasado.

—Bueno, aparentemente —dijo, haciendo un gesto con la mano—, Frankie estaba jugando con las pertenencias de ustedes. Creo que su intención era hacer alguna travesura. Sea como sea, parece que mientras jugaba con la toalla de Ricky, salió este aerosol. Al inspeccionarlo, miró justo en el agujero y activó el mecanismo de propulsión. Se roció los

ojos. Entonces comenzó a llorar y gritar; ¡sonaba horrible! Por eso lo llevamos al hospital. Va a salir bien, pero sí le ardió mucho.

Ricky y yo estábamos estupefactos. Lentamente me volví para mirarlo; él se volvió hacia mí y luego juntos miramos al señor Sharps. Nos preguntábamos cuán grande sería el problema en que nos habíamos metido. Fue entonces cuando la vi; sí, allí estaba. ¡En el extremo de sus labios fruncidos se asomaba una sonrisa torcida! Luego, con un brillo en los ojos, nos mandó a jugar.

—¡Y no vuelvan a traer esa cosa!

Ahora bien, es obvio que me faltaba mucho que aprender en cuanto a ser pacificador. Todo el conflicto con Frankie se habría evitado si yo hubiera aprendido el camino de Cristo más temprano en la vida. Sin embargo, aquellos incidentes pequeños guardados en mi memoria volvieron para enseñarme una lección. La gente puede hablar de justicia retributiva, justicia poética, o cualquier otro nombre para estos casos en que la justicia se impone por sí sola. Sin embargo, aun en ese entonces, con once años de edad, yo sabía en lo profundo de mi ser que mi liberación no vendría sino de un defensor omnipotente.

Mi defensor

Ahora, en el ejército, cuando comencé a considerar la idea de confiar solo en Dios como mi defensor de una manera práctica y real, este recuerdo llegó a mi mente. Lo repasé mientras leía las enseñanzas del apóstol Pablo a los romanos:

No paguéis a nadie mal por mal; procurad lo bueno delante de todos los hombres. Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres.

No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. (Romanos 12:17-21)

Más tarde, cuando mi esposa y yo visitamos los campos de concentración en Alemania, ya habíamos llegado a muchas de nuestras convicciones a favor de la no resistencia. Sin embargo, estando allí, andando entre las ruinas y mirando el montón de zapatos, los lentes y los montones de bagaje y efectos personales de los judíos muertos., nos sentimos conmovidos. Cuando vimos las fotografías del abuso y la tortura, y luego nos paramos delante de un horno usado para quemar los cuerpos de los judíos que morían en las cámaras de gas, nos alzamos en indignación. Cuando leímos del genocidio de Stalin, las muchas masacres africanas, y aun del daño causado por las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, nos sentimos impulsados a hacer algo.

Nuevas armas

Al considerar el conflicto en un sentido mucho más profundo que mis propias pérdidas o las contiendas de mi niñez, al pensar en estos “Hitler” o “Stalin”, y ahora en este nuevo adversario, Saddam Hussein, entendí que guardar silencio y cruzarme de brazos no era una opción.

En su carta a los efesios, Pablo aclaró muy bien la situación: “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne”. Yo entendía esto claramente. Lo que me impresionaba era que el versículo decía “no tenemos lucha” pero no se quedaba allí. Seguía diciendo que sí tenemos lucha, no en la carne, sino

“contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Efesios 6:12).

Tuve que preguntarme si realmente creía en esas armas y si de veras estaba dispuesto a participar en esa batalla. En otro lugar, escribiendo a los corintios, Pablo hace una distinción entre las batallas del mundo y las batallas en que participan los cristianos:

Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo (2 Corintios 10:3-7).

Esas palabras aún me impactan fuertemente hoy. Pablo deja bien claro que “no militamos según la carne”, y además, que nuestras armas no son las de esta tierra. Sin embargo, tampoco se queda allí. Desafía a los corintios a seguir luchando, aunque de una manera diferente y más poderosa. Dios no desea la cobardía; él quiere que luchemos y batallemos. De nuevo lo digo, son la naturaleza del reino y las armas de nuestra milicia los que han cambiado.

Cautivos verdaderos

Yo me pregunté: “¿Estoy yo, por medio de la espada del Espíritu, derribando argumentos pecaminosos y destructivos? ¿Me estoy apropiando de estas armas espirituales en mi vida, e implementando el escudo de la fe y el yelmo de la salvación en la realidad? ¿De verdad tengo mis pies calzados con

el apresto del evangelio de la paz, y tomo cautivo todo pensamiento?

Los ejércitos del mundo entienden claramente qué son cautivos. A veces, a través de la historia, el rey conquistador entraba en la ciudad que había conquistado con una larga fila de prisioneros encadenados detrás de sí, mostrando a todos quién era el más poderoso. ¿Podía yo mostrarle al Señor una fila de pensamientos malos, lujuriosos y orgullosos tomados cautivos por el poder de su Espíritu? Reflexioné sobre las palabras de Pablo cuando dice que estas armas pueden ser más fuertes que los instrumentos carnales como los buques de guerra y los misiles nucleares.

Yo sentía que no podía sencillamente dejar las armas del mundo y ser pasivo. Necesitaba vestir la armadura de Dios, y armarme con la oración, el ayuno y la predicación del evangelio. Los cristianos primitivos entendían este tipo de batalla. Tertuliano habló acerca del poder dado a la Iglesia por medio de la oración. Él dijo que la oración puede ser utilizada:

Para transformar al débil, restaurar al enfermo, purgar al poseído, abrir las rejas de las prisiones, soltar las ataduras del inocente. De la misma manera, [la oración] lava las faltas, repele las tentaciones, extingue las persecuciones, consuela a los desanimados, alegra a los animados, acompaña al viajero, calma las olas, deja estupefacto al ladrón, alimenta al pobre, gobierna al rico, levanta al caído, sostiene al que está por caer, fortalece al que está de pie.

La oración es el muro de la fe: los brazos y misiles de la fe contra el adversario que nos acecha por todos lados. Y así, nunca andamos desarmados. De día estamos atentos en nuestro puesto, de noche guardamos la vigilia. Bajo la guardia de las armas de la oración guardamos el

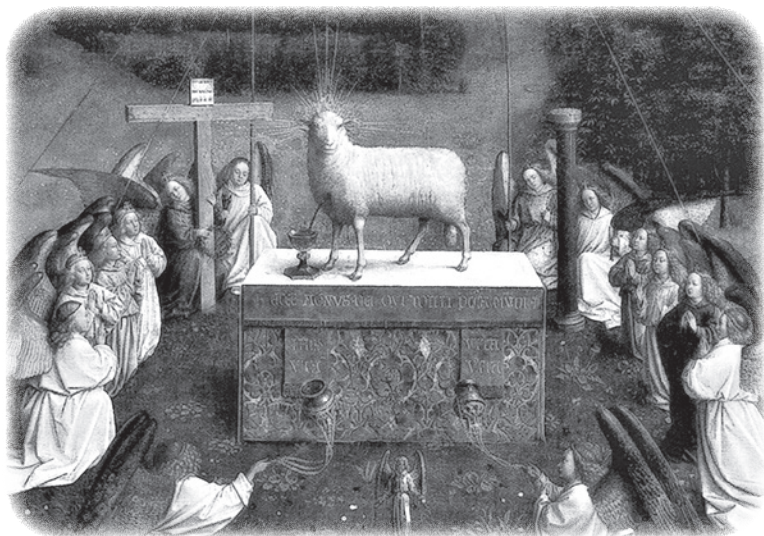
estandarte de nuestro general; esperamos en oración la trompeta del ángel.¹

Ah, ¡cómo se anima mi corazón aún hoy cuando reconozco los recursos que Dios le ha dado a su Iglesia! Dios todavía me está enseñando a utilizar estas armas más y más. No basta con ser no resistente. Debo batallar con las armas poderosas que Dios me ha mandado usar.

1 Tertuliano, *On Prayer*, Ante-Nicene Fathers (En cuanto a la oración, Padres anteniconos) Vol. 3, pp. 690-691. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1986.

Capítulo 13

La teología del martirio



“Solo trata de imaginar que al Modelo lo llaman un ‘cordero’. Eso en sí es un escándalo para la mente natural. ¿Quién quisiera ser un cordero?”

~Soren Kierkegaard

Sin embargo, había más. Aunque la predicación, la oración y el ayuno son armas poderosas y necesarias en la guerra cristiana, comprendí que hay un arma que sobrepasa a todas las demás. Al estudiar la vida de Cristo y el testimonio de los santos, entendí que el arma máxima del cristiano, su formidable instrumento de fuerza, su guarnición más indestructible contra los ataques, y su más fiero arsenal contra todos los enemigos, es la cruz.

La cruz de Jesucristo se alza imponente como un testimonio eterno de la futilidad de la fuerza, los recursos y las buenas ideas del hombre. En su carta a la iglesia en Corinto, advirtiendo a la iglesia acerca de la necedad de los recursos carnales, el apóstol Pablo enseñó que la verdadera manera de vencer no es por medio de la fuerza, sino por medio del poder de entregar nuestra vida, aun hasta la muerte. Él escribió: “Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios. Pues está escrito: *Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé el entendimiento de los entendidos.* [énfasis mío] ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?” (1 Corintios 1:18-20)

Ovejas en medio de lobos

En el evangelio de Mateo, cuando Jesús estaba por enviar a su primer grupo de misioneros, les dio una descripción gráfica de lo que experimentarían en el futuro. Desde un punto de vista terrenal, parecía bastante desalentador. Les dijo: “He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos” (Mateo 10:16). Ahora, solo imaginemos esta escena por un momento. Una oveja, con su lana suave y blanca, parada allí, indefensa; rodeada por una manada de lobos hambrientos que

gruñen y muestran sus colmillos. No es una imagen que imparta valentía y confianza. Sin embargo, esta es exactamente la imagen que Jesús escogió para que los discípulos se hicieran un cuadro preciso de su condición.

En el Sermón del Monte, el Señor resume su descripción de los “bienaventurados” con “Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros” (Mateo 5:11-12).

Los cristianos primitivos entendieron este principio. Tertuliano escribió en el año 190 d.C.:

El Señor los salvará en aquel día (a su pueblo) como a ovejas (...) Nadie llama “ovejas” a aquellos que caen en la batalla con armas en sus manos, o aquellos que mueren repeliendo la violencia con la violencia. Más bien, son ovejas los que mueren mientras se entregan a sí mismos en el cumplimiento de su deber, con paciencia, en lugar de pelear en defensa propia.¹

¿Podéis beber del vaso que yo he de beber?

Cuando Jacobo y Juan pidieron sentarse uno a la derecha y el otro a la izquierda de Cristo en su reino, Jesús se volvió a ellos, y reflexionando sobre su crucifixión cercana, los retó:

—No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo he de beber, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?

Ambos contestaron con confianza:

1 Tertuliano, *Against Marcion*, Ante-Nicene Fathers (Contra Marción, Padres antenicanos) Vol. 3, p. 415. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1986.

—Podemos.

El Señor los miró, alcanzando a ver hasta su alma y su futuro, y dijo:

—A la verdad, de mi vaso beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados (Mateo 20:22-23).

Las Escrituras nos cuentan que Jacobo fue decapitado en Roma y Juan fue exiliado en la isla desierta de Patmos. Como Jesús había predicho, de verdad experimentaron el bautismo de su cruz. Más bien, la vida posterior de todos los apóstoles no sería más que un desastre a los ojos del mundo. Pero Cristo los llamó “bienaventurados”. Notemos una lista pequeña de los fieles “bienaventurados”:

Jacobo: decapitado; Felipe: crucificado; Mateo: muerto a espada; Jacobo, hijo de Alfeo: apedreado; Matías: apedreado y luego decapitado; Andrés: crucificado en una cruz en forma de X; Pedro: crucificado en una cruz invertida; Pablo: decapitado por órdenes de Nerón, en Roma; Judas: crucificado; Bartolomé: muerto a garrotazos; Tomás: alanceado; Simón el Zelote: crucificado; Juan: exiliado a Patmos.

Tal vez sufrieron muertes horribles, pero para Dios fueron ejemplos radiantes de fidelidad. Posiblemente la mayor herramienta del enemigo sea el temor a la muerte. En nuestra vida nos esforzamos tanto por evitar el sufrimiento y la muerte. En contraste, Jesús nos dijo que debemos tomar nuestra cruz cada día, y seguirle (Lucas 9:23). Cuando el apóstol Pedro aconsejó al Señor que no fuera a Jerusalén porque probablemente sufriría y moriría allí, Jesús lo reprendió duramente:

Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres. Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en

pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará (Mateo 16:23-25).

Para nuestro entendimiento humano es extraño, pero Jesús nos dice que una comprensión de esta vida crucificada nos fortalecerá y hasta nos animará. En el aposento alto, horas antes de su crucifixión, Jesús les dice a sus discípulos:

Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo. Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios. Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí. Mas os he dicho estas cosas, para que cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho (...) Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo (Juan 16:1-4, 33).

¿Cómo puedo yo “confiar” (tener ánimo o valor) al enfrentar el sufrimiento y la muerte? Parece ridículo. Sin embargo, aun en mi vida, puedo testificar que vez tras vez he tenido que morir más a mí mismo. Cada vez que pasé por una situación así, sufrí dolor. Pero después, al otro lado, siempre experimenté más de Cristo de una manera más profunda y más íntima.

Muerte, aun en las cosas pequeñas

Uno de esos momentos decisivos aconteció hace unos años. En esos días, el hermano Denny Kenaston nos había llamado a varios hermanos a unirnos en un rato desafiante de oración, temprano en las mañanas. Nos reuníamos tres

veces por semana, en la madrugada, varias horas antes de comenzar nuestro día de trabajo. Con el tiempo, comencé a desgastarme físicamente. Sentí claramente que Dios quería que orara, así que comencé a buscar razones fisiológicas para probar que, *de alguna forma*, tanto desvelo era bueno para mi cuerpo. Hasta comencé a investigar cuanto sueño realmente se necesita. Continué analizándolo de diferentes puntos de vista, tratando de convencerme de que la pérdida de sueño que el Señor me pedía realmente era saludable. Finalmente una mañana, el hermano Marcos Brubaker dijo muy casualmente:

—¿Saben? Probablemente todos vamos a morir más jóvenes debido a estos tiempos de oración.

Por extraño que parezca, esa declaración me libró completamente. Me sentí libre para morir a mí mismo y vivir el llamado de Jesús en mi vida. Ahora, no me malentiendan. Creo en un estilo de vida saludable, dormir lo suficiente, y cuidar bien nuestro cuerpo. Sencillamente estoy diciendo que, a veces, Dios nos llama a cosas que realmente no son saludables: ¡el martirio, en particular, sería una de ellas!

¡El morir es ganancia!

El apóstol Pablo vivía su vida en la cruz. Su lema era “para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia” (Filipenses 1:21). Cuando enseñaba a las iglesias bajo su cargo, esperaba que éstas siguieran su ejemplo de amor, paciencia, y aun sufrimiento. Por lo tanto, escribió a Timoteo:

Pero tú has seguido mi doctrina, conducta, propósito, fe, longanimidad, amor, paciencia, persecuciones, padecimientos, como los que me sobrevinieron en Antioquía, en Iconio, en Listra; persecuciones que he sufrido, y de

todas me ha librado el Señor. Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución (2 Timoteo 3:10-12).

La conclusión es que los cristianos primitivos no le temían a la muerte. Morir significaba estar con el Señor. Por eso, para ellos era impensable comprometer las enseñanzas de Cristo ni aun para salvar su vida. En ese tiempo, los emperadores se jactaban de sus matanzas de cristianos. Los cristianos respondieron palabras extraordinarias: “¡La sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos!” Cuantos más cristianos morían, más crecían.

Hoy, cuando los escépticos nos retan y hacen un sinfín de preguntas como “¿Qué tal si...?”, la cruz es la respuesta para todas ellas:

- ¿Qué tal si Hitler nunca hubiera sido detenido?
- ¿Qué tal si aparece otro Hitler?
- ¿Qué tal si el extremismo islámico se sale de control?
- ¿Qué tal si el comunismo hubiera logrado sus metas?
- ¿Qué tal si otro te golpea a ti primero?
- ¿Qué tal si alguien mata a tu abuela?
- ¿Qué tal si alguien ataca a tu familia?
- ¿Qué tal si alguien patea a tu perro?
- ¿Qué tal si te matan cuando estás sirviendo como misionero?
- ¿Qué tal si te muerde una serpiente?
- ¿Qué tal si pierdes tu empleo?
- ¿Qué tal si tu familia te rechaza?

¿A dónde llevan estas preguntas? Obviamente, la única meta de las preguntas como estas es la preservación de esta vida presente y el intento de salvaguardar nuestra “felicidad”. Lamentablemente, estas preguntas no tienen otro propósito que evitar la cruz. Sin embargo, una vez que aceptamos la

cruz, ¡de pronto el mundo no tiene nada con que atacarnos!
¡La cruz es el arma nuclear del cristiano!

El arma nuclear del cristiano

En ningún lugar hallamos esta arma nuclear cristiana descrita de manera más enfática que en el capítulo 8 de la carta de Pablo a los romanos. Este capítulo resume la “teología del martirio”. Haz una pausa y piensa en cualquier “¿qué tal si...?” que pudiera surgir. Ahora, con nueva perspicacia, vuelve a leer estas palabras de Romanos. Yo aún recuerdo la primera vez que leí este capítulo de esta forma. ¡Fue liberador! Comenzando con el versículo 35:

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: *Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero.*

Ahora, vuelve a leer la última oración: “Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero”.

¿Puedes creer que él dijera eso? Léelo una vez más, y esta vez trata de visualizar las ovejas en el matadero:

Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero.

Muy bien, sigue leyendo: “Antes, en todas estas cosas”. ¿Cuáles cosas? Recuerda, ¡él dijo cosas como hambre, desnudez, peligro, espada y matadero!

Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni

lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro (Romanos 8:35-39).

Esa es la “teología del martirio”. ¿Hay algo que él no haya mencionado? Yo diría que habló de casi todo. Pablo lleva la no resistencia bíblica más allá de la no participación en la guerra; la lleva hasta abarcar casi todo aspecto de nuestra vida. El mundo constantemente me dice que debo hacerlo todo para buscar la salud y felicidad. Jesús dijo: “De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto” (Juan 12:24).

Mi carne me dice que debo hacer todo para mimarme y preservarme. En contraste, el apóstol Pablo, que entendió que el poder de la resurrección existe juntamente con la cruz, quería “conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte” (Filipenses 3:10).

Procesos legales

Aun en las cosas cotidianas, mi carne me miente y me dice que Dios no querría que se aprovechen de mí, o que me consideren débil. A veces, es fácil tener una actitud no resistente en cuanto a la guerra, pero actuar como el mundo cuando se trata de negocios y ofensas personales. Sin embargo, Pablo aplica la cruz a mi vida personal de la misma forma que lo hace a la guerra. Con referencia específica a ofensas personales y procesos legales, dijo: “Así que, por cierto es ya una falta en vosotros que tengáis pleitos entre vosotros mismos. ¿Por qué no sufrís más bien el agravio? ¿Por qué no sufrís más bien el ser defraudados?” (1 Corintios 6:7).

Más y más reconozco que cuando muero a mí mismo, se manifiesta más de Cristo y menos de mí. Además, cuando sufro por él, halló que no estoy solo. Al contrario, estoy permitiendo que la vida de Jesús se manifieste en mí. Estar muerto a mí mismo y vivo para el Señor es permitir que sus sufrimientos se cumplan en mi vida. Como Pablo dijo a los romanos: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (Romanos 12:1).

El poder del perdón

Entre los años 1948 y 1994, en la República de Sudáfrica se practicaba legalmente la discriminación racial. Los afrikaans llamaban a este sistema de segregación “apartheid”. Durante este tiempo, se cometieron horribles actos de violencia y crueldad, basados en nada más que el color de la piel de la persona. Después del año 1994, cuando acabó el apartheid, se estableció un nuevo gobierno bajo Nelson Mandela. Poco después, Mandela estableció una comisión investigadora llamada la “Comisión de verdad y reconciliación”, que investigaría estos actos de violencia racial y violaciones de los derechos humanos. Muchos de los que habían sido oficiales del gobierno y del ejército fueron enjuiciados y castigados. John D. Roth, en su libro *Choosing Against War* (La elección en contra de la guerra), dice:

En una reunión poco después de iniciar sus labores, la comisión se reunió para pronunciar un veredicto sobre un caso muy difícil, que involucraba a una anciana sudafricana. En la audiencia, un grupo de policías blancos, liderados por un señor Van de Broek, admitió su respon-

sabilidad personal en la muerte del hijo de la anciana, de 18 años. Reconocieron que le habían disparado a quemarropa, quemado su cuerpo, y luego festejado alrededor de las llamas hasta que el cuerpo había sido reducido a poco más que ceniza.

Ocho años más tarde, Van de Broek y sus compañeros intervinieron en la vida de esta mujer, esta vez llevándose a su esposo. Luego, poco tiempo después, Van de Broek llegó a su puerta una vez más. Levantándola de su cama tarde en la noche, la llevó a un lugar aislado junto a un río, donde su esposo estaba atado a un montón de leña. Mientras ella observaba, los oficiales lo rociaron con gasolina y le prendieron fuego. La última palabra que él le habló, de en medio de las llamas, fue: “Perdónalos”.

Al fin había llegado la hora para que se hiciera justicia. Los involucrados habían confesado su culpa, y la comisión le dio la oportunidad a la mujer para que diera una declaración final acerca de su deseo de un castigo apropiado.

—Quiero tres cosas —dijo ella con calma—. Quiero que el señor Van de Broek me lleve al lugar donde quemaron el cuerpo de mi esposo. Quiero recoger el polvo y darle sepultura digna. Segundo, el señor Van de Broek me quitó a toda mi familia, así que aún tengo mucho amor para compartir. Quiero que él venga al gueto dos veces al mes a pasar el día conmigo para que yo pueda ser una madre para él. Tercero, quiero que él sepa que Dios lo perdona, y que yo también lo perdono. Además, me gustaría que alguien venga y me lleve de la mano a donde está el señor Van de Broek para que pueda abrazarlo y él pueda saber que mi perdón es real.

Se reporta que mientras la mujer cruzaba la sala silenciosa, el señor Van de Broek se desmayó, doblegado por la emoción. Luego se rompió el silencio cuando alguien comenzó

a cantar “Sublime gracia del Señor”. Otros pronto unieron sus voces al canto del himno conocido hasta que, finalmente, todos los presentes estaban cantando.²

¡Qué testimonio de amor! Todo lo que esta mujer amaba le había sido arrebatado brutalmente. A pesar de eso, de alguna manera, había logrado morir a sus pérdidas, su dolor, sus lamentos y sus derechos. Y también había logrado extender sus manos y abrazar al mismo hombre que le había causado tanto dolor. ¿Cómo?

Había algo más real en la vida de esta mujer que la vida misma, más verdadero que las circunstancias temporales, y más significativo que cualquier recompensa terrenal. Ella había muerto a sí misma hacía años, y ahora vivía en Cristo; ¡nadie le podía quitar eso!

Gelassenheit

En el año 1527, poco después del inicio de la Reforma radical, tanto católicos como protestantes se apresuraron a promulgar leyes contra los anabaptistas. Unos sesenta de estos reformadores anabaptistas radicales se reunieron en Augsburgo, Alemania, para dialogar sobre las misiones, la teología, y el establecimiento de iglesias. Más tarde, los historiadores llamaron a esta reunión “El sínodo de los mártires”, porque dentro de pocos años, casi todos los presentes en dicha reunión habían sufrido el martirio.

Inmediatamente después de la reunión, por todas partes se promulgaron leyes estableciendo que estos nuevos radicales debían morir. La más cruel de estas leyes fue una decisión de la Liga de Suabia que se promulgó en Augsburgo, autorizando a una banda de 400 jinetes armados a cazar a

2 John D. Roth, *Choosing Against War: A Christian View* (Elegir en contra de la guerra). Intercourse, Pennsylvania, Good Books, 2002, p. 62-63.

los anabaptistas y llevarlos a la comandancia. Todos los que rehusaban retractarse eran quemados en la hoguera sin derecho a juicio. Los que se retractaban eran decapitados. Las mujeres morían ahogadas. Un testigo ocular de estos acontecimientos dijo:

—Es una miseria tan grande que toda la ciudad de Augsburgo está entristecida. Todos los días decapitan a varios, a veces cuatro o seis, otras veces, diez.³

Uno de los hombres que asistió al sínodo de los mártires, anticipando su martirio casi seguro, habló de su dilema con una resolución casi anormal, diciendo que sus vidas estaban listas para ser ofrecidas a Dios como comida entregada al agricultor. Él dijo que entre los animales, los más bajos existían para beneficio de los más avanzados; que muchos animales y plantas cumplen su destino por medio de morir y ser consumidos por los humanos. De manera similar, los humanos cumplen su destino por medio de la crucifixión. Él dijo que estas experiencias nos limpian y preparan para la comunión con Dios, especialmente al compartir la crucifixión de su Hijo.⁴

Estas palabras resultaron apropiadas para todos los presentes, pues cinco años más tarde, tan solo dos de los 60 hombres presentes en la reunión seguían con vida. Hoy, el término alemán que se ha utilizado a través de los años para describir esta humildad y el rendimiento total a la voluntad de Dios es “Gelassenheit”. Es la “teología del martirio”. Creo que sin Gelassenheit la no resistencia bíblica no tiene sentido.

3 La Enciclopedia Global Anabaptista Menonita, <http://www.gameo.org/>.

4 Tomado de Thomas Finger, *A Contemporary Anabaptist Theology* (Una teología anabaptista contemporánea) [Hans Hut, *Gospel of All Creatures* (Evangelio para todas las criaturas)]. Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press, 2004, p.117.

El martirio de seres queridos

Cuando abrazamos de lleno el gozo de la cruz podemos aceptar la voluntad de Dios, aun para nuestros seres queridos. Como se mencionó en el capítulo anterior, lo mejor que podemos hacer por nuestras familias es ponerlas en las manos de Jesucristo.

En la historia de la esposa de John Welsh, hallamos un caso de confianza en Dios en circunstancias que podían significar la muerte de un ser querido. Cuando el rey de Inglaterra lo exilió a Francia, John rápidamente aprendió francés y comenzó a predicar a la iglesia perseguida allí. Más adelante, cuando su salud comenzó a flaquear, su esposa le rogó al rey Jacobo que le permitiera regresar a Inglaterra, pues John estaba muriendo debido a las condiciones en Francia. El rey dijo que John podría volver si se sometía a los obispos ingleses. Después de ser retada a transigir de esta manera, la señora de John sencillamente levantó su delantal y respondió:

—¡Preferiría que le corten la cabeza y la pongan en mi delantal antes que verle traicionar la verdad!⁵

Ella amaba a su esposo, pero amaba aun más las recompensas que él recibiría de Cristo. ¡Ella sabía que para él era de más valor permanecer fiel hasta el fin!

La teología del martirio en el cielo

En el libro de Apocalipsis, capítulo cinco, el apóstol Juan describe una escena en el cielo que sobrepasa tanto los valores, actitudes, lógica y metas de este mundo presente que solo un texto inspirado puede aun intentar describirlo. En esta escena, Dios, alto y sublime, estaba sentado en su trono.

5 Maurice Roberts, "John Welsh of Ayre," <http://www.puritansermons.com/banner/banner.htm> The Banner of Truth Magazine (Revista "La bandera de la verdad"), No. 174, marzo, 1978.

En su mano tenía un gran libro, sellado con siete sellos muy fuertes. Con deseo de revelar el contenido del libro, un ángel fuerte clamó:

—¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?

Mientras esta pregunta resonaba por el cielo, ¡se descubrió que ningún hombre, ni en el cielo ni en la tierra, era digno de abrirlo!

Juan se conmovió por esta escena. Nos dice que comenzó a llorar, y que lloró mucho. Pero, mientras lloraba, un ángel se le acercó y le dijo que se detuviera, pues finalmente habían hallado a alguien digno de abrir los sellos. Esta persona fue descrita a Juan como un león:

“El León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos”.

Yo me preguntaba qué ha de haber pensado Juan en ese momento. Tal vez se preguntaba quién podría ser tan santo y poderoso como para abrir los sellos. Tal vez pensaba: “¡Claro, un león de la raíz de David, eso sí suena poderoso!” Sin embargo, cuando Juan alzó la mirada anticipando ver a ese león fuerte y poderoso, sus ojos miraron a un cordero inmolado.

Y miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra. Y vino, y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono (Apocalipsis 5:6-7).

Juan vio que este cordero inmolado osadamente tomó el libro y lo abrió. Después, describe una escena en que millones de personas, reunidas de todos los países de la tierra, alaban y adoran al cordero inmolado, cantándole un “cántico nuevo”:

Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra (Apocalipsis 5:9-10).

Yo pensé: “¡Yo quiero adorar a ese cordero inmolado y estar en su reino!” ¡Anhelo cantar ese “cántico nuevo” con ellos!

Capítulo 14

Cristo o doctrina



Día de la audiencia en la corte

El obstáculo más intimidante de todo el proceso para lograr la baja por motivos de conciencia fue la audiencia final. Era la culminación de todas las entrevistas, los escritos, visitas del capellán, entrevistas con la psicóloga, y todo lo demás. En ciertos sentidos, temíamos la llegada de esa audiencia, pues sabíamos que nuestra solicitud sería aceptada o rechazada dependiendo, en gran parte, de esa audiencia. Cada uno de nosotros tendría que entrar individualmente y enfrentar el juicio solo.

Unos pocos días antes de la audiencia, el Comité Central Menonita nos envió por correo un librito que nos ayudaba a prepararnos para responder a las preguntas que comúnmente se hacían en tales audiencias. Cuando entendí qué era, comencé a abrirlo y mirar algunas de las respuestas. Sin embargo, de pronto sentí indudablemente que debía guardarlo. Entonces recordé una promesa poderosa que Jesús había dado para estas situaciones: “Cuando os trajeren a las sinagogas, y ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis por cómo o qué habréis de responder, o qué habréis de decir; porque el Espíritu Santo os enseñará en la misma hora lo que debáis decir” (Lucas 12:11-12). Tomé esa promesa, cerré el libro, y confié en que el Espíritu Santo me daría las respuestas que necesitaría.

El tribunal

Unos días después, parado ante los “magistrados y las autoridades”, pude actuar sobre esta promesa. Había una mesa larga con otra pequeña colocada al final, formando una “T”. El “juez” era un joven capitán del departamento de justicia. Él se sentó a la cabecera de la mesa, con un montón de papeles, una computadora portátil y unos libros. Uno de los puntos cruciales para él era mi solicitud de despido por ser objetor

de conciencia. Sentado frente a mí en la mesa estaba Andre Stoner, un consejero enviado a Alemania por el Comité Central Menonita para ayudar a los soldados en este proceso. Era un gran consuelo contar con él allí.

Todo comenzó como de costumbre. Me puse de pie y saludé en posición de atención. Luego el juez me dijo que tomara asiento. Entonces comenzó a hacerme toda pregunta posible en cuanto a la guerra y la no resistencia. Me preguntó acerca de mi conversión, y cómo me sentía en cuanto a otras guerras. ¿Qué de Hitler, Saddam Hussein y los comunistas? Me preguntó acerca de ocasiones en que los EE.UU. había intervenido en Centroamérica. Aun me preguntó si poseía un arma de fuego, y cómo me sentía en cuanto a la cacería. Cada vez antes de contestar la pregunta yo hacía una pequeña oración y confiaba en que el Espíritu Santo me daría la respuesta. Me esforcé por no darle respuestas “recicladas”, sino más bien, utilizar una escritura cuando se presentaba la oportunidad.

Recuerdo que me preguntó acerca del hostigamiento que recibía de parte de mis compañeros. Quería saber si lo “disfrutaba”. Supongo que quería saber si andaba buscando problemas. Le dije que mi carne no lo disfrutaba, pero que sí lo consideraba un privilegio. Abrí la Biblia a Mateo 5:10-12 y leí:

Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.

Luego agregué:

—Así me siento.

El juez fue respetuoso, casi amable, y pude notar que conocía algo de la Biblia. A veces me parecía que realmente estaba buscando respuestas a sus preguntas.

Tania y la otra pareja que pasaron todo esto con nosotros, Rick y Dawn Shirley, sufrieron experiencias igualmente difíciles que yo. Cuando concluyó, nos sentíamos sumamente aliviados. No lo sabíamos en ese momento, pero pasarían ocho meses desde que presentamos nuestra solicitud hasta que recibimos la respuesta.

Hora de estudiar

Inicialmente, después de comenzar el proceso, el ejército siempre nos pedía que tocáramos nuestros instrumentos y cantáramos en la banda. Todo esto terminó un día cuando le dije al comandante que me sentía un tanto hipócrita cantando “*God Bless the USA*” (Dios bendiga a los EE.UU.), dado que había una frase que decía “con gozo me pararía junto a ellos y los defendería aún hoy”. Eso no le gustó mucho.

Durante el resto de nuestro tiempo en el ejército, hasta que recibimos los resultados desde el Pentágono, fuimos enviados de aquí para allá. Nos pusieron a hacer una variedad extraña de trabajos. Hacíamos de todo, desde servir de bibliotecarios de música hasta pintar escusados. También pintamos barandas antiguas que estaban tan oxidadas que caían en pedazos con cada pasada de la brocha. Supongo que el trabajo más interesante fue trabajar como reporteros para el diario de la base.

Esos ocho meses nos proveyeron mucho tiempo para crecer en Dios y explorar su voluntad para nuestra vida. Leímos muchos libros, oramos y estudiamos la Biblia. Con el tiempo también nos encontramos con varios grupos de cris-

tianos comprometidos, poco convencionales, y a veces, un tanto raros. Naturalmente, nuestro enfoque en la no resistencia nos atrajo a muchas personas y grupos, previamente desconocidos, que sostenían convicciones similares. De muchas maneras, esto fue una bendición, pero también fue un gran desafío. Y a veces, una gran desilusión. Me hallé en un mundo de personas que decían muchas de las mismas cosas que yo decía, pero muchas veces les daban totalmente otro significado.

Budistas, bautistas y aficionados de U2

Una de esas instancias fue la ocasión en que Tania y yo invitamos a todos los soldados que estaban en el proceso de abandonar el ejército por motivos de conciencia. Los invitamos a nuestro apartamento en Hochspeyer, Alemania. Esto fue muy revelador para mí. Supongo que mi impresión era que cualquiera que hubiera desarrollado convicciones no resistentes obviamente sería un cristiano radical y comprometido. Pero estaba equivocado.

Durante la reunión, les pedí a los presentes que compartieran sus “testimonios”. Uno dijo que las palabras de un canto del grupo U2 lo convencieron de ser pacifista. ¡Otro dijo que estaba intentando ser bautista y budista a la vez! (¡Aún no he podido entender esa razón!) Otros tantos lo estaban haciendo sencillamente por razones humanitarias. Había unos cuantos civiles en la reunión también. Podíamos conversar acerca de la guerra y la paz, pero francamente, no parecía que nadie quisiera hablar de Jesús.

Poco después, Tania y yo fuimos invitados a una protesta en contra de las bombas nucleares en las afueras de una base militar. Actuando en contra de lo que me dictaba la conciencia, fuimos, y nos paramos junto a “personas de paz” que gri-

taban: “¡No más armas nucleares! ¡No más armas nucleares!” Yo trataba de hallarme a mí mismo, o al menos, hallar a “mi gente”, pero me estaba costando mucho. Por alguna razón, las actitudes en la protesta no me parecían las de los santos que menciona *El espejo de los mártires*, o los mártires de la iglesia primitiva. Me parecía que muchas de estas personas conocían su causa, pero había que preguntarse si conocían a Cristo.

Éste fue un tiempo difícil para mí. Reconozco que éramos muy idealistas. Habíamos leído acerca de los santos y mártires a través de la historia, e hicimos un esfuerzo serio para encontrarlos hoy día. Visitamos un pequeño grupo de personas que vivía en un mismo edificio de apartamentos. Estaban decididos a vivir en comunidad y eso nos impresionó. Sin embargo, cuando los visitamos, parecía que faltaba algo entre ellos.

Un viaje a una universidad anabaptista

Permítanme adelantarme un poco. Una de nuestras visitas más difíciles sucedió cuando ya habíamos salido del ejército. Tuvimos la oportunidad de visitar una universidad que decía basarse en los principios y la teología anabaptista. Para nosotros, ¡la idea misma de visitar una universidad anabaptista parecía una utopía! Yo dije para mí: “¡Increíble, una universidad entera de jóvenes anabaptistas, todos esforzándose por una relación radical con Jesucristo!”

Viajamos a esta universidad con altas expectativas puesto que nos habían invitado a matricularnos allí. Íbamos preparados para dar nuestro testimonio y aprender más acerca del complejo educativo. Apenas empezaba el año lectivo. ¡Estábamos tan emocionados! ¡No podíamos esperar para conocer a esas personas de las que antes solo habíamos leído!

No soy un activista de la paz

Nos bajamos del avión con una idea sumamente utópica de los anabaptistas. Definitivamente, necesitábamos volver a la realidad. Todavía tendríamos que aprender muchas lecciones difíciles.

Después de todo esto, nos sorprendió mucho lo que hallamos. Nuestra primera parada fue el “Club de Paz”. “Ese sería el lugar perfecto para empezar”, pensé. Aquella era su primera reunión del semestre, por lo que estaban haciendo todo tipo de planes para el año venidero. Al principio, permanecimos sentados a un lado, mientras los jóvenes dialogaban en cuanto a sus planes para el año. A medida que escuchaba, mi desilusión fue creciendo. Algunas de las actividades que mencionaban eran alarmantes. La conversación era muy política: centrada en protestas, sarcasmos, y posturas generales de oposición al gobierno.

Una conversación en cuanto al homosexualismo surgió sorprendentemente. El club de paz empezó a hacer planes para establecer una relación más cercana y de más apoyo con la sociedad gay y lesbiana de la universidad secular de la misma ciudad. Al dialogar el asunto de la homosexualidad, no hablaron nada de la necesidad de ayudar a estas personas a llegar al arrepentimiento. Más bien, excusaban su pecado y decían que debemos mirarlos como un “grupo minoritario perseguido”.

Cerca del final del diálogo, alguien sugirió que organizaran en el campus un debate sobre el aborto inducido. A todos les pareció una buena idea hasta que otro joven les recordó que el exponente en contra del aborto se había graduado el año anterior. Es decir, ¡no contaban con un exponente en contra del aborto!

Después de todos estos diálogos, el líder me miró y me preguntó si tenía preguntas. Hice una pausa y pensé por un momento. Luego dije:

—Solo tengo una pregunta, y quisiera que cada uno responda individualmente.

—Está bien; como quieras.

—Este es un club de paz, ¿verdad? —dije.

—Correcto.

—Quisiera que cada uno me diga sencillamente por qué cree en la “paz”.

Uno a uno me fueron contestando. Para algunos, tenía que ver con la opresión de los pobres. Otros creían en la paz porque la guerra causa mucho daño. Para otros, lo importante era proteger el medio ambiente o considerar a los hambrientos. Por fin, justo al final, un estudiante de primer año, de aspecto muy joven y cabello rojo, dijo:

—Es por las palabras de Jesús.

Yo detuve la conversación y dije:

—¡Eso es! Eso es lo que yo quería oír.

Continué explicando:

—Yo no soy un activista en favor de la paz; sencillamente soy cristiano. La no resistencia es *parte* del cristianismo, pero no lo es todo. Hay muchas otras enseñanzas bellas en la Biblia.

Les aseguré que la no resistencia era muy importante para nosotros, y que obviamente lo sentíamos intensamente. Sin embargo, nuestro enfoque, nuestra atención, nuestra pasión motivadora era Cristo.

Tania y yo compartimos nuestro testimonio con varias clases y varios grupos. Algunos se emocionaron bastante. Otros parecían un tanto preocupados. En resumen, salimos de allí con nuestro futuro en veremos y desanimados por la realidad que habíamos visto.

El enfoque desequilibrado

Fieles a las tradiciones anabaptistas, el pacifismo era una doctrina importante para los estudiantes de esta universidad. Sin embargo, parecía que en algún momento, la doctrina de la no resistencia se había alejado mucho de su fuente bíblica. El enfoque y pasión motivadora detrás de la doctrina ya no eran las palabras de las Escrituras. El pacifismo prácticamente había llegado a ser un fin en sí.

Luego, cuando desafié a uno de ellos que defendía la práctica del homosexualismo, me argumentó que los homosexuales nacen con esa tendencia, de modo que simplemente nos toca aceptar su estilo de vida y pasar por alto su pecado. Le respondí que yo también había nacido con muchas tendencias pecaminosas. Por ejemplo, el deseo natural de defenderme a mí mismo y odiar a mis enemigos estaba profundamente arraigado en mi ser. Sin embargo, al verme confrontado por las Escrituras, tuve que arrepentirme de esos deseos. Si hubiera justificado mi conducta pecaminosa llamándola un “deseo innato” todavía estaría en el ejército. Por supuesto, la fobia contra los homosexuales y la conducta acosadora no son la solución. ¡De ninguna manera! Somos llamados a amar a todos, a los homosexuales incluidos.

El concepto equilibrado

Algunas de las cosas que Jesús hacía y enseñaba eran difíciles. El apóstol Juan relata una ocasión en que una turba enojada de escribas y fariseos interrumpieron a Jesús cuando enseñaba en el templo (Juan 8:1-12).

Los fariseos lo desafiaron, diciéndole: “Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo de adulterio. Y en

la ley nos mandó Moisés apedrear a tales mujeres. Tú, pues, ¿qué dices?”

Es notable que Jesús no les contestó inmediatamente. Sencillamente inclinó el rostro hacia el suelo y comenzó a escribir en el polvo. Pero la turba enardecida no se daba por vencida.

Y como insistieran en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella. E inclinándose de nuevo hacia el suelo, siguió escribiendo en tierra.

Evidentemente las palabras de Jesús llegaron hasta el corazón porque Juan nos dice: “Pero ellos, al oír esto, acusados por su conciencia, salían uno a uno, comenzando desde los más viejos hasta los postreros; y quedó solo Jesús, y la mujer que estaba en medio”.

Decir esto debe haber sido difícil. Reprender a una turba enojada nunca es fácil, pero era necesario. Luego, en un momento cargado de tensión, Jesús proclamó su amor y perdón a la mujer asustada.

“Enderezándose Jesús, y no viendo a nadie sino a la mujer, le dijo: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? Ella dijo: Ninguno, Señor. Entonces Jesús le dijo: Ni yo te condeno.”

Me encanta esta escena. Me parece que este relato nos enseña mucho acerca la actitud que debemos tener tanto para con los hipócritas como los pecadores.

Pero el relato aún no termina

Muchas veces, cuando se cuenta esta historia, se deja el relato inconcluso. Hacer eso es presentar un cuadro equivocado de lo que Jesús realmente hizo. No fue sino hasta después de

ahuyentar a los acusadores, demostrar su compasión, y pronunciar sus palabras de perdón a la mujer que Jesús presentó su punto culminante.

Jesús le encargó a la mujer un nuevo estilo de vida, diciendo: “Vete, y no peques más.”

Lo más impactante del poder del Evangelio no es solo el perdón de pecados, sino el poder que Jesús nos da para vivir una vida nueva. Luego Jesús utiliza este acontecimiento para enseñar una lección práctica. Leemos que Jesús se vuelve a sus discípulos y les dice: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Juan 8:12).

Luchar con los fariseos debe haber sido difícil. Pero me he preguntado qué sería más difícil, reprender a los fariseos por su intolerancia o hablarle amorosamente a la pecadora acerca de su pecado. El Señor hizo ambas cosas con equilibrio.

Jesús era muy compasivo. A la vez, fue intransigente con el pecado. Reconozco que eso es difícil. Sería mucho más fácil aceptar solamente una parte del mensaje de Jesús. Para aceptarlo todo se requiere mucha gracia de Dios. A fin de cuentas, sentí que es en este punto donde muchos pacifistas pierden su enfoque.

Aclaración

Quiero aclarar que también nos encontramos con muchos cristianos dedicados en esa universidad. Fue una bendición ver que muchos, tanto personal como estudiantes, vivían una vida notablemente sencilla. La hospitalidad que nos mostraron nos animó grandemente.

Sencillamente, lo que este club pacifista puso de manifiesto es la facilidad con que el tema de la guerra puede ocu-

par todo nuestro enfoque y hasta llevarnos a descartar otras enseñanzas de Jesús. Tania y yo creíamos fervorosamente en la no resistencia bíblica, pero sabíamos que nuestro anhelo era *Cristo* y no una *doctrina*.

En búsqueda de cristianos del reino

Durante los ocho meses mientras esperábamos los resultados de nuestra solicitud de despido, nos encontramos con algunas personas que compartían nuestras convicciones. Una vez, al ver que mi esposa y yo orábamos antes de comer en el comedor, un cristiano joven se acercó para hablarnos. Nos invitó a su grupito de comunión. Fue una gran bendición, y por medio de ellos ampliamos nuestra comprensión y fuimos desafiados en muchas áreas de nuestra vida.

Al seguir con nuestra peregrinación, descubrimos que, esparcidos por todo el mundo, hay miles de creyentes volviéndose a las enseñanzas de Cristo, dispuestos a ser los necios que creen cada palabra de sus enseñanzas. Es asombroso, que cuando alguien nota que otra persona acepta literalmente las palabras de Jesús e intenta vivirlas, muchas veces la atracción se vuelve casi irresistible. Me encanta oír sus testimonios, ver el brillo en sus ojos y escuchar las palabras de Jesús emanar de su boca. Al escucharlos, yo sé que ellos, al igual que mi esposa y yo, nunca serán los mismos. No es sorpresa, entonces, que a estos nuevos creyentes también les encante compartir con otros de su decisión de seguir a Jesús radicalmente. De esta manera, el círculo se va ampliando.

La semilla que se extiende

En una de sus parábolas más impresionantes, Jesús compara el reino de Dios a un grano de mostaza:

Otra parábola les refirió diciendo: El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo; el cual a la verdad es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando ha crecido, es la mayor de las hortalizas, y se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas (Mateo 13:31-32).

¿Cómo se ve el árbol de mostaza? Recientemente Shane Claiborne citó lo siguiente del árbol de mostaza:

Muchos tenían expectativas elevadas de que el reino vendría con un triunfo espectacular y sabían del simbolismo de los conocidos “cedros del Líbano” enseñado por los profetas, que describieron el reino como el mayor de todos los árboles, que parecía una gigantesca secoya (...) Pero Jesús ridiculizó esta esperanza triunfal. Pues, a fin de cuentas, aun las mostazas adultas escasamente miden el metro de alto; son arbustos de tamaño modesto. La revolución de Jesús no es un ataque frontal sobre imperios del mundo. Es un contagio sutil, extendiéndose una vida, un acto de hospitalidad a la vez.¹

¿Es práctica la “teología del martirio”? Para la carne, es necesidad. Sin embargo, cuando yo la adopto por fe en toda área de mi vida, es absolutamente liberadora.

La verdad en los últimos días

En el libro de Apocalipsis Juan describe un mundo sumido en verdadero caos, con un Anticristo rugiendo furioso y guerras encarnizadas por todas partes. Juan también presenta tres señales que identificarán al pueblo de Dios en esos días;

1 Shane Claiborne, *The Irresistible Revolution* (La revolución irresistible). Grand Rapids: Zondervan, 2006, p. 336.

señales que nos indican cómo los cristianos perseverarán y se distinguirán.

En la descripción de este tiempo, en Apocalipsis 13, Juan nos dice que el Anticristo recibirá poder aun para derrotar a los santos:

Y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación. Y la adoraron todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo (Apocalipsis 13:7-8).

Pero entonces hace una proclamación solemne: “Si alguno tiene oído, oiga”. ¡Esto quiere decir que es importante prestar atención! Luego presenta la primera señal distintiva de los santos: “Si alguno lleva en cautividad, va en cautividad; si alguno mata a espada, a espada debe ser muerto. Aquí está la paciencia y la fe de los santos” (Apocalipsis 13:10).

Increíblemente, el mismo principio que enseñó Jesús al decirle a Pedro que guardara su espada llegó a ser una de las señales distintivas de los santos en los últimos días.

¿Por qué dará Dios poder al Anticristo para matar a los santos? Esa pregunta va de la mano con esta: ¿Por qué le dio Dios poder a Pilato para matar a Jesús? De alguna forma, el desprecio de los santos hacia la muerte y su lealtad intransigente a Dios asesta un golpe máximo a Satanás y eleva la máxima alabanza a nuestro Dios. En el capítulo siguiente, Juan presenta las otras dos señales distintivas de los santos en los últimos días: “Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12).

Por lo tanto, cuando los tiempos alcanzan su máxima decadencia, podremos reconocer a los santos de Dios, pues ellos son:

- Un pueblo santo que cumple las enseñanzas de Jesús.
- Un pueblo con una fe genuina en Cristo.
- Un pueblo que practica el principio establecido por Cristo cuando le dijo a Pedro: “Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán” (Mateo 26:52).

La culminación de esta teología de “los últimos días” es coronada por la sorprendente revelación de Juan cuando nos dice que este ejército indefenso y moribundo acaba victorioso. Lo más sorprendente, sin embargo, es que el Anticristo es vencido, no con armas, bombas ni políticas ingeniosas, sino con la sangre y la fe de los mártires.

Juan dice: “Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte” (Apocalipsis 12:11). ¡Esto es “Gelassenheit”! Esto es la “teología del martirio”. Esto es la cruz. ¡La verdadera victoria!

Los resultados y la sorpresa

Al fin, después de casi ocho largos meses de espera, nos avisaron que el mismo capitán que había presidido en la primera audiencia quería reunirse con nosotros en la oficina de nuestro primer sargento. Él mismo nos entregaría los resultados de nuestras solicitudes de despido. ¡Esperábamos ese llamado! Intenté ocultarlo, pero por dentro estaba temeroso. El primer sargento me retó:

—¿Qué vas a hacer si te niegan la solicitud?

Escandalizado por el reto, sencillamente conteste:

—No sé... Tuviera que orar acerca de eso.

Cuando llegó el capitán, nos mandaron a presentarnos en la oficina indicada. De nuevo, nos hallamos subiendo esos peldaños bulliciosos.

Mi mente repasó todo lo que había sucedido en el último año. Tantas cosas habían ocurrido desde que nuestro grupito de peregrinos subió esos escalones por primera vez para luego entregarle al comandante las solicitudes que daban inicio a todo el proceso. Juntos habíamos orado, leído y aprendido tantas cosas desde aquel día. Había sido una peregrinación notable.

Al acercarnos a la oficina, en mi mente repasaba las historias de juicios por consejos de guerra y de encarcelamientos que la prensa militar resaltaba últimamente. Tras acercarme a la puerta, toqué, susurré una oración un tanto desesperada, y entré en el cuarto una vez más.

Esta vez, estábamos en la oficina del primer sargento. Era pequeña. Medía escasos dos metros y medio por tres metros. Delante de nosotros había un escritorio militar. Apenas si cabíamos los cuatro, pero entramos y nos paramos en posición de atención y saludamos al capitán. Él nos devolvió el saludo y nos dijo que descansáramos. En una orilla del escritorio, entre otros papeles esparcidos, estaban cuatro sobres de manila bastante gruesos. El capitán los señaló y dijo:

—Estos son los resultados de sus solicitudes de despido. Los veremos en un momento. Pero antes, quisiera hacerles una oferta.

Sin saber qué pensar, solo asentí:

—Sí, señor.

—Quiero ofrecerles la oportunidad de retractarse y olvidar todo este asunto. Ya se acabó la guerra. Todos tienen buenas carreras. Sí, pasarán vergüenza, pero con el tiempo, todo se olvidará. Tengo la autoridad de hacer eso para ustedes.

Casi sin pensar miré a Tania a los ojos, y luego a los Shirley, y rápidamente contesté:

—No, señor, confiamos en que estamos haciendo lo que Dios manda, así que sentimos que tenemos que seguir hasta el final.

Mis compañeros confirmaron que se sentían igual. Me preguntaba por qué nos ofrecía esto antes de entregarnos los resultados.

Él continuó:

—Me imaginé que esa sería su respuesta. Está bien, sigamos con los resultados.

¡Estábamos a punto de estallar por la ansiedad!

—Todos han sido aprobados para ser despedidos por ser objetores de conciencia. —Cuando oímos la noticia, celebramos lo más que pudimos en un ambiente militar. ¡Sentíamos como si un monte hubiera sido removido de nuestro camino! ¡Era maravilloso!

Pero entonces ocurrió algo asombroso que aún nos maravilla. Mientras nos regocijábamos, el capitán sonrió y dijo:

—Esperen un momento, antes de que salgan, hay algo que debo decirles.

—Sí, señor —dijimos

—Yo también estoy dejando el ejército por las mismas razones.

—¿Cómo?!

No lo podíamos creer. ¡El mismo oficial que había sido el juez en nuestras audiencias ahora salía del ejército “por las mismas razones”! Intenté hablar del asunto y hacer unas preguntas, pero era obvio que no había libertad para hablar del tema. Rápidamente, el capitán dirigió su atención a los papeles en el escritorio y nos despidió.

Aún hoy me cuesta creerlo. Lo ocurrido me demostró el poder casi irresistible de Cristo. Este hombre se había sen-

tado como juez, y había escuchado cuatro testimonios, uno tras otro, que testificaban de Cristo y lo que él había hecho en nuestra vida. Nos había interrogado, desafiándonos con ideas y alternativas. Aparentemente, los testimonios habían sembrado semillas en buena tierra. Ahora, meses después, esas semillas estaban brotando y este juez se estaba rindiendo a Cristo. Él también solicitaba la baja por las mismas razones. Era una conclusión maravillosa a todo lo que habíamos soportado; una conclusión que nos llenó de ánimo para enfrentar lo que vendría.

Capítulo 15

Un llamado



Rick y yo "derribando" el Muro de Berlín

Esa es mi historia. Sin embargo, no es mía en un sentido. No es más que una página en la larga historia de aquellos que como yo, mi esposa, los Shirley, el capitán, y millones más, han oído el mensaje de Jesús, lo han creído, y han hallado gracia de parte de Dios para seguirlo sin importar el costo. Cristo no vino como filósofo ni político. Vino como rey. Recuerda, ¡él le dijo a Pilato que por eso mismo había nacido! Pero recuerda que también le dijo: “Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz” (Juan 18:37).

“Oye [su] voz...” ¿Qué significa esto para nosotros hoy? Pudiera significar muchas cosas. Sin embargo, significa al menos oír las palabras que el Señor habló cuando estaba aquí en la tierra. Permíteme que te pregunte, ¿oyes tú su voz? Muchos la han oído, y su vida nunca ha vuelto a ser la misma.

Cuando Jesús comenzó a predicar, inmediatamente se inició una revolución. No una revolución tirana, totalitaria ni violenta, sino una revolución de autosacrificio, compasión y abnegación. Y para muchos, martirio. Aunque no sea una revolución violenta, no deja de ser una revolución.

Cristo dijo: “Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan” (Mateo 11:12). O como dice en Lucas: “La ley y los profetas eran hasta Juan; desde entonces el reino de Dios es anunciado, y todos se esfuerzan por entrar en él” (Lucas 16:16). En verdad esta es una revolución gloriosa. ¿Eres tú una de esas personas de las que el Señor dice que se “esfuerzan por entrar en él”? Mateo llama “violentos” a los que entran en este reino. ¿Eres uno de ellos? No serán los indiferentes, ni los tibios, ni los que escogen el mundo antes que los caminos de Cristo, sino los que “se esfuerzan por entrar en él”.

De acuerdo con el evangelio de Marcos, cuando Jesús inició su ministerio predicando el reino, ofreció su mensaje para que la gente lo aceptara o rechazara: “Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Marcos 1:14-15).

¿Crees tú? ¿Eres un seguidor de Cristo? ¿Oyes su voz? Si dices que sí, debes andar como él anduvo. Jesús dijo: “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14:15).

¿Culpas a la Iglesia?

Hay que reconocer que, durante todos los siglos, mucho mal se ha cometido en el nombre de Cristo. En realidad, si tomáramos el Sermón del Monte (Mateo 5-7), y organizáramos una iglesia que fuera lo opuesto de todo lo que Jesús enseñó, acabaríamos con una iglesia sumamente parecida al cristianismo moderno. Al final del sermón, el Señor profetizó claramente lo que sucedería con los que escojan construir sobre sus enseñanzas:

Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina (Mateo 7:26-27).

Entonces, ¿qué de ti y mí? Podríamos alegar que todos nuestros problemas presentes son resultado de los errores del pasado. Podríamos maldecir las atrocidades de los tiranos o burlarnos de la pompa de los hipócritas, pero ninguna de esas cosas nos acercará a Dios. Si somos honrados, reconoceremos que muchas veces esta búsqueda de un culpable no

es más que una cortina de humo que utilizamos para encubrir nuestro propio pecado. Los que pecaron en el pasado murieron en el pasado. De los tales la Biblia dice “antes bien sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso” (Romanos 3:4). A fin de cuentas, la responsabilidad ahora ha caído sobre ti y sobre mí.

Recibe a ciento por uno

Desde aquellos días cuando Tania y yo salimos del ejército, sin saber dónde acabaríamos, ¡Dios nos ha llevado a lugares que nunca habiéramos soñado! El apóstol Pedro le dijo a Jesús: “He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido” (Marcos 10:28). ¡Qué declaración! Si tan solo Pedro hubiera sabido lo que le esperaba. El Señor respondió a su proclamación diciendo:

De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eternal (Marcos 10:29-30).

Desde que Cristo dijo esto, incontables almas han confiado en esta promesa y han testificado que es verdad. Yo solo soy uno de ellos. Ciertamente puedo testificar junto a Pedro que la bendición centuplicada de encontrarme con almas que han despertado, con brillo en sus ojos y corazones llenos de amor por Dios, ha traído recompensas a mi camino. Obviamente, tal peregrinaje muchas veces resulta en pruebas y persecuciones, pero he hallado que vale la pena mantener la lealtad a su reino eterno.

Napoleón Bonaparte

Al final de su vida, Napoleón Bonaparte, el conquistador derrotado, comenzó a comprender el invencible reino de Jesucristo. Después de su derrota en la batalla de Waterloo, fue capturado por las fuerzas británicas y exiliado a una isla remota en el mar Atlántico. Allí, humillado por la derrota y el encarcelamiento, entendió que su reino había fracasado mientras el reino de Cristo aún seguía adelante. Antes de su muerte, escribió lo siguiente:

Conozco a los hombres, y puedo decirte que Jesucristo no es solo hombre. Entre él y todas las demás personas en la tierra no es posible hacer comparaciones. Alejandro, el César, Carlomagno, y yo fundamos imperios, pero ¿sobre qué basamos las creaciones de nuestro ingenio? Sobre la fuerza. Jesucristo fundó su imperio sobre el amor, y en este momento hay millones de personas que morirían por él.¹

¿Eres tú una de ellas?

La palabra “lealtad” conlleva un desafío importante. Viene de la palabra “leal”, que se define así: “Que guarda a alguien o algo la debida fidelidad” (RAE). ¿A quién le damos nuestra lealtad? Jesús no pide que despreciemos nuestro país, que nos rebelemos contra lo establecido, o que dejemos de respetar a las autoridades. Sin embargo:

SI nuestro corazón se enreda en las políticas y los valores de este mundo;

SI nuestras armas son carnales y no espirituales;

SI guerreamos según la carne;

SI vivimos por la espada;

SI odiamos a nuestros enemigos;

SI insistimos en el “ojo por ojo, y diente por diente”;

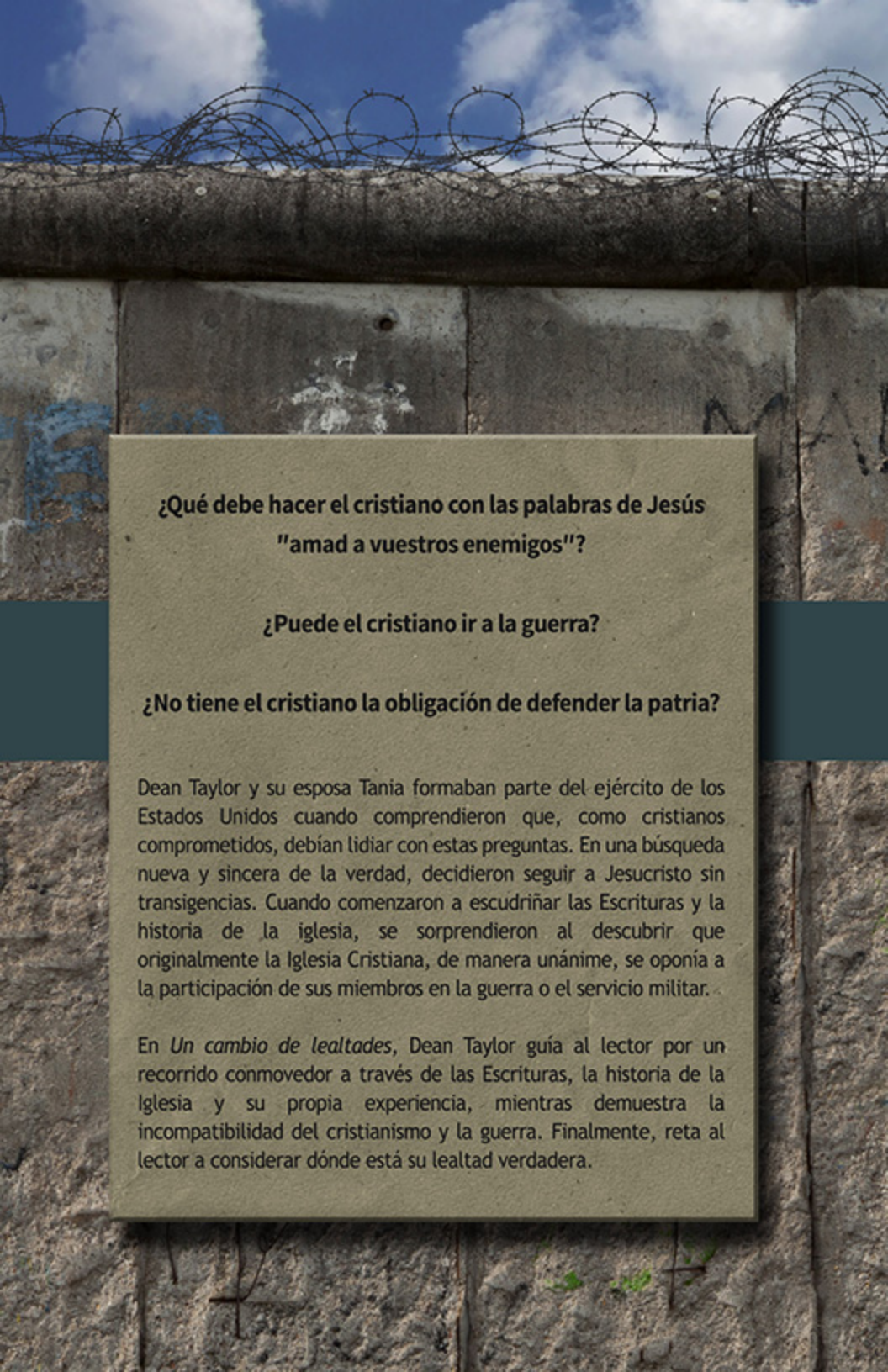
ENTONCES Cristo nos pide *un cambio de lealtades*.

¹ <https://en.wikiquote.org/wiki/Jesus>

Acerca del autor

Dean Taylor radica en Minesota, Estados Unidos, con su esposa Tania y sus seis hijos: Stephen, Stephana, Christian, Christina, Joanna y John Wesley. Dean es autor y evangelista.





**¿Qué debe hacer el cristiano con las palabras de Jesús
"amad a vuestros enemigos"?**

¿Puede el cristiano ir a la guerra?

¿No tiene el cristiano la obligación de defender la patria?

Dean Taylor y su esposa Tania formaban parte del ejército de los Estados Unidos cuando comprendieron que, como cristianos comprometidos, debían lidiar con estas preguntas. En una búsqueda nueva y sincera de la verdad, decidieron seguir a Jesucristo sin transigencias. Cuando comenzaron a escudriñar las Escrituras y la historia de la iglesia, se sorprendieron al descubrir que originalmente la Iglesia Cristiana, de manera unánime, se oponía a la participación de sus miembros en la guerra o el servicio militar.

En *Un cambio de lealtades*, Dean Taylor guía al lector por un recorrido conmovedor a través de las Escrituras, la historia de la Iglesia y su propia experiencia, mientras demuestra la incompatibilidad del cristianismo y la guerra. Finalmente, reta al lector a considerar dónde está su lealtad verdadera.